

URBANO MANINI, EDITOR

FARSANTES

LOS FARSANTES

ERBANO MANTINI, EDITOR

LOS FARSANTES

URBANO MANINI, EDITOR, MADRID

LOS

FARSANTES

(MEMORIAS DE UN BUSCA-VIDAS)

POR

D. Manuel Fernandez y Gonzalez.



ADMINISTRACION,

CALLE DE RECOLETOS NÚM. 7.

MADRID

LOS

FARSANTES

Esta obra es propiedad de
D. Urbano Manini, y nadie sin
su consentimiento podrá reim-
primirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que
marca la ley.



CAPITULO I

• Encuentros inesperados.

Era una noche del mes de Octubre, tarde ya, muy tarde, aunque en realidad muy temprano para la Carrera de San Jerónimo, entre doce y una.

Un pobre hombre, de fisonomía lánguida, triste y dulce, anciano ya, con larga barba blanca, con largos cabellos blancos prolongados en guedejas, vestido con un viejo paletot de paño, deshilachado, de color indefinible, con flecos en las mangas, deformado el cuello, disimulada la falta de la camisa por una corbata negra, rota, lustrosa, con unos pantalones con rodilleras de remiendos, con unas viejas chancletas sujetas á los piés con cuerdas, cubiertos los venerables cabellos por un sombrero giboso, mellado en el

ala, cortado por acá y por allá, particularmente en una gran parte del borde de su copa; y sin embargo, era tan noble, tan distinguido el aspecto de este anciano, emanaba de él tal conciencia de sí mismo y tal valor, tal altivez, que no parecían sino una farsa los harapos que le cubrían.

Aquel mendigo parecía un gran señor.

Su miseria habia establecido en él un estado de penosa debilidad, soportada y resistida con valor, y se apoyaba en el hombro de una niña como de catorce á quince años, cubierta simplemente, sin ahuecador de ninguna especie, por un viejo vestido de percal, por un pañuelo negro en los hombros y por un pañuelo de yerbas en la cabeza.

Por este pañuelo asomaba una onda de pesados y sedosos cabellos rubios, y un perfil de ángel.

Por detrás, dos gruesas y largas trenzas, eran el lujo, la opulencia de esta criatura, opulencia dada gratis por la buena madre Naturaleza.

El anciano y la niña habian aparecido por la calle del Príncipe.

El anciano se habia detenido antes de salir de esta calle, excitado por un extraño ruido de monedas que se chocaban de tiempo en tiempo, y cuyo ruido, mezclado con un sordo murmullo

de voces, sobre las cuales se determinaba á veces una palabra, *juego*, salia por los balcones abiertos de un cuarto principal de la acera opuesta á la en que se encontraban el anciano y la niña.

Una pareja de *amarillos* se paseaba tranquilamente bajo los balcones por los cuales salia aquel extraño ruido.

El anciano suspiró profundamente.

Pareció como que un vivo color febril encendió su semblante, iluminado por un inmediato reverbero de gas, y luego siguió su marcha.

Algun transeunte se detenia al verlos.

Comprendia aquella miseria que pedia sin palabras, sacaba una moneda de cobre y la daba á la niña.

—Dios se lo pague á usted,—decia esta con una voz sentida, fresca, pura, argentina.

—Gracias, muchas gracias,—decia el anciano conmovido.

Guardaba la moneda que le daba la niña, y seguia su marcha.

Recogian bastante, porque el aspecto de este grupo era conmovedor, y como los españoles son todo corazon é imaginacion, mejor dicho, los latinos se conmueven fácilmente, obedecen de una manera instantánea á lo patético y á lo irritable, se les arrasan los ojos de lágrimas y sale de su pecho un rugido de leon, de la

misma manera que cualquiera cosa produce en ellos la hilaridad, el epígrama, la burla: siempre una gran impresionabilidad.

Algunas limosnas habian pasado de una mano compasiva á la delicada mano de la niña, y de esta á la descarnada del anciano, en su trayecto desde el extremo de la calle del Príncipe hasta delante del aparador del restaurant de L' Hardy.

Dentro, cuatro ó cinco de las notabilidades que tienen por lugar de reunion la Carrera de San Jerónimo, á juzgar por el traje y la grave y satisfecha expresion de su semblante, comian con los platos en la mano como en un *buffet*, ya pastas, ya fiambres.

Esto podia estar muy á la moda, pero tenia sus visos y sabores de *cursi*, como vulgarmente se dice: era, en fin, ordinario y ridículo.

Hablaban estos individuos con una gran animacion, y sin duda de algo muy importante; tal vez de una novedad que debia cambiar la faz de la política, acaso de una crisis.

El anciano miró aquel grupo á través del límpido cristal del aparador.

La niña, la pobrecilla, miró las delicadas golosinas, las suculentas piezas, las frutas exóticas que el aparador ostentaba.

En el semblante de la niña aparecia una profunda melancolía.

En el del anciano, cuya mirada se fijaba con

insistencia en uno de los más pretenciosamente vestidos del interior, aparecía una irritación sorda.

De improviso se detuvo un landó cerrado, tirado por dos grandes caballos ingleses, castaños, delante de L'Hardy.

Las libreas de los criados eran inmejorables.

Estos criados tenían la singularidad de ser mulatos, y llevaban en los sombreros galones dorados.

Pero no era aquel un carruaje de ministro ó de *ministra*, porque en vez de la escarapela determinante, los sombreros de éstos criados mostraban en la parte superior una ancha trencilla de oro, sujeta por un gran botón, con un escudo de armas esmaltado.

Saltó el lacayo al suelo, abrió la portezuela, y salió una dama con traje de seda, color azul de cielo, adornado de encajes negros y con sombrero de la moda reciente.

Era pelinegra, blanca, pálida, hermosa y fresca y joven, aunque revelaba por lo ménos treinta y cinco años.

El anciano, que había vuelto instintivamente la cabeza al pararse el carruaje, cuando vió á la dama creció su palidez, apareció en sus ojos una conmoción profunda, y siguió á la dama, que había entrado rápidamente en L'Hardy, abandonando á la niña, que también había reparado en

la dama y se había conmovido no ménos profundamente que el anciano.

La dama desapareció en el interior.

El anciano fué detenido por un mozo.

—¡Eh! ¡afuera!—dijo ágriamente;—¿qué tienes tú que hacer aquí, perdido?

—Nada,—dijo el anciano;—una limosna.

Y luego añadió, irguiéndose y mirando de una manera más fija y más terrible al mismo hombre que antes había mirado á través del cristal:

—Excelentísimo señor, una limosna para este pobre anciano y para esa pobre niña.

El acometido palideció, tembló, se le nublaron los ojos.

Dejó el plato que tenía en la mano sobre el mostrador; buscó precipitadamente en el bolsillo del pecho de su *jacquette*; sacó una cartera; de ella un billete de banco y una tarjeta, y los dió al anciano, murmurando con voz insegura:

—Basta, basta, no más: yo estoy en mi casa todas las mañanas hasta la una.

—Dios se lo pague á vucencia, excelentísimo señor,—dijo el anciano con un acento que cortaba y punzaba.

Luego, en medio de la especie de espasmo que había producido aquel extraño incidente en los que de él habían sido testigos, se acercó á la señora del mostrador y la dijo:

—Haga usted, señora, me sirvan dos raciones

de jamon, una ave asada, un bote de conserva, pan y una botella de Burdeos; todo para llevarlo.

Y dió con una gran cortesanía el billete de banco á la señora del mostrador.

El billete era de cuatro mil reales.

Entre tanto, el personaje, el excelencia, habia desfilado.

Detrás de él habian desfilado sus acompañantes.

Habian quedado solos la señora del mostrador, el anciano, la niña á la puerta, y los dependientes asombrados por la extraña cosa que acababa de suceder.

Se dió por uno de los dependientes al anciano un paquete, compuesto de todos los objetos que habia pedido, y la señora del mostrador dió la mayor parte del cambio al anciano en doblones de á cien reales, y otra parte en plata menuda.

Habia comprendido que un bille de Banco de quinientos reales, dado á cambiar por un hombre de aspecto tan miserable, podia hacerle sospechoso.

El anciano se volvió entonces hácia la puerta del fondo del despacho por donde habia desaparecido la dama de que hemos hablado, y vaciló entre adelantar ó salir.

—No, no,—murmuró,—ahora seria imprudente; yo la encontraré.

Luego, saludando á la señora del mostrador, salió con la niña.

—¿Y por qué, papá,—dijo esta,—ya que hemos encontrado á Maria, no hemos subido á verla?

—No, no, ahora no,—dijo el anciano;—tu tío nos dirá mañana dónde podemos encontrarla; anda, Blanca mia, y de prisa.

Se alejaron cuanto de prisa pudieron á lo largo de la Carrera de San Jerónimo, en direccion al Prado:

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!—murmuró el viejo.—¡Qué trasformacion la de Frasquito! Y tiene excelencia, sí, tiene excelencia; huele á excelentísimo. ¡Y ella, María! ¡Cuando yo me aterraba por ella, la encuentro hecha una gran señora! ¿Qué ha ido á buscar á L'Hardy á estas horas María? Y bien, veremos: es necesario ceder á las circunstancias. Sí, sí, de todo punto necesario. Yo importo muy poco; pero esta pobre criatura .. ¡La farsa, sí, la farsa, la intriga, la vileza, la traicion, la bajeza, la infamia!... Hé ahí el camino de las nuevas minas de oro. Hacen bien, sí hacen bien; pero ya que lo han hecho, ya que han llegado á su objéto, yo me llamo á la parte: no quiero sufrir más.

La niña habia oido el murmullo de estas palabras, roncamente pronunciadas; pero no más que el murmullo vago é indeterminado.

—Eso es,—dijo con acento de dulce y cariñoso reconvencion;—irritate, ponte malo.

—¡Ah! no, no, hija mia: al contrario, no me irrito; estoy contentísimo. ¿Y cómo no he de estarlo, si se ha acabado nuestra miseria, si esta es la última noche que pasamos al sereno, pobres huéspedes de los asientos del Dos de Mayo? Adelante, hija mia, adelante. Mañana irás tú en un tren comparable á ese que acaba de pasar.

Y el anciano y la niña continuaron hácia el Prado.

Pero cuando llegaron, en vez de tomar hácia el Dos de Mayo, tomaron hácia uno de los anchos asientos de piedra situados frente al Museo de Pintura y Escultura.

Se sentaron allí.

El anciano deshizo el paquete.

Destapó como pudo con una navajilla la botella, y con aquella misma navajilla trinchó el ave, y dijo á la niña:

—Ahora comamos, Blanca; ya era tiempo, hija mia.

CAPITULO II

En el que se conocen tres personajes que indudablemente no son lo que parecen.

Apenas había salido de L' Hardy el anciano, cuando apareció un mozo que llevaba un pequeño billete en la mano.

—Voy á un recado de la señora que está arriba,—dijo al pasar por delante del mostrador.

Y salió, y de prisa se fué á la Cervecería inglesa, en la misma Carrera de San Jerónimo.

Paseó una mirada al rededor, y se fué á una mesa situada en un ángulo, donde un hombre ya de edad madura, moreno, de facciones pronunciadas, bigote y patillas negras, y traje escogido y elegante, parecía esperar fastidiándose, y entretenía su espera y su fastidio bebiendo á pequeños sorbos un *bock* de cerveza.

Un plato con un hambre aperecia como abandonado.

Este individuo parecia la representacion suprema del fastidio, del malestar y de la impaciencia.

La cervecería estaba llena, y zumbaba.

Todos los que en ella estaban tenian ese estilo indudable del hombre político, aunque habia allí verdaderos escuerzos, que parecia imposible pudiesen servir para nada.

Sin embargo, de todos emanaba un insoportable tufo de importancia.

Las garzas nocturnas miraban de soslayo, de una manera epigramática, á la Cervecería, y soltaban alguna pulla respecto á este ó al otro de los que habia dentro.

—Señor don Luis,—dijo el mozo de L' Hardy al sujeto de que nos hemos ocupado,—esta carta de una señora que está en casa.

—¿Blanca con los ojos negros?—preguntó don Luis.

—Sí, señor, sí.

—¡Ah!... ¡ya era tiempo!—murmuró don Luis.

Dió un duro al mozo, y le dijo:

—Dí á esa señora que voy al momento.

—Muchas gracias, señor don Luis,—contestó el mozo.

Y se fué.

Don Luis abrió el billete, que exhalaba un delicioso perfume.

No podia ser más lacónico.

«Ven al momento, decia; suceden cosas muy graves.»

Este billete no tenia firma.

Don Luis llamó, pagó, salió de la Cervecería inglesa, y poco despues entraba en un gabinete de L' Hardy, donde le esperaba la dama á quien hemos oido llamar María á aquel extraño anciano.

Era una dama perfecta: no habia nada que reprochar á su traje ni á sus maneras.

Era además muy bella, y con una de esas bellezas que atraen y persuaden; sus treinta y cinco años en nada perjudicaban á su frescura.

Su expresion era grave: la mirada de sus grandes ojos profunda.

En el fondo de aquella mirada parecia brillar una luz opaca.

Era una de esas mujeres, que sin ser extraordinariamente hermosas, lo parecen.

—Pidamos algo,—dijo al entrar el hombre que desde la Cervecería inglesa habia ido á buscarla.

Este fué todo el saludo de María.

El hombre, que habia tirado antes de entrar su cigarro, puso su sombrero sobre un mueble, se sentó en el otro extremo del divan donde es-

taba sentada María, y tiró del cordon de la campanilla.

—¿Y qué hay?—dijo don Luis.

—Ha llegado la hora,—contestó María.

—¡Ah! ¡Se ha agravado!—preguntó con acento opaco don Luis.

—Sí, será cosa á lo más de dos ó tres dias.

En aquel momento se presentó un mozo.

Don Luis pidió fiambres, pastas y Burdeos.

Se comprendia que no habian ido allí para cenar, sino para hablar.

—Poder de Dios!—exclamó don Luis cuando por la salida del mozo se quedaron de nuevo solos:—casi casi me pesa que no hayamos seguido con nuestra compañía de la legua á partido: vivíamos entonces mejor, mucho mejor que ahora, María; á lo ménos no me estremecería por todo.

María hizo un gesto de desden.

—La fortuna,—dijo don Luis,—no se obtiene de balde.

María repitió su gesto de desden.

—¿Ha hecho testamento?—preguntó don Luis.

—No; es posible que no lo haga: he hecho cuanto he podido, he quemado los inventarios; así á lo ménos podré apoderarme del metálico y de los valores en papel, de las joyas... Una fortuna mediana; pero en fin...

—¿Cincuenta ó senta mil duros?...

—Más, mucho más; triple,—dijo María.

—¿Y crees que se está ya en los momentos precisos?—dijo don Luis, cuyo semblante tomó una expresión siniestra.

—De todo punto: de otro modo, ¿á qué hubiera yo venido á buscarte, cuando importa tanto que yo no me separe de la condesa?

—¿Segun eso, crees?..—dijo don Luis, cuya expresión sombría se acentuaba más y más.

—Creo que esta misma noche,—dijo María:—cuando la dejé estaba agitada: por lo mismo importa no perder tiempo; yo voy á esperarte fuera de la puerta de Bilbao; no tardes.

Y María se levantó y salió.

—¡Tres millones!—murmuró don Luis.—Esto merece la pena; y debe ser más, mucho más ella no se fia de mí.

Al salir María, un jóven que pasaba hartamente vestido, se detuvo y la miró con asombro; palideció, tembló y se dirigió á ella.

—¡María!—exclamó con una inmensa ansiedad.

En aquella exclamacion se habia exhalado un mundo de sentimientos.

María se habia detenido, habia visto al jóven y se habia puesto densamente pálida.

El jóven se aproximaba más y más.

—¡Silencio!—dijo María.—Mañana á la noche, en la ronda, junto al grupo de Daoiz y Velarde.

María habia dicho estas palabras con voz apenas perceptible.

El jóven las oyó; pero no pudieron oírlas los criados.

María entró en el carruaje que inmediatamente partió, tomando la direccion de la puerta de Bilbao.

El jóven permaneció inmóvil algunos momentos, como sorprendido, como coartado.

—¡Ella! ¡ella! ¡Con todo ese lujo, con todo ese tren!—exclamó.—¡Y sí, sí! ¡esto no es un sueño ¡es ella! ¡ella, más hermosa que nunca! ¡Y no me ha desconocido, no! ¡una cita para mañana á la noche! Pero ¿y á qué hora? ¡Oh! desde que oscurezca estaré al pié de las estátuas de Daoiz y Velarde. Y ¿por qué habrá venido á L' Hardy?

El jóven miró al interior del restaurant como interrogándole.

En aquel momento apareció en el fondo del despacho don Luis.

Apenas se apercibió de él nuestro jóven incógnito, sus ojos dejaron ver una expresion extraña, una expresion de ira salvaje: sin embargo, giró, y escapó casi á la carrera en direccion al Prado.

Don Luis no habia podido apercibirse de aquel individuo.

Salió y se encaminó al Casino.

Una vez delante de él, tomó uno de los car-

ruajes de plaza que estacionan durante toda la noche en aquel sitio.

—A la puerta de Bilbao,—dijo.
El carruaje partió.

CAPITULO III

CAPITULO III

Para lo que puede servir un galan que se llama Friolera, y cómo puede cambiar de manera de tratar la gente un cabo de la ronda de capa.

—¡Bien, bueno, bonito, retebonito! ¡la mar!— exclamaba el jóven de quien acabamos de ocuparnos, mientras se alejaba rápidamente hácia el Prado.—Ella no me ha olvidado, no; ella no ha podido olvidarse del galan *Friolera*; despues de todo, es una buena muchacha; dura como un guijarro, es cierto; pero, en fin, no se olvida en la prosperidad, como otros tantos, de los amigos que permanecen en el infortunio: ella no es una farsante; y ¿quién sabe, quién sabe si estará representando una farsa de los diablos? ¿De dónde la ha venido todo ese tren? ¿Habrá encontrado á su madre? Y puede ser que la haya encontrado. Sin embargo, me *escama* el que á poco de haber

salido de L'Hardy María, haya salido tambien de L'Hardy *Sullivan*. ¡Ah! ¡el bandido!... ¡el miserable!... ¡y la amaba! pero ella era para *Sullivan* lo que para todos... impermeable. En fin, lo que me importa es poner distancia entre *Sullivan* y yo; no quiero perderme: dentro de una hora ya no habrá nadie por la Carrera de San Jerónimo, y podremos volver á ver si por casualidad alguno de los trasnochados que pasen es un conocido que pueda y quiera dar una peseta á un amigo, ó dos reales; siempre se tendrán algunos buñuelos y una copa de aguardiente: yo me habia resuelto á avanzar á María, que indudablemente me hubiera dado para vivir un año; pero más vale así: si ella no me impone silencio, si se entretiene un momento conmigo, me encuentro con *Sullivan*. ¡Oh! ¡el canalla! En fin, mañana á estas horas ya la habré visto á solas y habré salido de penas: veinticuatro horas sin comer las pasa bien cualquiera, aunque acabe de pasar cuarente y ocho idem.

A este punto, llegaba al Prado el galan *Friolera*; usamos del nombre que él se ha dado á sí mismo.

La noche era bonancible, diáfana, aunque muy fresca: hacia luna llena, bastante clara para que se pudiesen apercibir los objetos, y aun detallarlos: nuestro galan *Friolera* iba lo más ligeramente vestido que era posible; pero limpio,

eso sí: cubria las largas melenas de sus cabellos un hongo de anchas alas, convenientemente abollado, con cierto arte; llevaba camisa fina y bastante limpia, corbata de lazo, una especie de saquillo de mahon, chaleco y pantalon de lo mismo, y el calzado mediano: si este traje no hubiera estado muy usado, hubiera podido pasar por elegante; pero respiraba pobreza; además, era demasiado ligero para la estacion.

El semblante de *Friolera* era largo, moreno, de cejas salientes, de ojos grandes, negros, de expresion epigramática y maliciosa, de nariz larga y saliente, de boca de labios delgados y burlescos, y esta boca aparecia adornada por un poblado bigote y una larga perilla; las guedejas de la larga cabellera negra que encuadraba este semblante, le daban cierto sabor romántico, y la expresion de burla y de epígrama de los ojos y de la boca, un carácter mefistofélico; pero esto no pasaba de la apariencia; si *Friolera* pecaba por algo, era, como veremos más adelante, por la lealtad y las expansiones del corazon.

—¡Bien! ¡retebien!—dijo, avanzando ya por el Prado y pasando junto á la fuente de Neptuno:—elijamos ahora un lugar de reposo, libre y ampliamente: ¿iremos á extendernos en los poyos de la verja del Jardin Botánico? ¡no! allí podríamos encontrar alguna Calipso, de la cual yo no querria ser el Telémaco. ¿La verja del Dos de

Mayo? No; allí podríamos encontrar algo peor: me decido por los asientos al frente del Museo.

Friolera encaminó para allá sus pasos, llevando la imaginación llena del recuerdo de la cita que le había dado para la noche siguiente María, y formando castillos en el aire.

El Prado por aquella parte estaba completamente desierto, y tenía un no sé qué de encantador y misterioso con las grandes penumbras causadas por el follaje de sus árboles, con el aspecto del Museo iluminado de lleno por la luna, con el zumbir de las auras nocturnas en los árboles, con el monótono susurro de las fuentes, y con el canto melancólico de algún ruiseñor.

En nada de esto reparaba *Friolera*.

El no tenía actividad más que para recordar á María, y estas palabras que ella le había dicho: «Mañana á la noche, en la ronda, junto al grupo de Daoiz y Velarde.»

Algunas veces, es verdad, su estómago se hacía sentir; pero lo que más le excitaba era el hambre de fumar.

Friolera se sobreponía heroicamente á estas penosas sensaciones, y volvía á sus castillos en el aire, y continuaba avanzando hácia el Museo.

Llegó al fin frente á él.

Una ráfaga de viento le trajo un olor que le hizo detenerse y dilatar las narices.

Luego suspiró.

—Esto es extraño, —dijo; — yo comprenderia bien que aquí oliese á flores, á humedad, á otra cualquiera cosa. ¡Pero este olor á jamon y á pollo asado!... Vamos, sin duda esta es una ilusion que yo me hago; pero no, no; á pollo asado y á jamon huele; ¡ya! alguna dichosa pareja que ha venido aquí á regalarse poética y solitariamente á la luz de la luna.

En aquel momento, una voz cascada, voz de anciano, perdido de todo punto el timbre é insoportable de oír, entonó, ó por mejor decir, berreó esta copla de zarzuela:

«Señor don Simon,
la vida es fugaz;
ninguno previó,
su trance fatal...»

—¡Por el dios Momo!—exclamó *Friolera*;— ese que canta no puede ser otro que el célebre maestro *Sanson*; sí, sí; acabo de oír su eterno estribillo; si es él el que come pollo asado y jamon, tenemos cena.

Friolera avanzó rápidamente hácia donde sonaba la voz, que seguia cantando ó pretendiendo cantar.

Descubrió al fin un banco de piedra, ocupado por dos personas, que hasta entonces le habian ocultado los árboles.

Se acercó resueltamente, como quien se acerca á un antiguo amigo.

Eran las personas que estaban en el banco, el ambiguo anciano que hemos conocido un poco antes, y Blanca.

Sanson, pues ya nos ha dicho *Friolera* su nombre, parecia haber cambiado de carácter.

Y es que hay algunos momentos lúcidos en la desgracia de los tristes, que se parecen mucho á la felicidad.

Sanson habia comido bien: sobre todo, habia comido bien Blanca; pero Blanca no habia bebido y *Sanson* se habia empinado toda la botella: el vino era de cuerpo, y se habia subido un poco á la cabeza de *Sanson*, que tenia, además, en el bolsillo una buena cantidad; al dia siguiente esperaba tener una posicion envidiable y poder presentar á Blanca, como él no habia soñado nunca pudiera presentarla.

Todo esto habia trasformado al anciano, y le hacia parecer alegre, en la situacion opuesta á la en que lo hemos visto anteriormente.

Al ver que un bulto se les iba encima sin vacilar, y un bulto de mala especie, porque *Friolera* con su trajecillo y su hongo tenia todas las trazas de un pillete, *Sanson* se inquietó: estaba muy débil, sin armas: no tenia ni siquiera un baston, y la pobre Blanca no podia servir en manera alguna para una defensa.

Sanson miró en torno suyo con inquietud, procurando descubrir un sereno ó un guardia; pero nada vió más que el bulto que se acercaba.

Se puso de pié.

—No hay que inquietarse, maestro *Sanson*; no hay que inquietarse,—dijo el jóven:—soy yo, el galan *Friolera*, su querido discípulo.

—¡Ah! ¡pues no nos has dado mal susto, pícaro!—dijo el maestro *Sanson*, sentándose de nuevo.—¿Pero de dónde sales tú ahora?

—Me vine como pude de Rio-Janeiro, donde me abandonásteis, de pinche en un buque; últimamente he estado de corista en la compañía de zarzuela de Zamora; la empresa ha quebrado como siempre, y yo, con cuarenta reales que recogí de limosna, me he venido *pedibus andando* á la córte á buscar un nuevo ajuste; pero los tiempos están malos; nadie *forma*; ni aun en las compañías de café se puede meter el diente; pero á propósito de dientes, aquí huele que me consuela.

—No huele mal, pero sabe mucho mejor,—dijo *Sanson*.

—¿Y no ha quedado por ahí un huesecillo que roer, ni una cortecilla que tragar? ¡Cuarenta y ocho, maestro *Sanson*, cuarenta y ocho!...

—¿Cuarenta y ocho qué?

—Cuarenta y ocho horas que no como.

—Esa es una historia que nosotros conocemos bastante bien,—dijo el anciano;—vamos, siéntate,

Friolera, aquí á mi lado; á tí ne te se puede dejar tranquilamente al lado de una jóven honrada.

—¡Ah! perdone usted, señorita Blanca,—dijo *Friolera*;—distruido con el encuentro de mi queridísimo maestro *Sanson*, me he olvidado de saludar á usted: á los piés de usted. ¡Ah! se ha puesto usted hermosísima desde que no nos vemos, señorita Blanca.

—Gracias,—dijo Blanca.

—Vamos, trágate esa media pechuga y ese jamon y déjate de cumplimientos, *Friolera*,—dijo el anciano.

—¡Vive Dios!—exclamó *Friolera*, metiendo el diente á la pieza que acababa de darle *Sanson*,—que esta ave está exquisita, y que no se ha asado en ningun bodegon.

—Como que es de casa de L' Hardy, así como ese jamon, que comerás despues.

—Permitame usted, maestro, le deje conocer mi asombro: estas provisiones no están en consonancia, ni con el traje de ustedes, ni con el lugar en que las han comido: apostaria á que no tienen ustedes un lecho hospitalario.

Sanson, que estaba alegre, sonó las monedas de toda especie que tenia en el bolsillo.

—¡Maestro!... ¡maestro!—exclamó todo maravillado *Friolera*.—Esto es ir de sorpresa en sorpresa, como una comedia de mágia.

—Poco antes de tener este oro,—dijo *Sanson*,—pedíamos limosna.

—¡Limosna! ¡limosna!—exclamó *Friolera* con la boca llena.—¡Esto es ya demasiado! Y bien; ¿no he reunido yo de limosna los cuarenta reales con que he venido á Madrid? ¡Cómo está el arte, señor! ¡qué vergüenza! Usted, un gran característico, y yo un partiquino admirable y un recomendabilísimo galan jóven, reducidos á mendigar, y lo que es peor aún, á tener hambre! Y la señorita Blanca hace ya papeles, baila y canta?

—No,—dijo con voz ronca *Sanson*:—no ha representado más que una vez, una vez, cuyo recuerdo me conmueve y enfurece: hizo una admirable dama jóven.

—Necesariamente,—exclamó *Friolera*.—¡Con tal maestro, ya lo creo! ¡Exquisito exquisitísimo, jamon admirable! ¿Y no ha quedado una sola gota para rociar esto?

—Ni una.

—Se le conoce á usted, maestro; y ha sido de lo bueno: esta botella huele á gloria; pero no importa, usted tiene dinero, mucho dinero; este lugar es húmedo, á la señorita Blanca no puede convenirla en manera alguna la humedad, yo tengo conocimientos en Madrid; sobre todo, estaremos mejor, mucho mejor, en el café de Venecia, que no se cierra en toda la noche: ya no debe andar por el mundo *Sullivan*.

—¡Cómo! ¡has visto á *Sullivan*!—exclamó con un no sé qué de hostil y de airado en el acento, el anciano.

—Sí señor, sí; le he visto despues de ver á María.

—Yo la he visto tambien; entró en L'Hardy.

—Yo la he visto salir de L'Hardy: si no fuera usted tan rico, yo le ofreceria á usted algo, y aun más que algo para pasado mañana, mañana á la noche, no sé á qué hora, pero esto no importa, me ha citado al pie del grupo de Daoiz y Velarde, María: la incomparable madre de *Amor de madre*; ¡pues no, que la *Campana de la Almudaina*! aquello de ¡tira! ¡tira!

—¡Tira! ¡tira! no; ¡toca! ¡toca!

—Creo pue eso tampoco, maestro; que los dos, con lo que nos sucede, estamos desmemoriados: yo me referia á la magnífica situacion de la cuerda, aquella que tanto se aplaudia.

—Sin embargo, yo hubiera querido que en aquella situacion María hubiese gritado ménos.

—Es usted muy severo, maestro; cada cual quiere lucir lo bueno que tiene: ella tiene buen pito, y lo luce.

—No; es que María bajo su inmejorable aspecto, tiene el alma salvaje: en las situaciones culminantes no se la ocurre más que el grito rabioso ó rugido de fiera.

—Como que es una admirable actriz trágica.

—No tanto, no tanto; ella sí, puede hacer una tragedia.

—Pues no se ha extrañado de mí: ha estado conmigo dulce como siempre, aunque sólo me ha hablado dos palabras, las suficientes para darme una cita para mañana á la noche; ya se ve, detras venia *Sullivan*.

—¡*Sullivan!*—exclamó el maestro *Sanson*;—¿y de dónde sale ese?

—Yo no lo sé, maestro,—dijo *Friolera*;—lo que sé es que en el momento en que yo ví á *Sullivan* puse piés en polvorosa: ya sabe usted por qué, maestro: yo no le quiero matar.

—¿Y era con *Sullivan* con quien ha ido á verse María á casa de L'Hardy?

—Indudablemente.

—¡Pero si María aborrecia á *Sullivan!*

—¡Pues ahí verá usted, maestro: á veces los que empiezan siendo aborrecidos, acaban siendo amados.

—No, no,—dijo *Sanson*;—María no puede amar á *Sullivan*, imposible, aquí hay algo que es de todo punto necesario averiguar, tú vas á verla mañana á la noche...

—Sí maestro; mañana á la noche en la ronda, al pié del grupo de Daoiz y Velarde.

—Ese grupo estaba antes en el parterre del Retiro.

—Sí; pero por lo visto no pagaba corriente el

alquiler, y le han obligado á mudarse: yo me informaré mañana, yo reconoceré.

—Para mañana ya habré cambiado yo de posición; él no querrá que yo le avergüence, no querrá que yo diga por todas partes: ¡hé ahí mi hijo, que deja en la mendicidad á su padre y á su sobrina!

—Pero, maestro, yo no le he conocido á usted más que un hijo, *Colibri* y *Colibri* hará mucho si logra comer un dia pan, y otro dia pan y queso.

—Pues ahora *Colibri* es un gran personaje; yo no le he visto hasta esta noche, y me ha costado trabajo reconocerle: todo un gran señor, *Friolera*... Y el canalla me ha desconocido, el canalla no se ha atrevido á llamarme padre; pero para echarme me ha dado cuatro mil reales, y una tarjeta y una hora para verle mañana en su casa.

—¡Guarda, Pablo!...—exclamó *Friolera*:—me parece que no es usted el que ve mañana á *Colibri*; me parece que voy entendiendo algo que hasta ahora no me explicaba.

—Y qué es lo que no te explicabas, *Friolera*?—preguntó *Sanson*.

—Lo que no me explicaba era por qué, desde hace algunos minutos, hay allí entre los árboles algunos bultos, que al parecer nos acechan; ¿usted ha dado motivos para que le prendan, maestro?

—No.

—Si,—dijo Blanca, tomando por la primera vez parte en el diálogo;—hemos mendigado.

—¡Y será capaz ese miserable!...—exclamó *Sanson*.

—Será capaz por lo ménos de poner á usted en la imposibilidad de comprometerle.

—¡Yo revelaré!...

—Una vez á disposicion de la autoridad, toda revelacion será inútil: lo dominará todo la influencia de *Colibri*; pero hay un medio.

—¿Cuál?

—Tiene usted confianza en mí, maestro?

—¡Oh, sí! tú siempre has sido un tunante; pero un tunante de buen corazon.

—Pues bien; déme usted, por lo ménos, la mitad del dinero que lleva encima.

—¡Oh! te lo voy á dar todo, ménos los cuartos que hemos recogido pidiendo; sí, serian capaces de decir que lo habíamos robado, y nosotros no podemos escapar, estamos muy débiles.

—Pues ese es el caso, y me parece que van estrechando el cerco,—dijo *Friolera*.

En efecto, se veian avanzar dos ó tres bultos desde los árboles del frente hácia el sitio donde estaban nuestros personajes.

El maestro *Sanson* dió todo el dinero que tenia en oro y plata á *Friolera*, y este se preparó á ponerse en franquía.

—Descuide usted, maestro, descuide usted,—

dijo;—mañana á la noche veré yo á María, que debe tener mucha influencia, y si no, yo encontraré el medio de sacar á ustedes adelante; pero los sabuesos se van acercando; ni usted maestro, ni la señorita Blanca, pueden correr; seria inútil pretendieran ustedes escaparse: en cuanto á mí es otra cosa; yo no solamente corro, sino que vuelo, y algo más: descuiden ustedes, que yo los encontraré, y todo saldrá bien: y adios, que se nos echan encima.

Y sin decir más, *Friolera* tomó distancia.

Algunos bultos, cuatro ó cinco, habian salido ya de la línea de los árboles, y empezaban á atravesar el ancho pasaje de los carruajes que corre por delante del Museo.

Uno de aquellos galafates, que vió que *Friolera* se separaba del bulto, se fué para él.

Friolera le esperó, pero en la actitud en que un torero espera á un toro para darle un recorte ó hacer el quiebro: el policía avanzó decididamente con la intencion manifiesta de echarle mano; pero cuando ya casi le tocaba, *Friolera* le evitó con el quiebro más sobresaliente que el mejor que se ha dado en un redondel, se puso fuera de jurisdiccion, y exclamó soltando la carcajada más insolente del mundo:

—¡Vosotros servís para agarrar pobres diablos; pero no para coger cigarrones, canallas!

—Y saltando, en efecto, como hubiera podido

saltar un cigarron, de dos saltos llegó á los árboles y se perdió entre ellos.

El de policía no se obstinó en seguirle: conocia bien la ventaja que le llevaba aquel zancudo.

A más, se le habia perdido.

El de policía se habia quedado con hambre de coger á *Friolera*, porque á cada vez que saltó, este habia oido sonar en sus bolsillos monedas de oro.

Se reunió á sus otros cuatro compañeros, que llegaban en aquel momento al banco, donde esperaban inmóviles el maestro *Sanson* y Blanca.

—¿Quién es ese que acaba de apartarse de vosotros?—dijo con acento grosero el que parecia jefe de los polizontes.

—Yo no lo sé,—contestó *Sanson*;—se acercó á nosotros y entabló conversacion.

—Llevaba mucho dinero en los bolsillos, y dinero en oro,—dijo el polizonte que habia pretendido inútilmente coger á *Friolera*.

—¡Ya! ¡la de siempre!—exclamó el que parecia jefe de la ronda;—el que tiene sobre sí el cuerpo del delito escapa.

—Suplico á usted rectifique ese juicio,—dijo *Sanson*, que queria evitar una brutalidad:—yo sé por qué se nos prende; yo sé que un personaje ha mandado se busque á un anciano que se apoye en una niña, y que á los dos se les conduzca al depósito del gobierno civil, como mendigos:

seta es una farsa; nosotros no hemos pedido, y si ese señor en casa de L'Hardy me ha dado dinero, yo no se lo he pedido tampoco; además, si se lo hubiera pedido, nada hubiera tenido de extraño; hubiera estado en mi derecho.

El cabo pareció un tanto perplejo.

—Bien,—dijo cambiando de tono;—pero yo no tengo órdenes precisas.

—¡Ya! las órdenes que usted tiene están sin duda sujetas á ciertas condiciones.

—En efecto, señor mio,—dijo el cabo;—pero de todos modos deben ustedes seguirnos.

—¿Al gobierno civil?

—Al gobierno civil,

—Pero entonces esta prision es una farsa.

—Yo no sé lo que es: obedezco á las órdenes que se me han dado.

—¡Dichosos tiempos en que se prende á cualquiera por el capricho de cualquiera!

—Me parece oportuno,—dijo el polizonte,—que no nos entretengamos más tiempo: nos están esperando.

El acento del cabo habia mejorado mucho.

Tenia ya algo de respetuoso.

¡Extraños cambios de situacion!

No parecia sino que aquel hombre veia en el viejo y mendigo maestro *Sanson* una persona respetable.

En una palabra, como si el anciano hubiera

representado una farsa inversa; la farsa de la miseria.

—¿Tan importante es esa persona que espera,—dijo el maestro *Sanson*,—que no puede hacérsela esperar?

—¡Oh! ¡importantísima! dijo con un acento de servil respeto el polizonte; diríamos aún más, con un respeto temeroso.

—Pues razón es que los que tanto valen esperen alguna vez á los que valen tan poco como nosotros; por muy de prisa que queramos ir, no podemos andar muy de prisa mi pobre hija y yo: como que acabamos de salir del hospital.

Esto entraba en el terreno de la farsa, porque al fin, y por más que hubiesen estado á la puerta del hospital á causa de esa terrible enfermedad que se llama miseria, el maestro *Sanson* y Blanca no habian entrado en él.

—¡Qué cosas se ven!—exclamó con acento sentencioso el polizonte.

—¡Unos tanto y otros tan poco, eh!—dijo el anciano.

—Sí señor, sí,—dijo el polizonte, cuyo respeto crecía:—todo es farsa en este mundo.

—Por lo mismo, amigo,—dijo el maestro *Sanson*,—usted, que hace poco queria prendernos como ladrones y nos trataba con desprecio como mendigos, nos habla ahora, no sólo con respeto, sino que creo que hasta con miedo; lo que prueba

que se le habia encargado á usted emplease todos los medios.

—Yo suplico á usted, señor mio,—dijo el polizonte, ya con acento adulator,—tenga en cuenta que los que desempeñamos cargos de cierta índole nos vemos obligados á seguir las instrucciones que se nos dan, y yo desearia manifestase usted á la persona que le espera, que yo he tratado á ustedes con la mayor consideracion.

—Por eso no quedará: podrá suceder que me sea usted útil.

—Yo tendré un placer en servir á usted.

—¡Qué cambio, señor, qué cambio!—exclamó *Sanson*.

—Esto se ve todos los dias,—dijo el polizonte;—no se sabe con quién se habla.

—Eso es, por todas partes nos da en las narices la farsa.

—Pero,—insistió el cabo,—dispéñseme usted le recuerde que la persona que espera á usted, es una persona á la que no se puede hacer esperar.

—Bien; ahora, vamos allá. Pero lo repito, el estado de debilidad, de postracion en que nos encontramos ahora es tal, que tardaremos un siglo en llegar al gobierno civil.

—Razon más, señor mio, para que cuanto antes nos pongamos en marcha.

—Si yo he sostenido esta conversacion, es

porque necesitaba sostenerla: ya he descubierto el terreno que necesitaba descubrir, y estamos en marcha.

—Llegaremos más pronto que lo que usted cree,—dijo el cabo.—A ver, uno á buscar el carruaje que está esperando en la entrada de la Carrera de San Jerónimo.

Otro de los polizontes partió.

—¿Y usted dice,—preguntó el maestro *Sanson*,—que el que nos espera no es el gobernador de Madrid?

—No, no señor, es algo más que el gobernador.

—¿Un ministro acaso?

—Más que un ministro.

—¡Ah! una influencia.

—Sí, señor; como quien dice el alma del gobierno: él es el gobierno mismo, el gobierno de Madrid, el alcalde de Madrid: cuanto puede ser un hombre.

—¡Por vida de *Colibrí*!—exclamó el maestro *Sanson*.—Hay cosas que por mucho que nos favorezcan y por claras que las veamos, nos cuesta trabajo creer en ellas.

Lo de *Colibrí* fué para el cabo de ronda una palabra misteriosa.

¿Qué quería decir *Colibrí*?

Ni aún sabia que así se llaman ciertos pájaros exóticos de abigarrado plumaje, ni podia suponer, ni aún en sueños, que un individuo que

habia sido conocido muchos años únicamente por aquel apodo, fuese el prepotente hombre político que habia llegado á ser, sin serlo aparentemente de hecho, el gobierno de la nacion.

Llegó el carruaje, un magnífico carruaje de cuatro asientos, arrastrado por dos poderosos caballos que tascaban impacientes el freno.

Los lacayos llevaban galones de oro de una anchura enorme en los sombreros, y vueltas rojas en el cuello y en las mangas de las libreas.

A la luz de la luna, que era muy clara, se veia en la portezuela de aquel carruaje un enorme escuson del peor gusto posible, *cursi*, como se llama en Madrid á todo lo que se aparta de las prescripciones de la sencillez y de la elegancia.

El lacayo abrió la portezuela.

—Hágame usted el favor de entrar, señorita,—dijo el polizonte á Blanca.

—No, primero papá,—contestó Blanca; tengo que sostenerle.

—Pase usted, pase usted, señorita, que yo le sostendré, y con mucho gusto,—dijo el cabo.

Pasó Blanca.

Era la primera vez que la pobre criatura se sentaba sobre un almohadon de raso blanco tan blando como los del carruaje.

Pasó luego el maestro *Sanson*.

El cabo no se atrevió á partir con aquellos

dos señores á quienes habia querido prender, no como mendigos, sino como ladrones, el interior del magnífico carruaje.

Con una sencillez digna del mayor elogio, se colocó en el ancho pescante del coche, al lado del lacayo.

El carruaje partió.

Los cuatro de la ronda se dispersaron.

Muy pronto el ruido del carruaje se perdió á lo largo de la Carrera de San Jerónimo.

Los relieves de la cena comprada en la casa de L'Hardy quedaron sobre el banco, y á poco dió cuenta de ellos un viejo perro vagabundo.

En cuanto á la botella vacía, la recogió una de las nereidas que pululan al rededor de Neptuno y á lo largo del Jardin Botánico.

CAPITULO IV

Un trozo de una historia que sobre poco más ó menos podria convenir á muchos personajes.

Hay en el gobierno civil un postigo que sirve para la comodidad de la gente de la calle y para que entren y salgan por él ciertas personas que no conviene entren por la puerta principal.

Como que el gobierno civil es por excelencia el departamento de policía, y no conviene se vea claro todo lo que á la policía corresponde.

Este postigo da á una callejuela.

El carruaje, para llegar al gobierno civil, no tomó por la calle Mayor.

Iba de tapadillo, y por consecuencia, tomó por la calle del Sacramento, á aquella hora tan desierta como si no hubiera gente en el mundo.

Se detuvo más allá de la calle del Cordon, y por dos callejuelas, nuestro simpático maestro *Sanson* y nuestra no ménos simpática Blanca, siguiendo al cabo de ronda, llegaron por fin al gobierno.

El cabo llamó de una manera particular.

La policía no seria verdaderamente policía si no se rodeara de formas misteriosas.

El postigo se abrió inmediatamente sin causar el más leve ruido, como si sus cerrojos y sus goznes hubiesen estado cuidadosamente engrasados.

Pasaron sin ver quién habia abierto el postigo, nueva cosa misteriosa, y subieron con una escalera de pequeños tramos angulares, iluminada de trecho en trecho por un farol.

La policía, de suyo tenebrosa, ilumina sus locales como se iluminan todos los accesos de los lugares peligrosos.

La policía usa la luz; pero con una linterna que deja en la sombra á quien la tiene, porque necesita ver sin ser vista.

Es el tigre de la ley que acecha en la sombra, y por necesidad el espíritu de la farsa.

¡Cuántas veces hablais con una que creéis respetabilísima persona, y no hablais con otra cosa que con un fragmento de la policía!

Por aquellas escaleras llegaron á un corredor, iluminado tambien.

Pasaron por otro corredor de cristales esmerilados, á fin de que por la parte de afuera no se pudiese conocer á la persona que por aquella galería pasase, otra forma misteriosa, y entraron en una gran sala, amueblada con un lujo pesado y de mal gusto.

A la puerta de aquella sala, puerta en que terminaba la galería de cristales, llamó recatadamente, y de una manera que revelaba el más profundo respeto, el cabo de ronda.

La puerta se abrió inmediatamente, y el maestro *Sanson* y Blanca entraron en el salon de que hemos hablado.

Quien habia abierto la puerta de comunicacion, ó mejor dicho de escape, habia sido el mismo sujeto á quien habia llamado excelencia en L' Hardy el maestro *Sanson*, el que se habia aturdido al verlos, y que por quitárselos de encima habia dado al maestro *Sanson* un billete de cuatro mil reales y una cita para el dia siguiente.

—Bien, muy bien,—dijo el personaje en cuestion al cabo de ronda;—guarde usted la más profunda reserva, y encargue usted la misma reserva á los individuos que han cooperado á este servicio. Espere usted.

—Muy bien, excelentísimo señor, se guardará la más profunda reserva,—dijo el cabo; y salió.

—¿Conque no me habia yo equivocado al darle excelencia, *Golibri*?—dijo el maestro *Sanson*.—

Ya se ve, salia de tí tufo de excelencia. Hijo, hijo, no te has olvidado de las lecciones de tu buen padre. ¡Poder de Dios! Pero es necesario convenir en que la humanidad presente es muy bestia. No te alteres, *Colibrí*, no te alteres, ya ves que hablo muy bajo para no comprometerte.

—Seria igual,—dijo *Colibrí*.—El gabinete del gobernador no produce ecos, no se oye fuera lo que dentro de él se habla, ni nadie se atreveria á acechar. Siéntese usted, padre, siéntese usted. Siéntate tú, hija mia: ¡cómo has crecido! ¡Estás hecha una perla, Blanca!

—Sí, sí, la perla de la familia,—dijo el maestro *Sanson*;—y mira, hijo mio, ya que te has hecho hombre importante, ¿por qué no te casas con ella? Así todo se quedaria en casa.

—¡Bah! ¡mi sobrina carnal!—dijo *Colibrí*.

—¿Y qué te importa? ¿Querrás tú hacer asunto de conciencia lo que se arregla con una dispensa que á tí te seria muy fácil: ¡tú conciencia! tú has tenido siempre bastante conciencia... fuera del cuerpo para que no te haga daño. Un grande hombre, Frasquito, un grande hombre: dígalo sino el lugar en que nos encontramos: tú sabes que la conciencia es un fardo demasiado pesado, con el cual no hay quien pueda volar por muchas fuerzas que tenga.

—Sí, padre, sí; pero en fin, hablemos de lo que importa: no tengo un momento mio: las cir-

cunstancias son difíciles, se nos mina el terreno; por una parte la Internacional, la demagogia; el carlismo, los conservadores, la restauracion, ¡y este no saber á que atenerse, no tener confianza en el agarradero, como no se puede tener confianza en una raiz á que se han agarrado tantos para salvar el foso, y que por consecuencia puede encontrar á punto de romperse el primero que se agarre! ¡Esto no es vivir! ¡no hay consecuencia política, no hay amplitud de miras! ¡esta es una cachetina rastrera en que los partidos se baten sin destruirse, y echan la zancadilla para ser zaqueados á su vez! ¡Nos hemos equivocado, decididamente nos hemos equivocado: no hemos resuelto nada! ¡La ingratitud! ¡Las hechuras que no conocen que son hechuras y que quieren hacer y deshacer! Es necesario tomar otras vías, y sobre todo antes que sucumbir, ¡la mar! ¡el cometa! ¡la inmensidad!

—¡*Colibrí, Colibrí!*—exclamó, abriendo la boca en forma de O y dilatándola el buen maestro *Sanson*, —¡me asombros, me aturdes, me aniquilas! ¿Conque es cierto, conque tú no eres ya *Colibrí*? ¿conque *Colibrí* ha desaparecido? ¿Y yo que habia llegado á toda la altura de la tragedia, y de la tragedia bíblica, maldiciéndote como se maldice al hijo ingrato que pesca un destinejo, y no tiene una partícula de él para que el buen papá que le ha educado tenga una par-

ticula de pan diaria! Yo anulo mi maldicion, hijo mio, y en su lugar coloco con toda la efusion de mi alma mi bendicion paterna. Tú honras la familia. ¡Lástima, mucha lástima que no seas legítimo; pero ya he visto que eso no te ha impedido poner en las portezuelas de tu carruaje un escudo tamaño como un pan de dos libras. ¡A veces por un pan de dos libras hubieras dado tú, y hubiéramos dado todos, todos los blasones del mundo que hubiéramos tenido! Pero ¿cómo te llamas, hijo, cómo te llamas? Sepámoslo.

—Yo me llamo el excelentísimo señor marqués de Casanueva, grande de España, don Diego Barcellós de Satiséban, gran cruz de Carlos III, de Isabel la Católica y de María Victoria, y senador del reino. A mi edad es más serio el cargo de senador, y esto no es más que una farsa; porque en verdad, padre, yo no soy más que un *traspunte* que llevo la comedia de la situacion en la mano y echo las figuras á la escena. Cuando conviene tal característico le suelto, cuando conviene tal bufon le arrojo; les doy la salida, esto es, el programa, y cuando vacilan porque se les olvida el papel, los sostengo. Algunas veces, á pesar de todo, mis esfuerzos son tan malos, que el público silba y me mete adentro á patatazos al personaje en quien yo tenia más confianza. ¡Qué! ¡si están todos *chiflados*, padre, si no saben de dónde vienen, ni adónde van,

ni lo que hacen, ni lo que quieren. y el director de escena no es del ejercicio; ha errado la vocacion, y no tiene de grande hombre más que la farsa; y *chiflado* como todos, padre, *lila*.

—Te admiro, *Colibri*; tú no has salido del ejercicio, hijo; el farsante de la lengua es ahora el farsante de la política, el *non plus ultra*. Mi educacion, ingrato; confiesa que me lo debes todo, empezando por la audacia y por la poca vergüenza que Dios te ha dado. Conque cástate con tu sobrina, y me haces á mí duque, que yo sostendré con honra, de mano maestra, mi papel, y redondeados, hijo, redondeados.

—¡Ay, padre, que me casó en Capellanes la reina!

—¡Cómo que la reina, *Colibri*!—exclamó *Sanson*.—Vamos despacio, hijo: ¿qué reina te ha casado á ti?

—La reina de Capellanes, padre.

—¡Ah, ya! Algun camello que supo más que tú, infame.

Blanca, que se habia puesto sombría á la primera indicacion de casarla con su tio, dilató su semblante cuando supo que su desconocido tio era casado.

—Pero, padre,—añadió Frasquito,—la historia es larga, el tiempo no es mio, usted habrá juzgado mal de mí, porque para verle antes de la cita que le habia dado, he hecho le busquen adop-

tando una forma que le habrá á usted contrariado mucho.

—La cuestion de la cosa, *Colibrí*,—dijo el maestro *Sanson*,—no es la forma, sino el fondo. Verdaderamente me indigné... aunque en verdad en verdad, ese benemérito cabo ha estado con nosotros admirable, y aun inverosímilmente respetuoso.

—¿Y cómo no?—exclamó Frasquito;—de otra manera se hubiera expuesto á un castigo severo: se le dará un ascenso. Y ahora, mi queridísimo padre, mi querida sobrina, vais á ser trasladados á casa de ese mismo inmejorable cabo.

—Es decir, ¿se nos lleva al vestuario?—dijo el maestro *Sanson*.

—Eso es; y cuando tengan ustedes el traje y el bastidor prevenidos, yo les daré á ustedes una buena salida; ¡ah! una salida admirable. Permítame usted, mi querido padre: voy á hablar un momento con el cabo.

—Sí, hijo mio, sí; esto es importante. Véte; véte sin cuidado, que no nos llevaremos la escribanía de plata del gobernador.

Su excelencia se derigió á la puerta de escape, la abrió y llamó.

—Gomez!—dijo.

Se presentó apresuradamente el cabo, y se hizo un arco de violin.

—Excelentísimo señor,—dijo.

—Gomez, —contestó su excelencia, —yo sé que usted tiene una casa bien montada.

—Medianamente, excelentísimo señor, gracias al dote que llevó mi mujer.

—Por supuesto, hombre, por supuesto; ya sé yo adónde llega la moralidad de usted. Va usted á llevarse secretamente á su casa á ese señor y á esa señorita: ese señor es mi padre.

—¡Ya, ya se le conoce á su excelencia! —dijo Gomez.

Esa señorita es mi sobrina.

—Tambien, tambien se le conoce á su excelencia.

—Mi padre no ocupa, ni con mucho, la posicion aparente en que usted le ha visto; eso ha sido una farsa necesaria: usted debe considerar esto como un alto secreto de policia.

—Descuide, descuide vucencia, excelentísimo señor, —dijo Gomez; —ya lo habia yo adivinado, y por lo mismo he tratado con las mayores consideraciones á sus excelencias.

—Muy bien, muy bien, Gomez: mañana tendrá usted su nombramiento de inspector.

—¡Oh! ¡muchas gracias, excelentísimo señor! ¡mi vida, cuanto soy y cuanto tengo, es de vucencia!

—Encárguese usted de ejecutar todo lo que mi padre y mi sobrisa necesiten; pero secreto, mucho secreto; que no los vea nadie, nadie más

que su familia de usted, que está interesada en no comprometerle.

—Muy bien, excelentísimo señor; descuide vucencia.

—Espere usted, van á salir.

Y su excelencia volvió á meterse en el despacho.

—Tome usted padre,—dijo, sacando del bolsillo una cartera, y de ella cinco billetes,—ahí tiene usted veinte mil reales para la ropa y los relumbrones; pero déjese usted de glases y de beludillos y de cosas falsas: somos altos farsantes, y representamos en un teatro de primer orden.

—Descuida, hijo, descuida, que ya sabes que en esto de la direccion de escena soy fuerte, aunque desgraciado, porque hasta ahora no he logrado salir de actor de la compañía de la legua á partido, y te duplico mi bendicion, y te la centuplico y te la millonizo y te la infinitizo. ¡Oh Isaac de este viejo Abraham! ¡oh sosten de este antes fuerte Sanson, ya caduco! ¡solemne pillo que te has olvidado de tu padre y que no te acuerdas de él sino cuando temes que tu padre te comprometa! ¡Adelante con la farsa! ¡Vivan los estúpidos! La humanidad es de los bribones. Pero escucha, Frasquito; cuenta con lo que haces: yo no me fio, no puedo fiarme de tí, ni puedo bendecirte ni perdonarte: tu padre es un hombre honrado: el pobre cómico de la legua se avergüenza de todo

lo que le rodea, y todo esto le humilla. Pero la miseria tiene cara de hereje, *Colibrí*; y este ángel, este pobre ángel, me obliga á transigir con mi conciencia.

—Yo no, papá, yo no,—exclamó Blanca en un magnífico arranque;—mendigaremos, y Dios nos abrirá camino.

—¡Mendigar por no ser farsante, cuando estamos por todas partes agobiados por la farsa! No, si el mundo es tan estúpido que no hace una indigacion dia por dia, hora por hora, de los antecedentes, de la educacion y de la moralidad de aquellos á quienes entrega el gobierno, peor para él; que sufra las consecuencias de su descuido, ó de su debilidad ó de su ignorancia. Yo me llamo á la parte: estoy cansado de ser mártir, mártir oscuro, que perece sin que nadie se dé cuenta de su martirio. Lo dicho, *Colibrí*, si tú crees salir del paso con veinticuatro mil reales, te equivocas: por posible que sea la infamia que con nosotros quieras hacer, yo encontraré medio de hacer que mi voz resuene, aunque me encierres herméticamente en una doble caja de hierro y todo el mundo sabrá que tú eres...

—Silencio, padre,—exclamó el excelentísimo *Colibrí*;—yo me encargo de que usted rectifique su opinion respecto á mí.

Su excelencia estaba verdaderamente atur-

La espada de Damocles se le habia caido de repente sobre la cabeza.

—Bien, bien; me alegraré de poder perdonarte,—dijo el anciano;—estoy á tu disposicion.

Media hora despues el anciano y la niña entraban secretamente, y tratados de la manera más respetuosa, en casa del polizonte Gomez.

CAPITULO IV

Maria empieza á delinearse.—Friolera se perfila más y más.—Súllivan no sabe lo que le sucede

El que conocemos, por una parte, con el nombre de don Luis, y por otra con el apodo de *Súllivan*, habia acudido, como sabemos, inmediatamente á la cita de María, que le esperaba, como se lo habia anunciado, fuera de la puerta de Bilbao.

Súllivan despidió el carruaje de plaza, se metió en el de María, y este partió al trote largo, tomando por el camino viejo de Francia.

—María,—la dijo *Súllivan*,—la empresa en que estamos aventurados puede redondearnos.

—Nos redondeará.

—Yo creo el negocio terminado ya, y que sólo se trata de la traslación: ¿no es esto?

—Sí,—dijo María:—apoderada yo de los inventarios, no se puede probar la existencia de los valores y de las alhajas, que yo tengo ya en paquetes.

—Bin, bien,—dijo *Sullivan*;—yo me encargo de esos valores y de esas alhajas. Pero ¿estás segura de que la suma total monte á tres millones de reales?

—Sobradamente,—contestó María con acento seco y breve, y con una marcada contrariedad;—tal vez llegue á cuatro millones: se trata de alhajas de familia, de aquellas alhajas antiguas que tienen un verdadero valor: en oro, y especialmente en billetes de Banco, he contado hasta un millon doscientos mil reales; todos estos valores caben en un pequeño paquete, cuyo peso puedes soportar muy bien hasta encontrar el carruaje, que debe quedarse á alguna distancia: Antonio y Francisco son de confianza; están acostumbrados á traerte y llevarte de noche; saben que se trata de unos amoríos, y yo les pago bien. Por otra parte, no pueden figurarse que en el pequeño paquete, que yo te arrojaré por la ventana de mi pabellon, vayan valores tan considerables. Yo cuento con tu lealtad, Luis,—añadió con acento más incisivo, más seco y más breve María.—Tú no has conocido jamás la con-

ciencia; pero conoces tu interés, ocupas una brillante posicion, y tengo respeto á ti toda la garantía de poder destruir esa posicion por medio del ridículo.

—Tienes otra garantía,—dijo don Luis;—mucho más fuerte que la de mi posicion: la de mi amor, la de mi pasión, la de mi delirio por tí.

—No me tienes cuenta, Luis, ni me la has tenido nunca. Además de esto, amo, amo desde hace algunos años; pero siempre una contrariedad ha venido á oponerse á mi amor; esto le ha irritado, y le ha empeñado; hoy ya es un amor monstruoso que yo no comprendo, porque yo no creía se pudiese amar de tal manera, sobre todo cuando el hombre á quien se ama es una cualquier cosa, como si dijéramos una friolera.

Esto era casi una revelacion completa.

Ya conocemos al galan *Friolera*, y sabemos ó hemos podido vislumbrar, con cuánta razon María, que era una beldad magnífica y ya en edad dura, por decirlo así, en sus treinta y cinco años, por más que apenas representase veintidos ó veinticuatro, decia que no comprendia cómo podia amarse con una tal intensidad una cualquier cosa, y es que el sentimiento lleva mucha ventaja á la razon y no se ama por amor sino por sentimiento.

El galan *Friolera*, ignorándolo él mismo, valia extraordinariamente como carácter.

Tenia además el instinto de sí mismo, una grande audacia, una grande fuerza de voluntad y un fondo excesivamente honrado y simpático,

Estaba atunantado, es cierto, por la costumbre de su oficio de cómico de la legua, ó mejor dicho, de saltimbanqui; pero bajo esta apariencia nacida de la costumbre y de la continua gimnasia de la bufonada, de la picardía y de la ligereza, se encubria todo un carácter.

El primero que desconocia al galan *Friolera*, era el mismo galan *Friolera*; pero tenia el instinto de sí mismo, y este instinto se traducia en una mirada impávida, en un gesto siempre sereno y siempre epigramático; en la tranquilidad con que se metia por todas partes, siquiera fuesen peligrosas, con tal de que no llevasen á nada infame ó criminal.

El mal encontraba una extraordinaria resistencia en los buenos y firmes intintos de *Friolera*.

Parecia un pillastre y era lo más leal que podia suponerse.

Hacia ostentacion de no sabemos qué positivismo, y sin embargo, creia y amaba todos los sueños de la imaginacion y del corazon.

Sólo que, escámado del mundo *sui generis* en que vivia, temia se burlase de sus sueños y ocultaba la poesia de sus propensiones y de sus apreciaciones.

Era, pues, un farsante que afectaba de una manera admirable, engañando á todo el mundo, sentimientos que no eran suyos.

Tenia además *ese no sé qué que tienen los periodistas*, como se dice entre la gente cruda, y se *alzaba* con Dios padre por quítame allá esas pajas, y daba cada corte, porque él nunca daba un *floretazo*, que hacia rasgaduras de siete y ocho pulgadas.

En cuanto á recibir, no habia habido nadie que le diese.

Era mucha la elasticidad de su espinazo, el descoyuntamiento y la prontitud y la agilidad y la presteza, del golpe de vista, de las manos y de las piernas de *Friolera*.

Tenia además la ventaja de lo firme de la cabeza y de lo privilegiado del estómago.

Porque bebiendo y devorando como un carretero manchego, jamás se embriagaba, ni sus vísceras sentian la más leve incomodidad.

Sabia insinuarse con las mujeres, trastearlas, sacarlas de sus casillas, y si no habia dado en la definitiva situacion matrimonial, no era porque le repugnase el matrimonio, sino porque no habia tenido la fortuna ó la desgracia de encontrar una mujer que no le repugnase para hacerla cosa propia, por más que muchas de sus aventuras le hubiesen fuertemente impresionado.

María le había cogido el corazón.

Pero aunque él, como hemos dicho, había cogido también el corazón á María, ella se había defendido de él, extraviada en el juicio que, llevándose de las apariencias, de él había formado.

Habían pasado cuatro años desde que, por un incidente de que nos ocuparemos, la compañía á partido de cómicos de la legua, de saltimbanquis y de bufos del maestro *Sanson*, se hacia disuelto como un puñado de moscas, yendo cada cual á parar con su pobre humanidad, no allí donde había querido, sino allí donde había sido arrojado.

Durante estos cuatro años de ausencia, *Friolera* había acabado de *chiflarse*, como él decia, por María la *Rosa*, que este era el apodo de la primera actriz trágica y dramática de la compañía, no real, pero sí de los caminos reales.

Y se había *chiflado* hasta tal punto, que el recuerdo de María, recuerdo candente é insoporable, se hizo en el coexistente, simultáneo con todas las otras sensaciones que determinaban su actividad.

Y cuando *Friolera* suspiraba de cierta manera, impaciente, rugiente podríamos decir, y aun amenazadora, y aun añadir que profunda y volcánica, era que se desesperaba por el recuerdo tenaz y siempre creciente de María.

En María habia tenido lugar un fenómeno semejante, y habia acabado por rendirse sin condiciones á las exigencias de su corazon, y por sufrir á causa de la ignorancia en que estaba acerca del paradero de *Friolera*.

Porque buscar á un galan de la legua por el laberinto de carreteras, caminos vecinales y veredas de las doscientas leguas cuadradas que determinan la superficie de nuestra Península, era la misma cosa que echarse á buscar la punta de una aguja en un inmenso pajar.

¿Quién sabia lo que habia sido de *Friolera*?

Un accidente cualquiera, un hambre un poco más prolongada, la complicacion de una fiebre maligna, por ejemplo, la fiebre de la miseria, podria haber dado de través con él, y quilla arriba, en las horrendas riberas del Leteo.

Por esto María, cuando le vió de improvise ante sí á la puerta de L'Hardy, se conmovió, y no pudiendo disponer de aquella noche, cuyo empleo era tan importante como han podido conocer ya nuestros lectores, le citó para la noche siguiente, indicándole el sitio, pero olvidándose en su precipitacion de determinar una hora precisa.

Hemos dicho, y esto parece determinar una contradiccion, teniendo en cuenta la serena valentía de que hemos dicho estaba dotado aquel sér tan original, tan impropriamente llamado *Friolera*.

lera, que al ver aparecer en el fondo del despacho de L' Hardy á *Sullivan*, se puso en fuga precipitada como si hubiera visto al diablo, á cuya fuga debió el haber encontrado al simpático maestro *Sanson* y á la bellissima Blanca.

Pues no hay contradicción.

El valor, como todas las cualidades humanas, es relativo.

Pepe-Hillo se estremecía de miedo al solo pensamiento de un toro negro, él que no le temió nunca ni al toro de San Lucas.

Pues bien; *Sullivan* era para el galán *Friolera* lo que era el toro negro con que había soñado Pepe-Hillo; esto es, un fantasma, un espectro siniestro.

No hay valiente que no tenga un coco.

No hay hombre de ingenio, por alto y esclarecido que sea, en el cual no se encuentre una faz, visto por la cual aparece completamente necio.

En fin, que las grandes caídas pertenecen á los gigantes, á causa de su misma estatura.

Habia su razon.

Sullivan era un bandido, pero un bandido calculador, y además de esto bravo.

Sullivan sufría poco.

Tenia la costumbre de imponerse.

Castigaba inmediatamente al que le resistía.

Pero lo castigaba de una manera prudente.

que no le comprometiese más que ligeramente, y asustaba á todo el mundo con el temor de ponerle en salmuera.

Expliquémonos.

El sublime *Sullivan*, sublime por ante el arte, y de tal manera sublime que hoy por hoy causaria vapores y enternecimientos de entusiasmo á la incomparable empresa del teatro Español, que se ha propuesto desenterrar para nuestro solaz uno y otro genio, aunque no tenga piernas presentables, sobre la escena; usaba un endemoniado pistolete, una especie de trabuco de bolsillo, que llevaba siempre cargado de sal, y además de esto con pólvora sorda, de la que se fabrica en Bentarique y se vende en Gibraltar.

Y era la cosa más fácil del mundo por una no-nada, que el incomparable *Sullivan* echase mano al bolsillo de su *pardessus* monumental, y disparase á quema-ropa una granizada de sal sobre el abdómen de su contrincante, sin que el exabrupto produjese más ruido que los gritos del abusado; y como se sabia que además del pistolete el admirable *Sullivan* llevaba siempre consigo cierto bisturí para emplearle cuando fuese necesario en las altas operaciones, y se sabia además lo diestro que era en el manejo de este instrumento, todo el mundo le guardaba el resuello al divino *Sullivan*, ó mejor dicho, al aliento de su trabuco abreviado, y *Friolera* era uno de

los que rendian este *culto* de espanto á aquel farsante de las tremendadas, que en realidad no era valiente, sino mala sangre.

Friolera lo comprendia esto demasiado; pero por una parte le hacia asco el resuello del pistolete, y por otra, á causa de su buen corazon, cualidad que acompaña á todo el que es verdaderamente valiente, no queria meter mano al *alfiler* contra *Sullivan*, porque tenia la seguridad que á dos idas y á dos venidas, *Sullivan* habia de ir de espaldas contra el suelo.

Era, pues, preferible llevarle la corriente y evitar primero la salazon y los ocho dias consecutivos de una sarna artificial, y despues el cargo de conciencia y el compromiso de haber matado un hombre.

Porque si para poner en órden al admirable *Sullivan* hubiera bastado con un corte más ó menos lar-o, más ó menos profundo, *Friolera* no se hubiera ciertamente detenido, y le hubiera puesto á raya pintándole un *jabeque* en los morros.

Pero el eminente *Sullivan* era bravucon, se habia hecho la ilusion de su invencibilidad, no era manco, y al sentir afeada su belleza por un chirlo, hubiera cometido la imbecilidad de hacerse matar.

Nunca habia sido más valiente, más sereno, más reflexivo el pobre *Friolera*, que sufriendo las barbotadas exuberantes del divino *Sullivan*, que le

aborrecia cordialmente, porque notaba que María se inclinaba á *Friolera* y que le miraba cuando él no la veía de una manera tal, que desarrollaba toda la bilis del extraordinario *Sullivan*.

Así es que en los ensayos, cuando rara vez se ensayaba algo, y con más frecuencia entre los bastidores de papel del teatro movible que la compañía llevaba en una carreta, se perdían, ó por mejor decir iban á dar en *Friolera*, cogotazos y puntapiés del esclarecido *Sullivan*, que no podía encontrarse junto al sencillo y bondadoso *Friolera* sin sentir una comezon de aplicarle algun tratamiento tópico.

Muchas veces, *Friolera*, que estaba siempre ojo alerta á las inmediaciones del portentoso *Sullivan*, evitaba el golpe por un hábil movimiento acrobático, contestaba con una bufonada, y concluía diciendo:

—Vamos, hoy no estoy para bromas, maestro *Sullivan*, porque ando delicadito.

Sullivan, satisfecho se reía, le acariciaba la nariz y se satisfacía con un tirón de orejas, aguantado gentilmente por *Friolera*.

Podía decirse que respecto á *Sullivan*, el miedo, el espanto de *Friolera* no era por *Sullivan*, sino por sí mismo, y algunas veces decía en un monólogo de pasión, irritado por la tenaz corte que *Sullivan* hacía á María la Rosa:

—Este hombre va á acabar por perderme á

mí, porque un día le voy á ver el fondo de las entrañas por la *gatera* que voy á abrirle.

Sullivan, pues, habia estado en perpétuo peligro á causa de aquel galan *Friolera* á quien despreciaba, peligros que un vértigo, un olvido, una confusion grave en *Friolera*, habia determinado.

Friolera, pues, que se tenia firme con todo el mundo, era un farsante haciendo creer á todo el mundo con su conducta que *Sullivan* le aterraba.

Habia además otra cosa más alta, más espiritual en *Friolera*, que hacia que el egregio *Sullivan* fuese para él sagrado.

Los celos exageran y ven lo que no existe.

Friolera creia que el irresistible *Sullivan* era amado por María.

¿Y cómo podia hacer *Friolera* nada que produjese, no ya un dolor, sino la más ligera contrariedad á María?

Sullivan, sin embargo, cuando María le reveló de una manera harto transparente quién era el hombre de su amor, ni aun se acordó de *Friolera*.

Ni cómo creer que una mujer de la valia de María la Rosa habia de haber empeñado su corazón por una criatureja despreciable y ridícula, que tal era para *Sullivan* *Friolera*.

Si le habia mirado alguna vez de una manera conmovida, habia sido de lástima.

Esta era la vana interpretacion que habia dado *Sullivan* á las miradas furtivas á *Friolera*, que *Sullivan* habia comprendido.

—Tú darás lugar, María,—dijo *Sullivan*,—á que yo me desespere, á que yo arrostre por todo, á que yo determine entre los dos una situacion que te comprometa.

—*Esa es pintura con almagre hecha*,—dijo María, recordando un verso del sainete-parodia del Orestes.

Y lo dijo de una manera tan acerada y tan fria, que *Sullivan* se sulfuró.

—Eso es decir,—exclamó,—que tú crees que yo soy...

—Mucha fachada y poco fondo, como la casa de Estrarena,—contestó María, soltando una frase proverbial madrileña.

—De modo que si yo te *amojamo* el cariño, María...—exclamó *Sullivan*, creciendo en furor.

—¡Bah! chico,—dijo María,—esto no es representar *Sullivan* en un meson de Galicia en el fondo de una cuadra. La verdad es la verdad, lo tangible: ni se falsifica la sangre con almagre, ni la farsa sirve sino para engañar á los tontos. En una palabra, mi buen amigo Luis; la principal garantía que yo tengo de que no me robarás ó de que si me robas lo vomitarás, lo pagarás con las setenas, como decia Cervantes, es el hombre con el que he determinado casarme, y al

que tú colocarás en una alta posicion política valiéndote de tu influencia de farsa; porque yo no puedo casarme con cualquiera, mi queridísimo *Sullivan*, y me he acostumbrado de tal manera á que me *excellenticen* los criados de mamá, que no me puedo pasar sin excelencia... Pero, hijo mio, estamos ya cerca de la quinta, voy á tirar del cordon del cochero á fin de que pare. Tú me darás el brazo hasta la verja, te retirarás luego, y ganarás mi pabellon.

El carruaje se detuvo en aquel momento.

Don Luis parecia como dominado por María, y sin hacer la más leve observacion salió del carruaje, la dió el brazo y avanzó con ella, dando la vuelta por una pequeña accidentacion del terreno.

Marchaban por un pequeño barranco arenoso, por el lecho seco de un arroyo, á una distancia media entre Fuencarral y Hortaleza.

Al dar la vuelta á la pequeña colina, apareció de improviso, oscura y densa, iluminada solo de una manera pálida en su parte superior por la luna, una considerable extension de tupida arboleda, por encima de la cual aparecian dos torrecillas, con esbeltos techos de pizarra terminados por veletas.

Muy pronto *Sullivan* y María penetraron entre la arboleda, que rodeaba la tapia de la quinta.

Aquella arboleda, de grandes álamos negros,

daba un doble y bello aspecto á aquella casa de campo.

Pertenecian á ella aquellos árboles, y estaban acotados por un seto vivo de espino-rosa, en el cual habia algunas aberturas, defendidas simplemente por puertas de empalizada, que podia salvar con suma facilidad, no ya un hombre, sino tambien un niño.

María llegó á una de aquellas empalizadas.

—Salta,—dijo á *Sullivan*;—gana la cerca, sáltala tambien por la parte que corresponde á mi pabellon.

—¿Y los perros, y los mozos?—exclamó con un cuidado que se parecia mucho al miedo, el valiente *Sullivan*.

—Los mozos encuentran más cómodo dormir que vigilar; en cuanto á los perros, yo los encerraré: no saltes la cerca hasta que veas luz á través de las vidrieras del balcon del centro de mi pabellon, pero métete dentro de la arboleda; yo no llamo hasta que hayas avanzado tú.

Sullivan saltó la empalizada y se perdió entre los árboles.

Cinco minutos despues de haber desaparecido *Sullivan*, María tiró de una cuerda que pasaba por uno de los postes del porton, y allá á lo lejos resonó el toque de una campana.

Algun tiempo despues apareció un mozo soñoliento, á juzgar por la manera de su marcha;

preguntó, y viendo que quien llamaba era la señorita María, abrió el porton.

María entró.

Sullivan entre tanto, habia avanzado á través de los espesos álamos, por un sendero tortuoso iluminado vagamente por la luz de la luna, que se filtraba por decirlo así, á través del follaje, y habia ganado la cerca, y habia avanzado por fuera de ella hasta un lugar cerca del cual dentro del jardin se levantaba un pabellon angular, que á nada se parecia más que al torreron macizo y pesado de un antiguo castillo.

Sullivan esperó con la mirada fija en el pabellon, en ninguno de cuyos balcones apareció el reflejo de la luz, que debia ser la seña para que él saltase la tapia.

Pasó un cuarto de hora, media hora, una y los balcones permacieron como borrados en la sombra.

¿Qué sucedia?

¿Con qué obstáculos habia tropezado María?

Sullivan se impacientaba.

Aquel era para él un gran negocio.

¡Cuatro millones, de los cuales por lo ménos debian corresponderle dos!

Dos millones son la base de una inmensa fortuna, rápidamente hecha para un hombre audaz, emprendedor, inteligente, activo, posi-

tivista, y que además está completamente desprovisto de conciencia.

¡Hay tanto negocio que explotar, tanta farsa que representar!

Los tontos abundan, y se reproducen en una proporción prodigiosa.

En cuanto al negocio de su amor por María, que antes había sido para *Sullivan* un negocio simple, se había convertido en un negocio compuesto.

De una parte, la satisfacción del deseo voraz que la singular hermosura de María le inspiraba: de otra, los dos millones de María.

¡Y María podía ser tan útil!

¡Encontraba en ella *Sullivan* tal talento, tal maestría para la farsa!

¡Cómo representaría ella la comedia de lo positivo y con un director de escena tal como *Sullivan*!

María, que antes valía para *Sullivan* un tesoro, había acabado por valer por lo menos tres.

Los avaros temen continuamente que un azar cualquiera les robe su tesoro.

Este miedo los conduce á un tormento inexplicable, de que sólo puede tener idea el que lo sufre.

Sullivan agonizaba:

¿Habría acontecido alguna desgracia á María?

¿Habría sido sorprendida?

Sullivan sabia que la vieja condesa de Lanzagoitia, á cuyo lado vivia María en una posicion no muy bien definida, ó por mejor decir dudosa, era avara hasta la sordidez, y que como los avaros y como los gatos, tenia siete vidas.

En un año los médicos la habian deshauciado tres veces; la habian presentado al borde de la tumba.

Sin embargo, la tumba hambrienta esperaba aún aquella demacrada, histérica y biliosa presa.

Las esperas, cuando son importantes, atormentan de una manera inconcebible.

Pero cuando un pícaro, un perdido, que á duras penas se mantiene á flote en una posicion ficticia, en una posicion de farsa, espera cuatro millones y le aguija la tentacion de quedarse aun con la parte que no le corresponde, la espera se le hace insopcrtable.

¿Por qué María hacia esperar de aquella manera, obligándole á soportar un tal tormento, á *Sullivan*?

¿Era que le temia, que pretendia libertarse de él, que le habia tendido un lazo?

El bosque era intrincado, apartado, solitario, lo más á propósito para el crimen; la hora alta.

Sullivan empezó á sentir miedo.

No llevaba armas.

¿Y para qué habia de haberse armado cuando sólo le esperaba una cita en L'Hardy, en Madrid?

Ni aun llevaba su pistolele cargado con sal; aquel pistolete que tal espanto causaba á *Friolera*?

Al variar de posicion y de conexiones, *Sullivan* habia relegado al desuso su trabuco de bolsillo.

Estaba, pues, completamente desarmado.

El reflejo anhelado no aparecia en el balcon.

Habia pasado hora y media desde que se habia puesto en espera.

Eran muy cerca las tres de la mañana, y una línea blanquecina indecisa, habia empezado á marcarse en el horizonte oriental.

La luz de la luna palidecia.

El bello y melancólico prólogo del dia empezaba á hacerse sentir.

No podia darse un alba más pura, más fresca, más húmeda, más perfumada y más bella.

Y sin embargo, en aquella situacion el alba aparecia horrible para *Sullivan*.

La seña no aparecia.

El negocio no podia hacerse, á lo ménos por aquella noche.

Sullivan no se atrevia á penetrar en el jardin cuando ya empezaba á alborear.

La gente del campo, y sobre todo las gallinas, se levantan muy temprano.

El hortelano podia muy bien estar ya de punta.

Sobre todo, las gallinas son indiscretas, alborotadoras, escandalosas.

Cuando *Sullivan* pensaba en esto, un cacareo no muy lejano vino á demostrarle que los volátiles estaban ya en actividad en la quinta.

Y aún era indeciso el crepúsculo.

Aún permanecían como borrados en la sombra aquellos tres malditos balcones del pabellon de María, ninguno de los cuales habia tenido la complacencia de iluminarse.

—¡Imposible!—exclamó con despecho *Sullivan*.—¿Es necesario abandonar el campo; continuar esperando... esperando no sé cuánto tiempo ni con cuánta ansiedad: por lo ménos hay que convenir en que ella no me ha tendido un lazo; que no me ha traído aquí para entregarme á asesinos: no, no; me ha traído de buena fé: si no, ¿á qué habia de haberme hecho esperar inútilmente? Esto hubiera sido pueril, y ella es una mujer completamente seria, una mujer adorable, un tesoro. ¿Habrá reflexionado? ¿desconfiará de mí? ¿se habrá arrepentido? ¡Poder de Dios, esto es insoportable! es necesario fijar á todo trance una situacion entre María y yo.

Pero como tambien era necesario abandonar el campo, é inmediatamente, *Sullivan* volvió á aventurarse por el sendero, le recorrió, llegó á una de las empalizadas, la saltó y se dirigió al barranquillo, ó más bien á la torrentera del arroyo, más allá del cual habia quedado esperándole el landó de María.

Pero cuando rodeó la torrentera y miró al lugar donde esperaba encontrar el carruaje, no le encontró.

La alborada, ya blanca y diáfana, permitía detallar bastante los objetos.

—De seguro,—exclamó *Sullivan* con un despecho que ya era rabia;—esos animales no han podido suponer se me hiciese esperar al sereno; han supuesto y han debido suponerlo, que su señorita me había introducido en la quinta, y al alborear se han retirado; esto debe ser: no, ella no debe jugarme una tan mala pasada; ¿y quién sabe, quién sabe lo que hay aquí? En fin, bueno, perfectamente: nos daremos un paseo con la fresca: legua más ó menos: ¡ah! pero si esto ha sido cosa tuya, María la *Rosa*, nos veremos, hija mía, nos veremos; yo te demostraré hasta qué punto puedes burlarte tú de tu antiguo galán.

Y el incomparable *Sullivan*, que en otro tiempo se había andado más de una legua, más de tres y más de cinco, emprendió la marcha hacia Madrid, que se veía á lo lejos, azul, oscuro, casi negro, dibujándose como un largo reptil crestado sobre la blanca faja del horizonte.

Aquel hombre importante no hubiera querido por nada del mundo que sus cofrades de farsa le hubieran encontrado en aquella situación, marchando desconcertado y hosco con sus botas de charol, su traje cuidado hasta la re-

busca, y su nítido chaleco blanco, hollando terrones á campo traviesa.

¡Si á lo ménos hubiera llevado consigo aquel anhelado paquete, conteniendo los cuatro millones!...

CAPÍTULO VI

Primera parte en que se trata de un diplomático

María había pasado la verja de entrada de la quinta profundamente pensativa.

De repente, y antes de llegar al vestibulo del edificio, se detuvo y dijo:

—¡Matías!

—Señorita,—contestó el criado, que era ya de alguna edad, y al parecer, por su manera, irreprochable, como servidor de buena casa.

—Había pensado volver dentro de poco á Madrid,—dijo María;—pero he cambiado de propósito: vaya usted á buscar el carruaje, que está más allá del arroyo, y que se retire.

—Muy bien, señorita,—dijo Matías;—¿pero al momento?

—No, despues que me haya usted dejado en mi cuarto.

Maria y Matías subieron el peristilo de la quinta, y entraron en el vestíbulo.

Matías tomó de sobre el mármol de una gran consola, que formaba parte de la construcción de aquella gran quinta, del gusto absolutamente á lo Luis XV, una de esas consolas prolijamente ornamentadas que se ven bajo una pechina que contiene un escudo de armas, una bujía en un candelero de bronce, y precedió á María por unas magníficas escaleras de mármol de doble tramo.

Cuando en un ángulo de la galería principal, que daba vuelta á la escalera, dejó á María á la puerta de su aposento, la dió las buenas noches, aunque bien hubiera podido darla los buenos dias, y se fué á cumplir su encargo.

—¡Qué señorita!—dijo;—¡qué señorita! ¡Yo no la entiendo! ¡Por supuesto, que tampoco entiendo lo que sucede en casa hace algun tiempo! ¡Ah! ¡si el señor conde levantara la cabeza! Esto es de todo punto irregular; ¡salidas nocturnas! ¡cuando la señora está tan grave! ¡y aunque no lo estuviese! ¡y es una suerte que á pesar de ser una señorita misteriosa, pertenece indudablemente á la familia! ¡Ya, ya lo decia yo hace cuarenta años, cuando era *groom* del señor conde: su excelencia, no sabe lo que se hace: ¡esta señorita con la que se ha casado!... En fin, bueno: no reflexionemos; prescindamos de deducciones: ¿qué

deduccion se puede aventurar respecto á una señora tan santa como la señora? ¿Ni qué hay que decir de la señorita María, á pesar de sus irregularidades, si la señorita María es un ángel? ¡Y nada, nada! ni oculta lo que hace, ni se mete en explicaciones, ni tiene un solo momento de expansion! ¡Y con un viejo y leal servidor que ha nacido en su casa! ¡Sí, en su casa! ¡Indudablemente ella pertenece á la familia: tiene todo el aire, aunque en verdad, el aire que tiene sopla de la parte de la señora, que en cuanto al señor conde, no se parece á él, como no sea en pertenecer, como el señor conde pertenecia, á la raza humana.

Matias abria la empalizada por donde habia entrado María en el momento en que terminaba su monólogo.

Luego avanzó con más ligereza y más fuerza que lo que parecian prometer sus sesenta años, llegó al lugar donde esperaba el carruaje y mandó al cochero retirarse.

Hé aquí por qué el insigne *Sullivan* no habia encontrado el landó en el lugar en que hubiera debido esperarle.

¿Por qué María habia mandado retirarlo?

Porque habia encontrado á *Friolera* en la puerta de L'Hardy.

¿Para qué necesitaba ya al presuntuoso, al canalla, al carísimo, al inaceptable *Sullivan*?

Friolera la serviría con toda su alma.

Pero por el momento no habia pensado en esto.

Al encontrar de repente delante de sí á *Friolera*, se habia sobrecogido hasta el punto de no precisar la hora de su cita con él.

De la misma manera, á causa de su preocupacion, le indicó como lugar el primero que se la vino á la memoria.

Veia con mucha frecuencia cuando iba por la ronda á la Castellana, el grupo de Daoiz y Velarde.

Escapó instintivamente.

No se le ocurrió hacer entrar en su carruaje á *Friolera*.

Si se le hubiera ocurrido como se le ocurrió antes de llegar á la Puerta del Sol, lo hubiera hecho.

Tenia empeñada una cita inmediata con *Sullivan*.

Debia aguardarle.

No se le habia ocurrido todavía prescindir de *Sullivan* para valerse de *Friolera*.

Esto se le ocurrió en el momento en que se separó de *Sullivan*, y ya hemos visto el resultado.

Sullivan, al verse burlado, al verse sustituido, ¿y por quien? intentaria sin duda algo terrible: una venganza como suya, ó una intriga que sujetase á María á su voluntad.

Pero María no le temia

Le tenia por lo ménos tan sujeto, como él habia creído tenerla sujeta á ella.

La situacion de María, tan respecto á la vieja condesa de Lanzagoitia, como respecto á *Sullivan*, era muy sencilla: ya la explicaremos más adelante.

En resúmen, María no tenia derecho alguno á la más pequeña parte de herencia de la condesa, y esta no se habia indicado con ella; enferma gravemente, sufriendo, nada habia dicho á María acerca de su porvenir.

María sabia que era hija de la condesa.

Lo sabia, porque se lo habia dicho el maestro *Sanson*, al cual creia con un respeto religioso María.

Es más, sabia que el maestro *Sanson* era su padre, así como de su hermana Elena, ya difunta.

María habia respetado un secreto que su madre no habia querido, ó no habia creído conveniente revelarla, y nada, ni aun indirectamente, habia hecho para procurar una revelacion.

No tenia, tampoco, necesidad de ella; su padre la habia revelado lo que habia sido antes de ser cómico de la legua.

María habia respetado el corazon del viejo.

Pero antes de la revelacion, por la educacion, por la manera de ser de su padre, María tenia la seguridad de que este, antes de ser cómico de la legua, habia sido algo mucho más alto.

María habia sufrido mucho, mucho, en su vida aventurera de dama de compañía de la legua: muchas humillaciones, muchas miserias, y la sola idea de volver á aquella vida, ó á lo ménos á la fatigosa y no bien comprendida vida del teatro, la hacia crispase de espanto.

Era altiva, lo que la hacia decir: «Yo no vengo de canallas;» amaba el lujo, la ostentacion, estaba orgullosa de su hermosura, y cuando una casualidad la habia arrancado de aquella vida tan aborrecida por ella, no podia resignarse á volver á ella.

Tenia la certidumbre de que era hija de la condesa de Lanzagoitia, primero, porque su padre se lo habia revelado en un momento de amargura; despues, por un retrato al óleo de cuerpo entero de la condesa que habia encontrado en la quinta de las Cuatro Torres, que este era su nombre.

Aquel retrato, que representaba una edad de treinta á treinta y cinco años, no presentaba un parecido tal respecto á María, que pudiera aducirse como una prueba de la descendencia de María de la condesa; pero sí un tan marcado aire de familia y aun de carácter, que aquel retrato fué para María una prueba completa, ó más bien una confirmacion de la revelacion de su padre, porque ya hemos dicho que tal fé tenía María en la veracidad del viejo maestro

Sanson, que no habia necesitado más prueba que su dicho.

Habia otra confirmacion: el apasionado, el tiernísimo cariño que la dejaba conocer la condesa, y lo profundamente que esta se conmovia cuando María la hablaba de su difunta hermana Elena.

Otra confirmacion además: si María no se parecia completamente al retrato de la condesa, si Elena tampoco se habia parecido, en cambio la niña Blanca parecia, á pesar de su extremada juventud, el original preciso de aquel retrato, salvo el desarrollo y la diferencia de edad, que en nada afectaban al parecido, antes bien le completaban.

Aquello era un *salto atrás* de la nieta á la abuela.

Ahora bien: en cuatro años que María llevaba al lado de la condesa, se habia acostumbrado á la opulencia, habia modificado su carácter, habia acabado de educarse, se habia hecho una gran dama, y una dama admirable.

Era para María desesperante saber, sin poder dudarlo, que era hija, aunque ilegítima, de la condesa (lo que en nombre de su madre y de su dignidad propia la atormentaba de una manera indecible); sentirse tiernísimamente amada por la condesa, amada con toda la vehemencia de su impresionable y violento carácter; ver que la

vida de su madre se extinguía, como una luz que se apaga, á consecuencia de una enfermedad desconocida, que reconocia su origen más en lo moral que en lo físico, y esperar á cada momento una catástrofe, porque hacia más de dos años que la condesa no tenia, como suele decirse, hora segura, y ver que nada hacia la condesa por asegurar su porvenir.

Unos parientes oscuros, una familia de canallas, sabrian un dia por medio de un agente consular, que la noble condesa de Lanzagoitia habia muerto *abintestato* y que se les llamaba para que adujesen la prueba de su derecho á una cuantiosísima herencia.

María lo dominaba todo en la casa: María conocia todos los papeles; María, apoderándose de la *caja*, como si dijéramos de la intendencia, conoció el numerario efectivo; habia encontrado además los inventarios del guarda-joyas, tenia en su poder aquellas joyas, cuyo valor, sin ser extraordinario tratándose de una casa fuerte, era considerable: la condesa de Lanzagoitia habia querido que María se pusiese al corriente de todo, que se entregase de todo, y habia subordinado á ella sus administradores y toda su servidumbre.

¿Cuál habia sido la intencion de la condesa al hacer esto?

María creyó adivinarlo.

Crejó encontrar en ello un valor entendido.

Suponia que la condesa habia querido decirlo:

—Tú sabes, ó por lo ménos tú adivinas, que eres mi hija: si no crees que eres mi hija por la Naturaleza, no puedes dudar de que lo eres por el corazon: yo no quiero decírtelo; no quiero colocarme en la situacion imprudente de una madre que revela su adulterio á su hija: mi servidumbre no ve en tí más que una señorita de compañía; á la que yo amo y trato y hago respetar como si fuera mi hija; yo no quiero dar lugar por ningun acto determinante mio, á que nadie pueda vislumbrar mi secreto; pero no importa: yo he puesto en tu poder todo lo que podia poner; yo no te instituiré mi heredera, pero tampoco instituiré mi heredero, á nadie: compréndeme; prepárate; yo me siento morir; apoderáte cautamente de lo que yo he puesto en tu poder, y de lo cual no puede pedirte cuenta nadie; ya que no heredas todo lo que poseo, toma lo que puedas, y hazte con ello una renta conveniente.

María lo dió esto por entendido.

Vió que su madre no queria perder ni un átomo de la reputacion de virtud, y de virtud rígida, de que gozaba, ni que tampoco queria desheredarla.

Y aunque esto no fuese, ¿no tenia ella más derecho á los bienes de la condesa que unos pa-

rientes desconocidos, que tal vez tendian sus redes en el Tíber (María conocia, aunque en resumen, por su padre la historia de su madre); no seria una necedad abandonárselo todo?

Dando esto por supuesto, y sobre todo, considerándose con derecho, María la *Rosa*, que no queria retroceder ni descender, empezó á obrar en consecuencia, á eliminar capitales y á hacerlos cambiar en billetes de Banco para hacerlos más trasportables.

Se apoderó de las alhajas que hacia un siglo no se ponía la vieja condesa viuda de Lanzagoitia.

Destruyó los inventarios, y puso en venta algunas propiedades, venta que hubiera producido á lo ménos cuatro millones, con lo que el capital de que se hubiera hecho heredera secreta María, hubiera ascendido á unos ocho millones de reales.

Pero no se vende pronto si no se malvende, y María no queria que los administradores subalternos, entre los cuales habia que contar al administrador general, que habia quedado reducido á ser una especie de subintendente á las órdenes de María, y los otros administradores, pudiesen sospechar en vista del precario estado de la salud de la condesa, que lo que se queria era realizar á toda costa, para hacer noche el capital que se obtuviese.

María no quería llegar á tanto.

Continuaba desempeñando la farsa de la dignidad, porque, en fin, lo que María pretendía hacer, apoyándose en casuismos y en derechos no reconocidos ni claros, era un robo.

Pero así venia la cosa desde hacia cuarenta años, que el viejo conde de Lanzagoitia contrajo matrimonio con Adelina Sforzi, romana neta, primera actriz trágica del teatro de Apolo, y más famosa aún que por su indisputable talento para la escena, por su hermosura excepcional y por sus galanteos y sus aventuras más excepcionales aún.

Adelina era una especie de Aspasia: para obtener sus favores era necesario decidirse á arruinarse, por leves que fuesen los favores que de ella se solicitasen.

El conde de Lanzagoitia, don Melquiades de Urquizum y Arribarriaga, Mendinueta Foll de Cardona y Aramburum (y suprimimos lo ménos cincuenta y cinco apellidos), grande de España de primera clase, teniente general de la Real Armada, consejero de Indias, gran cruz de número de Carlos III y de San Hermenegildo, gran cordon de la órden de San Luis y del Aguila Negra, etc., etc., era un vizcaino largo, magro, de fisonomía mezquina y apenada, más sería que un ajo, completamente negado de entendimiento, dócil y sencillo, cuando no se tocaba á lo emin-

tísimo é incomparable de su nobleza, y caballero desde tres estados debajo de los piés hasta quince leguas por encima de la cabeza.

Este señor se habia consagrado exclusivamente á dos pasiones: á la pasion por los barcos y la pasion por la diplomacia.

Como marino, habia dado ya tres veces la vuelta al rededor del mundo, y habia adquirido cierta práctica rutinaria de civilizacion cosmopolita.

Habia adquirido, además, una fama envidiable de gran marino y gran diplomático, fama merecida, porque como la náutica era la primera de sus pasiones, tanto habia estudiado y tanto habia practicado, que conocia todos los derroteros, todas las corrientes, todos los fondos y todas las mañas buenas y malas de cada latitud y de cada altura.

Habia contraido una especie de facilidad para el mundo y se hacia simpático por la distincion de la forma.

Hablaba muy poco, por lo cual no podia echarse la sonda á su entendimiento.

Y esto que en él era una artimaña, una especie de farsa; para hacerse pasar por importante, le servia para ser estimado como un profundo diplomático, porque, en efecto, no hay nada más profundo que el silencio, nada más oscuro, y allí donde no se ve, es prudente suponerlo todo.

La vulgaridad ha sido siempre la reina del mundo, y el vulgo está siempre dispuesto á respetar á los sérios silenciosos, que lo aparentan todo sin hacer nunca nada, y sobre todo cuando esta silenciosa seriedad va unida á una gran nobleza, á una gran riqueza, á una gran posición.

Cuando el rey tenia necesidad de un diplomático hábil é impenetrable para encargarle una mision importante en una córte extranjera ó sobre todo para representar en una córte extranjera una farsa diplomática, la exhibicion de una especie de logogrifo mudo é incomprendible, echaba mano de su excelencia el conde de Lanzagoitia, y allá le disparaba sobre una córte extranjera como quien dispara sobre un edificio en que quiere causar efecto, una bomba de catorce pulgadas rellena de plomo.

En diplomacia, nada mejor á veces que el amago.

Y no habia nada que tanto amagase una vez investido del carácter de embajador extraordinario y plenipotenciario de su majestad católica el rey de España, que aquel buen señor de mirada inmóvil y sin expresion, y de silencio sistemático, que no se rompía jamás sino con monosílabos misteriosos.

Nosotros creemos, Dios nos perdone, que para llegar á ser un diplomático famoso y temible,

no hay necesidad de otra cosa que de saber callar, de no decir jamás nada claro, de estar siempre serio y de guardar cierta forma suntuosa é insoportable, y usar á tiempo de una especie de sonrisa de autómeta, que deja ver siempre los cordones de los resortes de la boca.

Con esto, con que nadie sepa qué hace, qué dice, por dónde anda su excelencia; con hablar de una manera comprensible la lengua del país donde se desempeña la mision diplomática, ó por lo ménos correctamente el francés; con no salir de la forma cancilleresca; ni en un ápice de las intrucciones, y con dar á todo un pronunciado sabor de misterio, es cuanto se necesita para ser un diplomático perfecto, es decir, un hombre que afecta la forma humana, pero que se ha separado de la humanidad vulgar para entrar en la vulgaridad diplomática, y que no se atreve ni aun á resollar sino de una manera que establezca en quien lo observe la vacilacion y la duda.

Es necesario que despues de hablar un diplomático con un ministro de negocios extranjeros, este ministro se quede diciendo:

—¿Qué será? ¿qué no será? ¿á qué atenerse?
Hé aquí todo.

La receta es fácil, sencilla, dado el carácter, dada la masa, porque de otra manera no hay nada más difícil que convertir á un hombre que siente y piensa, en un hombre de estuco.

La diplomacia es la primera de las farsas, por la cual se obtiene todo por el sistema de la perpetua negacion.

Don Melquiades habia nacido como hecho de encargo para la disciplina naval y para la reserva diplomática.

Tenia además una rarísima cualidad, la de absorber materializando, como absorbe el objetivo fotográfico y materializa en el cristal preparado todos los accidentes de la luz.

Don Melquiades aprendia una lengua, siquiera fuese rusa, malaya ó tagala, con una facilidad pasmosa, de tal manera, que en una ocasion en que el rey le envió á la China, los chinos se escamaron.

Creyeron que Fernando VII les habia atrapado, y le habia disfrazado y se lo habia enviado como espía, de resultas de lo cual el buen conde estuvo muy en peligro de ser muerto por un tratamiento de palos en el vientre.

El no juzgaba, él no deducia, pero percibia perfectamente las cosas, las retenia, y cuando se sabia usar del revelador que era necesario para que apareciese la forma, se la tenia completa.

Por esto Fernando VII, que era muy largo, se valia para sus aventuras diplomáticas más delicadas del señor conde de Lanzagoitia.

Y no enviaba un hombre, sino un aparato fotográfico, preparado y abierto, en el cual venia á imprimirse todo.

Cada correo de gabinete que traía un pliego para el rey del conde de Lanzagoitia, traía un esclarecimiento.

Era un *cliché* que recibía fresco dentro del *chassis*, y sobre el cual el rey hacía todas las operaciones necesarias para encontrar la imagen.

El conde no juzgaba nada, no deducía nada, ni aun informaba nada; refractaba, y con una fidelidad tal, que por lo refractado el rey sabía lo que quería saber.

Cuando por un despacho el rey veía que ya el conde de Lanzagoitia había absorbido y transmitido todo lo que podía absorber en San Petersburgo, en Viena, en Berlin, en Lóndres y aún en Sajonia Coburgo, tiraba del cabo y se traía su cachalote á su mismo despacho, donde acababa de esclarecer sus juicios metiendo los dedos al conde, cada monosílabo del cual era un rayo de luz para el sagaz Fernando VII.

Y como Fernando VII era un gato de Madrid, y tenía la gran cualidad de encubrirse bajo una manera llana y fácil, trasteaba al buen conde de Lanzagoitia, le halagaba, le satisfacía, le hinchaba, aumentaba su gravedad, y le hacía á cada momento más á propósito para servirle de una manera inconsciente, como sirve una máquina.

Esta distinguidísima manera con que el rey trataba al buen don Melquiades, había acabado

por darle una altísima significacion y una respetabilidad monstruosa en la córte.

—¡Qué hombre!—decian;—¡qué habilidad! ¡qué prudencia! ¡qué reserva! ¡qué talento! ¡qué gran persona! ¡qué enormidad!

Y esto lo decian hasta los que no eran tontos.

El rey era el único que sabia á qué debia atenerse respecto al conde.

Su excelencia no era otra cosa que un farsante de buena fe, un *specimen* perfecto de la farsa al natural, no comprendida ni aun por el mismo que la produce.

Hay, en efecto, muchos sábios, muchos académicos, muchos diplomáticos, que pasan por sublimes inteligencias al precio de no decir nada.

Cuando estas negaciones saben explotarse, se obtiene una afirmacion.

Circunscribiéndonos á la situacion, al carácter y al empleo del conde de Lanzagoitia, un ¡oh! un ¡ah! un sí ó un no pronunciados de cierto modo, una sonrisa, un saludo, un expediente, en fin, para salir del paso, cuando no se sabe qué decir, embroman y aburren, y desconciertan y aturden al mismo Metternich en persona, ó si queremos al mismo Bismark, espíritu de la artimaña, y que tiene mucho de estos que piensan demasiado para obtener luego resultados negativos ó instables.

El conde de Lanzagoitia habia llegado á sus

sesenta años sin haber sentido amor más que por el Océano y por la diplomacia, esto es, por la inmensidad material y por el caos impenetrable.

Su vida era lo más metódica que podía darse.

Se acostaba á las once indefectiblemente, después de haber cenado y de haber rezado el rosario con su servidumbre, arrodillada, delante de él.

Dormía apaciblemente hasta la hora en que se levantan las gallinas, en cuya hora su primer ayuda de cámara entraba y le vestía, siempre de uniforme, porque lo ménos que de uniforme tenía su excelencia era en la casa su gorra de marino con sus dos entorchados, y estos dos entorchados en las vueltas de la bata.

En cuanto al baston de mando, gruesa caña de Indias con pesado puño de oro, jamás le abandonaba su excelencia más que para dormir.

Porque cuando rezaba, como tenía las manos ocupadas por el rosario, retenía su baston entre las piernas.

Para salir á la calle, el eterno uniforme pequeño ó grande.

Si pequeño, con espada de empuñadura de hierro cincelada y vaina de cuero á dobles tiros; y cuando de grande uniforme, con un espadon de honor que la villa de Bilbao le habia regalado en agradecimiento de no sabemos qué merced que por influencia del señor conde la habia concedido su majestad el rey.

Con esta vida y esta respetabilidad, el buen conde de Lanzagoitia vivía ni feliz ni desventurado, pero tranquilo y pacífico de una manera puramente material y formulada.

Las mujeres jamás habían excitado en él más que una perfecta cortesanía, y en cuanto á sus parientes, eran ricos y no le molestaban con exigencias de ninguna especie.

Pero intervinieron no sabemos qué diferencias entre el rey y la Santa Sede, y Fernando VII hechó mano de su diplomático modelo y le disparó á Roma.

Había sonado la hora para el conde de Lanzagoitia.

Llevado al teatro de Apolo por el cardenal secretario de Estado, su excelencia conoció á Adelina.

Representaba la *Medea*.

El conde se sintió por la primera vez de su vida incomodado é irritado.

Por la primera vez de su vida absorvía de cierta manera la hermosura de una mujer y la magia del alma de una mujer.

Aquello era un fenómeno.

Y es que sin duda está escrito que ninguno se escape de la manzana de la serpiente, ni aun los diplomáticos del género del señor don Melquiades.

El cardenal ministro, que era largo hasta lo infinito, diplomático hasta lo incomprensible, y

travieso hasta lo inverosímil, al ver que se animaban los ojos del señor conde de una manera tal que demostraba que por la primera vez se animaban de tal manera; que vió que las megi-llas de color de rosa vírgen del viejo conde lle-gaban hasta el *summum* de la palidez é inmedia-tamente llegaban hasta el más subido y denso de lo rojo, dijo para sí:

—Tengo á mi hombre: ello costará caro, pe-ro conoceremos la intencion del católico rey de España.

El mismo Fernando VII, al primer despacho comprendió que su máquina no funcionaba de una manera regular, que allí habia una grave perturbacion, y que de una manera extraña le refractaba, no el negocio diplomático, sino una mujer.

Al segundo despacho, el rey se inquietó y no pudo ménos de exclamar:

—Estos cardenales se llevan bien con el dia-blo; naturalmente le conocen: me han cogido á mi don Melquiades; me lo han inutilizado.

El rey se habia puesto en lo exacto.

Don Melquiades no valia ya para nada, y como una prueba palpable, el tercer despacho del se-ñor conde de Lanzagoitia se reducía simplemen-te á una solicitud de real licencia para casarse con la *signorina* Adelina Sforzi, primera actriz trágica del teatro de Apolo en Roma.

A tal llegó en su despecho el rey, al ver tan enfermo al conde de Lanzagoitia, que estuvo á punto para curarle, de propinarle el medicamento fuertísimo de una suspension temporal de todas sus preeminencias, grados, honores y privilegios, por el delito de haber rebajado su dignidad y su alcurnia hasta el punto de querer cubrir con sus blasones la no muy ejemplar historia de una cómica romana.

—Pero ¡bah!—dijo el rey,—no hay locura más incurable que aquella en que cae un tonto. Déjemosle, pues, que se venga sobre la costa y abarranque, y reduzcámonos á enviarle la licencia que solicita y su relevo del cargo que se le habia confiado, para que goce tranquilo de su luna de miel.

Y así fué.

El conde de Lanzagoitia recibió la anhelada licencia y la sorpresa de verse relevado, sin que él pudiera explicarse la razon.

Porque ¿qué tenia que ver la lealtad de sus servicios al rey con que él se casase ó no se casase?

La historia del casamiento fué muy sencilla.

Una especie de rufian preparó á Adelina, y esta se lanzó un dia, como quien se lanza en terreno franco, en casa del conde de Lanzagoitia, encubierta y diciéndose una dama romana que tenia gran necesidad de la proteccion de un

caballero español tal y tan recomendable por todos conceptos como el noble y excelentísimo señor conde de Lanzagoitia, embajador de su magestad católica el rey de España.

¿Cómo no recibir á una tal señora?

Pasó al salon don Melquiades, y apenas entró, Adelina, que le esperaba, ya prevenida, abrió la ancha túnica que la cubria, se dejó ver del señor conde en el traje de Medea, y fué para él más terrible que lo que Medea lo fué para Jason.

Dió tres pases al natural y otro de pecho al bicho, y le soltó un volapié que lo liquidó.

En vez de escandalizarse el conde, se volvió loco.

Comprendió por la primera vez de su vida que el hombre ha nacido para algo más que para ser noble, marino y diplomático; se dejó entrar al abordaje, arrió el pabellon, y se dejó izar hasta la grinda la insignia del vencedor.

En cuanto á la diplomacia, la alijó y se convirtió en un simple por amor, ó como queramos, en un enamorado simple.

Y aquí empezó la expiacion del señor conde de un delito contra la naturaleza.

Todo el amor que jamás habia sentido por las mujeres, lo sintió por Adelina.

Adelina representó para él el Océano, el misterio, la inmensidad, el paraíso, no perdido, sino encontrado.

Giró al rededor del turbillon sin verle, y acabó por ser tragado por él.

Se casó, creando grande de España de primera clase á la humilde hija de un pescador del Tíber, cuya exuberancia de vida y de sentimiento la habia llevado á la par al desórden, al martirio de las pasiones y á la embriaguez de la gloria escénica.

Adelina habia tenido un gran corazon, demasiado grande.

Pero tanto le habia malgastado, que en vez de corazon, sólo le habia quedado un vacío corrompido y un ánsia mucho más voraz por todo lo candente, por todo lo excitante.

Verdaderamente el cardenal ministro de Estado habia cometido un crimen que merecia el suplicio de la *mazolatta*, esto es, de morir á golpes de mazo.

¡Pobre conde de Lanzagoitia!

Y tanto más pobre, cuanto que el extraordinario talento de Adelina supo hacerle creer una historia conmovedora, y crear en él respecto á ella la creencia, de todo punto ridícula, de una pureza inmaculada, de una virtud tal fuera de toda comparacion, y de un amor que tenia algo de satánico por lo irresistible de su seduccion.

La farsanta pública se hacia la farsanta de la familia y de la sociedad, y representaba el papel de esposa enamorada y digna y de mujer

casi santa, con la misma sorprendente maestría con que habia sabido expresar sobre la escena, falsificándolas hasta hacerlas parecer verdaderas, las más altas pasiones trágicas.

Y como Adelina estaba segura de que ella en Roma seria siempre una moneda falsa que no podria pasar, por mucho que la dorasen ó se dorase ella misma, exigió dulce y amorosamente de su marido, pero exigiendo siempre, la llevase á admirar el bello suelo y el clarísimo cielo de la romancesca España.

¿Y qué tenia ya que hacer el conde en Roma?

A España se vino, y presentó en la córte á su carísima mitad, que fué muy bien recibida, porque á luengas tierras luengas mentiras, y el adobo que habia sido imposible en Roma, sirvió admirablemente para España.

La excelentísima señora doña Adelina Sforzi, descendiente en línea recta del rey Clovis, tuvo muy pronto una reputacion de dignidad, de virtud y aun de santidad, tan sólida como la de gran diplomático, de que gozaba el noble conde de Lanzagoitia su marido.

Pero Adelina se inquietó muy pronto.

Todo su arte, todo el amor volcánico que mantenía constantemente y creciente en don Melquiades. estaban contrariados, inutilizados por la incomprendible madre Naturaleza.

Adelina habia llegado hasta el punto extre-

mado de enamorarse artificialmente de su viejo marido, que nada tenia de seductor, sino mucho de repugnante, con sus cabellos canos, crespos, su frente acalabazada, sus pequeños ojos grises y mates, bajo la sombra de sus cejas de guarda-polvo, sus megillas deprimidas, su larga nariz afilada, su vasta boca, su barba aguda, y su irritante color de rosa límpido sobre una blancura mate; sus hombros estrechos, de clavículas pronunciadas, y su flacura general; unido todo á aquella grave tiesura de que el pobre señor no podia desprenderse, y aquel gravísimo silencio de que no le era dable salir, como no salia de su gorra y de su bata entorchadas, ni abandonaba su baston de mando.

Habia en la casa del señor conde una atmósfera de etiqueta que helaba á Adelina, que era el espíritu de lo volcánico, de lo lanzado, de lo voluptuoso, del desórden, del abandono á la pasion.

Pues á pesar de todo esto, tanto trabajó sobre sí misma y con tal fuerza de voluntad, que á sí misma llegó á engañarse.

Se creyó enamorada de don Melquiades.

Pero todo inútil.

La naturaleza era tan muda, tan reservada, y aun pudiéramos decir tan inerte, como don Melquiades.

El ansiado hijo no venia.

Tomó, pues, su partido, previendo el porvenir, Adelina.

Usó de su influencia sobre su viejo esposo, influencia omnimoda y sin contradicción, y se apoderó de la casa de la misma manera que ella había dejado se apoderase María.

Manifestó á su viejo enamorado que el tumulto de la córte la atormentaba, y que prefería el reposo y la plácidez del campo con su queridísimo Melquiades.

Este, sin hacer la menor objecion, mandó, habilitar su vieja quinta de las Cuatro Torres, habilitacion que activó Adelina, y al mes allá se fueron.

Adelina empezó por reducir extraordinariamente la servidumbre, que decia que por su número la enojaba, la molestaba.

Reservó tres solos carruajes, y no conservó de lo anterior otra cosa que la mesa.

Esto produjo una enorme disminucion en los gastos, y la renta, que antes se absorbía por completo, se gastó solo en una décima parte.

Adelina en cuatro años empleo en haciendas, compradas á su nombre, un capital respetable.

¿Porque había de llegar un dia en que por la muerte del conde ella se viese reducida á una simple pension pagada por los herederos, al usufructo de alguna pequeña propiedad y al uso del título de condesa viuda únicamente?

Adelina sufrió por el negocio dos años crueles, los primeros dos años de su matrimonio, relegada á la soledad y haciéndosele más insoportable cada dia su viejo marido.

Pero á los dos años, el rey tuvo necesidad del conde y le envió á Rusia con un alto encargo diplomático.

Tal era aquel encargo, que duró dos años; y no duró más, porque el pobre conde, puesto entre su lealtad y su obediencia al rey y su corazón, cada dia más enamorado de Adelina, adoleció de misantropía, se afectó del hígado, dió en la histeria, sucumbió, y un dia la noble condesa de Lanzagoitia, de gran luto, salió hasta Alcalá á recibir el triple féretro de plomo, roble y brocado, donde convenientemente embalsamado venia el cadáver del buen conde de Lanzagoitia, que se habia esperado sesenta años para amar.

Habia amado al fin de tal manera, que habia cogido una indigestion de amor, que habia empezado por descomponerle y habia acabado á los cuatro años por lanzarle al abismo de la eternidad.

El conde no habia tenido jamás iniciativa.

La iniciativa hubiera sido lo diametralmente opuesto á su carácter.

Así es, que aunque habia agonizado separado de su Adelina, ni aun habia pensado en llamarla á San Petersburgo.

¿Ni cómo?

Pues qué, habiéndola parecido ruidoso Madrid, ¿no habia de parecerla más ruidosa la capital moscovita?

Calló y sufrió.

Y aun dado caso de que contradiciendo su carácter á causa de la desesperacion, hubiera llamado á Adelina, Adelina hubiera encontrado buenos medios para no ir.

Ni la era posible ir al poco tiempo de la partida del conde.

Todo consistia en que al fin la impresionable alma de Adelina habia conocido verdaderamente el amor.

Se trataba de un jóven exento de guardias, sobrino carnal del conde de Lanzagoitia, y al que este profesaba cierto cariño.

Este jóven, que apenas si contaba entonces veintiseis años, y que debia á su tio el encontrarse á esta edad brigadier de caballería, le conocemos ya.

Era, ni más ni ménos, el buen maestro *Sanson*.

Però partamos este capítulo, ya demasiado largo, y pasemos á su segunda parte, en el siguiente.

CAPITULO VII

Segunda parte del anterior, en que se trata de unos amores de un exento de guardias convertido en cómico de la legua, y de otros particulares.

Llamábase el jóven exento de Guardias de Corps, sobrino de don Melquiades de Urquizum, don Tadeo de Urquizum.

Era un buen mozo en toda la extension de la palabra.

El rey de los *chocolateros*.

Hay que advertir que se llamaba *chocolateros* á los Guardias de Corps, por el chocolate que se les daba por la mañana y por la tarde en palacio.

Habia una diferencia entre estos dos chocolates.

El de por la mañana se servía con un gran plato de succulentas migas (cosa muy española) adornado con torreznos; el de la tarde con bizcochos y volados.

Habia guardia que se mantenía únicamente con estos dos chocolates, que nada le costaban.

De aquí que se llamase *chocolateros* á los Guardias de Corps.

Eso sí, mucho casco reluciente, mucha vándolera, mucho galon, mucho bigote retorcido; pero el estómago ligero.

Farsa, y siempre farsa.

Un guardia se introducía como el flato, allí donde podía coger algo.

Por consecuencia, los guardias tenían muchas relaciones.

La moralidad de estos señoritos no era muy severa que digamos.

Cuando los guardias daban un escándalo, y esto sucedía todos los días, todo el mundo decía:

—Precisamente; es natural.

De modo que los Guardias de Corps tenían carta blanca para todo.

¿Qué habían de hacer aquellos señoritos?

Se les reía la gracia, y adelante.

Si don Tadeo no hubiera sido uno de los más traviosos de los *chocolateros*, uno de los más endemoniados, no hubiera llegado á los veintiseis

años á exento de Guardias; esto es, á brigadier de caballería.

Vamos á explicar cómo, á causa de su mala conducta, puede en circunstancias dadas ascender rápidamente un militar.

Don Tadeo habia heredado un buen patrimonio; pero entre el tapete, las mozas y las jaranas, en ménos de un año aquel patrimonio habia dado fondo.

Se quedó sin un cuarto; pero en cambio se encontró con un incalculable número de acreedores, que se apoderaron, no teniendo otra cosa de que apoderarse, de la tercera parte del sueldo del oficial.

Don Melquiades, por honor de su nombre y por la buena memoria de su hermano, padre de don Tadeo, hizo por una, dos y tres veces frente á las deudas de su sobrino.

Pero don Melquiades era avaro.

A cada vez que se veia obligado á aflojar de una manera grave la bolsa, don Melquiades se iba á ver al rey, y le decia:

—Señor, espero de la bondad de vuestra majestad, inagctable para mí, asienda á mi sobrino, á fin de que, teniendo más sueldo, pueda atender con más facilidad á sus vicios y me desangre ménos: esto va haciéndose insoportable, señor.

El rey se reia de esta extraña recomendacion

de su inapreciable diplomático, y así, de desórden en desórden, don Tadeo llegó á ser exento de Guardias, por el tiempo en que su buen tío fué con una alta mision diplomática á San Petersburgo.

Al despedirse, el bueno de don Melquiades dijo á don Tadeo:

—Mi queridísimo sobrino: tu tia se queda sola no sé por cuánto tiempo, porque el encargo que llevo es muy delicado, y esos osos blancos del Norte son muy duros de pelar: te encargo, pues, especialisimamente á tu tia, y voy tranquilo, esperando que tú harás cuanto te sea posible hacer, y aún más que te sea posible, por ella: en cuanto á tí, mi querida Adelina, te recomiendo á Tadeo; es un tanto gastoso, y con suma facilidad se ve apurado: ¡qué diablos! no tenemos hijos; mi hermano Francisco no los tiene tampoco; aunque es diez años más jóven que yo, está muy achacoso, y morirá probablemente antes que yo: entonces Tadeo será mi único heredero; peor para él si me ha gastado mucho, eso ménos heredará.

Tadeo y Adelina prometieron sériamente á don Melquiades cuidar el uno del otro, y el sublime diplomático partió tranquilo, aunque llevando ya en el corazon el gérmen de la enfermedad que debia matarle, y á la que podíase haber llamado ansiedad de la ausencia.

Tan al pié de la letra cumplieron Tadeo y Adelina la palabra que habian dado á don Melquiades de cuidar el uno del otro, que no hubo cariño, ni solicitud, ni delicadeza, ni terneza que no se prodigasen, de manera que podia decirse que eran los séres más felices del mundo.

No podia, pues, ménos de disentir Adelina de las embozadísimas insinuaciones con que don Melquiades procuraba hacerla comprender delicadísimamente en sus cartas, cuánta seria su felicidad si ella se hubiese decidido á acompañarle entre los hielos del Norte.

La hija de la ardiente Italia, la trastiverina, se estremecía al solo pensamiento de añadir al frio del amor de su viejo marido, el frio de Rusia.

Preferia el abrasado ambiente de España y el volcánico amor de don Tadeo.

Desde que este y Adelina se habian unido en una alianza inícuca, abusando de la buena fé y del cariño del pobre don Melquiades, escarneciéndole de una manera impía, y gozándose en escarnecerle, parecia como que se habia modificado la conducta de don Tadeo.

Se apartó de los garitos, dejó de concurrir á los burdeles, se acabaron las orgias nocturnas en la Fontana de Oro, no se le vió en ninguna parte, más que desempeñando su servicio en palacio, y al verle pensativo y reconcentrado, se hablaba de su conversion.

Adelina habia comprendido perfectamente sus intereses despues de haberse casado, y se habia hecho extraordinariamente hipócrita.

Se habia consagrado á representar todas las farsas de la virtud, y con su incomparable talento cómico lo habia conseguido.

Nadie conocia el misterio de sus relaciones con Tadeo, que ella ocultaba á pesar de lo difícil que es á una mujer ocultar la locura de su pasion amorosa.

Tadeo, que ni temia ni debia, y que amaba el escándalo, hubiera lucido de buena gana sus monstruosas relaciones con su tia política; las hubiera lucido con orgullo, porque la soberbia hermosura de Adelina la mantenía en el trono de la moda y era la desesperacion de todos los Tenorios.

A Tadeo le hubiera importado muy poco que sus relaciones, casi sacrilegas, con Adelina, hubieran llegado al conocimiento de su tio.

Mucho mejor, mayor escándalo; esto hubiera sido crecer en la estimacion de las altas damas galantes, que siempre han tenido el privilegio de ser las reinas del escándalo de la córte.

Pero el gran triunfo que en toda su vida habia conquistado Adelina, fué el de sujetar á su voluntad, el de convertir en esclavo suyo, y hacerle feliz con su esclavitud, á aquella especie de torbellino del desórden.

Tadeo, pues, fué prudente, y no sólo prudente, sumiso.

Adelina le enloquecía.

Adelina sabía hacer que el mismo misterio en que envolvía sus amores, los hiciese más preciosos para Tadeo.

Adelina tenía el talento de aparecer siempre nueva para Tadeo, de hacérsele difícil, de tenerle siempre ansioso.

Tadeo agonizaba.

Ella no tuvo que prescribirle abandonase nada.

Tadeo lo abandonó todo de motu-propio por Adelina.

Alguna vez Adelina, que había pagado las últimas deudas de Tadeo, le decía:

—¿No necesitas dinero?

—¿Y para qué?—decía Tadeo.—¿En qué lo he de gastar? Lo he abandonado todo; es más, todos los meses me sobra la mitad de mi sueldo.

Esto regocijaba á Adelina, que adoraba, ó creía adorar á Tadeo.

¿Qué más pruebas de amor podía darle?

Nadie se explicaba esta trasformacion de Tadeo.

Si se hubieran conocido sus relaciones con Adelina, se hubiera encontrado muy natural el alejamiento de Tadeo de todo por ella.

Pero estas relaciones estaban envueltas en el más profundo misterio.

Las conocían sólo la noche y el silencio, una parte del muro del jardín de la quinta y un precioso pabellon oculto en una espesura.

Adelina había cuidado de hacer imposible toda sorpresa.

Las visitas públicas de Tadeo á su tia política, eran escasas.

De quince en quince dias, Tadeo aparecía á caballo acompañado de un ordenanza; permanecía una hora de visita, y partía, para no volver más que á los quince dias.

La farsa estaba admirablemente representada.

Por su parte, Adelida hacia una admirable vida pública.

Los pobres de los lugares y de los caserios circunvecinos no tenían lengua bastante para ponderar su caridad.

Era la Providencia de los desvalidos, el consuelo de los enfermos, la alegría de los tristes.

Los jueves y los domingos iba muy de mañana á Madrid, y muy sencilla, casi pobremente vestida, á cuidar de los enfermos que en cada hospital tenia, á servir una buena comida á los que estaban en convalecencia.

Y todo esto, hecho con una gracia y una dulzura angelicales.

Hasta los mismos lobos del hospital, que la engañaban explotándola, miraban con un pavoroso respeto á Adelina.

LOS FARSANTES.

Temian que aquella santa, como habian acabado por llamarla, leyese sus malas intenciones en el fondo tenebroso de su alma.

Aun al mismo rey llegó el perfume de santidad de la virtuosísima condesa de Lanzagoitia.

El rey se sonreía con su manera particular de manolo redomado, y decía:

—Verdaderamente que ha nacido para ser feliz el buen don Melquiades. ¡Valiente hombre!

Y se le pasaba por la cabeza aumentar la felicidad de su diplomático, aumentando las obras meritorias de su mujer.

Lo intentó al fin; pero la prudente Adelina pegó al rey de la manera más discreta del mundo á la pared.

—Es necesario confesar, —dijo el rey con su sonrisa particular, —que es usted admirable, condesa.

Y para demostrarla de una manera indirecta el aprecio en que la tenía, ascendió á su sobrino político á mariscal de campo.

Adelina sintió la puya y el epígrama, y se aterró.

De la misma manera indirecta que el rey la habia hecho comprender que habia adivinado sus amores con Tadeo, podía iluminar el oscuro entendimiento de don Melquiades y hacerle ver de cuán impía y torpe manera era engañado por los dos seres por los cuales más habia hecho en toda su vida y más habia amado.

Si acontecia esto, Adelina lo temia todo de la severidad de su viejo marido: un viaje á Rusia era inevitable; ¡y en qué situacion gran Dios! Habia pasado un año desde la partida de don Melquiades, y Adelina apuraba ya casi en vano todos sus recursos para ocultar su estado de maternidad.

Pero el rey fué generoso.

No desvaneci6 las dulces ilusiones de don Melquiades.

No ilumin6 su oscura razon.

Don Melquiades agonizaba de amor por su ausencia, y ni aun sentia el mäs leve asomo de recelo.

Tal era la pasion farisáica que emanaba de las cartas con que Adelina contestaba á sus apasionadas y tristísimas cartas.

Lleg6 al fin un dia en que Adelina se vi6 obligada á tomar un partido.

Su estado interesante se hacia ya inocultable.

Apel6 al médico de la casa.

Siempre los médicos cargan con estos mochuelos, y los aman, porque generalmente son de oro; por consecuencia, cuanto más grandes mejor.

Los médicos son los secretarios de los grandes secretos de las mujeres, sin que por esto pierdan nada de su honorabilidad.

Nadie lo supone.

Esto es una parte de farsa inherente á la profesion, y como quien dice, ineludible.

El médico se vé obligado por deber á ser farsante.

Si en muchas ocasiones un médico no fuese un farsante, seria un malvado.

El médico de la casa declaró que la grande excitacion de los nervios de la condesa, su misantropía, el fervor con que se entregaba á sus profesiones piadosas, habian minado gravemente su salud, y se hacia indispensable fuese á tomar las aguas de Alhama de Aragon.

En consecuencia de este inapelable decreto facultativo, Adelina se trasladó de rigoroso incógnito á los baños de Alhama, acompañada únicamente de una doncella de confianza.

A los tres meses, el médico del Real Cuerpo de Guardias de la Persona del Rey, declaró que el excelentísimo señor don Tadeo de Urquizum, teniente de la compañía italiana, tenia una grandísima necesidad de tomar las aguas de Alhama de Aragon.

El rey puso con una letrita menuda en la solicitud de licencia temporal:

«Como se pide. Es muy justo que cada cual cuide de su salud.»

El rey solia poner comentarios como este á sus decretos marginales.

Tadeo partió pálido y en muy mala situación.

Y en esto no habia farsa.

La situación era de las de *órdago*, como hubiera dicho el rey.

Cuando el mariscal de campo, teniente de la compañía italiana, fué á despedirse de su majestad, este le dijo:

—Vamos, vamos, Tadeo, me alegraré que salgas con felicidad de tu cuidado.

Tadeo miró al rey y se sonrió.

El rey le dió dos golpecitos en el hombro.

La explicación había sido completa, y los dos golpecitos del rey en el hombro, epigramática, como quien dice:

—¡Qué fortuna tienes, pillo!

Por allá se estuvo un mes don Tadeo, y volvió más pálido, más concentrado y más sombrío que había ido.

La condesa había vuelto antes que él á su quinta, y se había dejado ver en los hospitales.

Cuando se presentó al rey Tadeo, éste le dijo:

Tú vuelves peor que te fuiste, hombre, y no comprendo la causa; las dos únicas personas que te interesan en este mundo gozan de muy buena salud.

—¡Ay, señor!—exclamó Tadeo,—cada cual tiene su carga, y á la mía se le han añadido por lo menos dos quintales.

—¿Con que han sido dos?—exclamó el rey.—

¡Magnífico! no puedes quejarte, hombre.

—¡Ay, señor, señor! que yo no puedo ya tirar de mi alma,—exclamó Tadeo.

—¡Eh! ¡qué diablo!—dijo el rey;—mariscal de campo á los veintisiete años, heredero presunte de un tío millonario, estimado por el rey. Con estos elementos, Tadeo, se puede tirar de una montaña. Anda, anda y desimpresiónate, hombre, y á vivir.

En efecto, habian sido dos, dos gemelas.

Conocemos sus nombres, Elena y Maria.

Pasé un año.

Se murió de tristeza don Melquiades en Rusia; pero no del todo infeliz, porque no llegó ni aun á sospechar el aumento de peso que Adelina habia echado en la carga de la vida de su sobrino.

Y como don Francisco, el hermano segundo de don Melquiades, á pesar de estar achacosísimo habia sobrevivido, cargó con los títulos y el mayorazgo de su hermano, profesando un mediano aborrecimiento á su cuñada Adelina, que le habia hecho pasar el susto de que su hermano pudiese tener un heredero.

Si Adelina no hubiese sido precavida, hubiera tenido que atenerse á su viudedad de tenienta generala, y á sus alimentos como condesa viuda de Lanzagoitia.

Habia economizado todo lo que habia podido.—

Se habia apoderado del gran remanente de la renta de muchos años.

La quinta de las Cuatro Torres que habitaba, y que era su residencia favorita, habia sido comprada á nombre suyo, como otras muchas tierras y propiedades urbanas; la vagilla, las alhajas de la familia, la galería de cuadros y otra multitud de efectos de gran valor, habian sido de tal manera segregados de los inventarios, que aunque el conde de Lanzagoitia los reclamó, fué desestimada su demanda.

La condesa viuda habia quedado diez veces más rica que el conde propietario.

Cuando se murió don Melquiades, se quitaron dos pesos enormes de sus corazones.

Adelina y Tadeo se sentian libres.

Tadeo no hizo esperar una petición: la de su mano á Adelina.

—Pero ¿estás loco?—exclamó esta sonriendo.—
?Adónde vamos á parar? ¿qué se diría de nosotros si nos casáramos? ¿quién podría dudar de que antes de su muerte nos queríamos? Aun podría ser esto peligroso; podría suceder que mi cuñado encontrase medios para acusarnos de que habíamos envenenado á su hermano.

—¡Pero esas niñas, esas pobres niñas!—exclamó Tadeo, que adoraba á sus hijas.

—Yo lo deploro, yo lo siento mucho; mis hijas me harian infeliz,—exclamó Adelina;—pero

esto es irremediable, tropezamos con la cuestion de fechas.

—No hay fechas cuando no se quiere que las haya,—exclamó Tadeo,—al cabo de algun tiempo, dos años más ó ménos no se conocen en una criatura; el dinero lo salva todo, y algunos años de viaje por el extranjero pueden ser un tupidísimo velo.

—No, no, imposible,—dijo Adelina; yo no me atreveré á tanto: lo que se cree más oculto, más cubierto, se descubre un dia; y yo no arrostró por la vergüenza de que se me considere falsaria y adúltera: hemos sido imprudentes, nos hemos olvidado de todo, y debemos arrostrar las consecuencias.

—Adelina, tú no me amas.

—¿Pues no faltaba ahora más, sino que salieras con eso?—costestó Adelina, sonriendo de una manera acerada.

—¿Te prestas ó no á legitimar por medio de una nueva farsa, pero necesaria, á tus hijas?

—No me niego; es que no puedo.

—¡Adelina tu eres una miserable!—exclamó Tadeo.

Y la levantó la mano.

Adelina ganó una puerta.

—Me he equivocado,—dijo;—tú eres un canalla á quien yo he debido siempre despreciar: todo está roto entre nosotros; espero que no me

obligarás á tomar medidas enérgicas, que te demuestren hasta qué punto comprendo yo que quien tiene mi corazon y mi dinero, es fuerte.

—En buen hora: ganaremos mucho apartándonos de una infame, mis hijas y yo,—exclamó Tadeo.

Y se salió de la quinta, y se volvió al galope con sus ordenanzas á Madrid.

Pero traia la muerte en el corazon.

—¿Qué te sucede?—le preguntó el rey cuando le vió.—Tienes muy mala cara, Tadeo.

—Señor, me encuentro con mis dos hijas sin madre.

—Reconócelas, hombre; hay el magnífico expediente de aquello de hijas de una señora cuyo nombre se calla por altísimas razones de honor; reconócelas, y yo, usando de mi real prerogativa, te las legitimaré, y por lo ménos mañana tendrán la pension de hijas de teniente general.

—¡Oh, gracias, señor!—exclamó Tadeo;—¡vuestra majestad es para mí un ángel!

—Es que me haces gracia, hombre, y sobre todo, que me eres muy leal: elige un mando en Ultramar, y te vas allá con tus chiquillas á ponerte rico.

—Acepto, señor; pero no por ahora.

—Vamos, veo que vas á hacer una tontería. Allá te las compongas; pero no cuentes demasiado conmigo, porque yo no quiero escándalos.

Algunos dias despues, Tadeo recibió el nombramiento de teniente general capitán de la compañía española del Real Cuerpo de Guardias de la Persona del Rey.

Algunos dias despues, Elena y María, hijas naturales del excelentísimo señor teniente general don Tadeo de Urquizum y de una señora cuyo nombre se ocultaba por altas razones, fueron reconocidas por Tadeo y legitimadas por el rey.

Pero Tadeo no se daba prisa á solicitar del rey el cumplimiento de la promesa que le habia hecho de un mando en Ultramar, á pesar de que un mando en Ultramar era entonces mucho más que ahora, una gran fortuna realizada en muy poco tiempo y de una manera legítima, merced á los grandes derechos que sobre todo gozaban los vireyes ó generales gobernadores.

El rey parecia que se habia olvidado de aquel asunto.

Tadeo continuaba pálido, cetrino, concentrado.

Para él era una enorme desgracia su rompimiento con Adelina.

No podia vivir sin ella.

Unos horribles celos le roian el alma, y le enloquecian; le llevaban hasta el paroxismo del furor.

Para él era indudable que la farsanta italiana, la mujer sin corazon y sin entrañas, la que

habia mordido la mano del pobre don Melquiades, que tanto la habia amado; la que le habia matado, no le habia abandonado á él sino por otro, anteponiendo una pasion nauseabunda al porvenir de sus hijas.

Pero ¿quién era el otro?

La reputacion de Adelina continuaba resplandeciente.

Ni la más leve sombra la empañaba.

Sus obras de caridad se multiplicaban.

Su sencillez, su dulzura y su piedad, llegaban á lo evangélico.

Se hubiera producido un movimiento de indignacion por la acusacion más leve que se hubiera pronunciado contra Adelina.

Tadeo habia rodeado en vano de espías á la miserable.

Los espías nada veian.

Nadie iba á la quinta de las Cuatro Torres más que pobres criaturas campesinas, favorecidas por la condesa.

Esta no salia jamás de la quinta sino los jueves y los domingos por la mañana, y se sabia dónde iba: á los hospitales y á los asilos de Beneficencia.

No podia meterse el diente por ningun lado á Adelina, y sin embargo, Tadeo estaba seguro de que, como vulgarmente se dice, habia moros en la costa, y moros de gran barba.

Al cabo de un siglo, Tadeo cayó en la cuenta de que se había olvidado de hacer lo que debía haber hecho en el principio; esto es, irse á la doncella confidente de Adelina, á Teresa.

En ella debía encontrarse la explicacion del misterio.

Pero Teresa era una napolitana redomada, que sabia tanto ó más que su señora; una morena densa, mórbida, con enormes ojos negros, llena de vida y de encanto.

Si Tadeo no la habia arrastrado el ala, habia sido por el predominio que habia tenido sobre él Adelina.

Habia que andarse con tiento con Teresa, y tanto más, cuanto que Tadeo sabia que Teresa estaba enamorada del jefe de tren de Adelina, un calesero andaluz, gato y largo, y andaba en tratos para casarse con él.

Tadeo, sin embargo, disparó una emisaria á Teresa, una vieja mendiga que habitaba en los alrededores de la quinta.

El mensaje habia sido prudente.

No se la habia dicho sino que el teniente general don Tadeo de Urquizum deseaba hablar secretamente con ella.

Teresa supuso que se trataba de hacerla intermediaria para un nuevo arreglo entre la condesa y el teniente general, y dió á este una cita nocturna casa de la mendiga mensajera.

Allá se fué Tadeo, acompañado de dos ordenanzas.

Se encerró con Teresa, y empezó por soltarla un bonito aderezo de diamantes.

—¡Precioso!—dijo esta;—pero vucencia no tenía necesidad de ningún regalo para disponer de mis buenos oficios: lo único que siento es que me parece muy difícil una reconciliación entre la señora y vucencia.

—Me tiene completamente sin cuidado,—exclamó haciendo de tripas corazón para no venderse, Tadeo,—y por muy difícil que te parezca esa reconciliación por parte de esa bribona, más difícil sería por mi parte si ella lo solicitara.

Miró con extrañeza la doncella á Tadeo, y le dijo:

—Pues entonces, señor, no comprendo para qué vucencia ha querido hablar conmigo.

—Tú has visto nacer á mis niñas, Teresa,—dijo conmovido Tadeo.

—Es verdad, ¡criaturitas de mi alma! ¿y cómo están, señor?

—Muy bien, Teresa; gracias: criándose en Getafe, y tan gordas y tan hermosas.

—Yo no sé quién me ha dicho,—dijo Teresa,—que vucencia las ha reconocido y que el rey las ha legitimado. ¡Ah! sí; me lo dijo la señora; y por cierto que cuando me lo dijo se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Mentira! ¡farsa!—exclamó Tadeo;—¡esa fiera no puede conmovirse por nada! ¡mis hijas no tienen madre, y yo quiero que la tengan! Por eso he pensado en tí, Teresa; por eso te he llamado: ¿quieres ser la madre de mis hijas?

—De modo y manera, señor,—exclamó Teresa, que se puso vivamente encendida,—que yo querria conforme y segun, porque ya sabe vucencia que hace tiempo que tengo yo amores con Jorge, y aunque nada le debo ni me debe, porque yo soy prudente y sé lo que me conviene, cuando una mujer pasa mucho tiempo hablando con un hombre sin casarse con él, su reputacion padece y no encuentra fácilmente otro hombre con quien casarse.

—¿Qué tal te parezco yo para marido, Teresa?—la preguntó Tadeo.

Teresa se puso pálida y encendida sucesivamente, y se echó á temblar.

Tal efecto la causó la proposicion, que en un punto se la pasó todo el entrañable, y segun ella creia, perdurable amor que habia sentido por Jorge.

¡Ahí es nada! ¡ser tenienta generala, capitana generala pasado algun tiempo, marquesa, condesa, duquesa; á elegir, porque á un capitán general no se le niega un titulo si lo desea! ¡pavonearse hecha un brazo de mar por todas partes! ¡hacerse llamar vucencia hasta por las piedras, y luego

llevarse todo un buen mozo de veintiocho años!

Esto merecía bien la pena de dar lugar á que se ahorcara Jorge.

—Pero ¿no me respondes nada chiquilla?—la preguntó Tadeo.

—¡Ay, señor! ¡déjeme vucencia en paz, que me he puesto mala!—contestó Teresa.

Tadeo la asió una mamo, la atrajo á sí, la abrazó y la estrechó contra su corazon.

Teresa se volvió á la quinta al amanecer, concluido ya un grave pacto con Tadeo.

Este, en los primeros momentos de efusion y de confianza que á esta efusion siguió, obtuvo con suma facilidad una traicion completa de Teresa á Adelina.

Tadeo tuvo de qué asombrarse.

Su rival era un acólito de diez y seis años, que Adelina habia conocido en Alama de Aragon y que habia robado á su iglesia; un angelito rubicundo, blanco, sonrosado, con ojos celestes y boca de querubin.

—Estas viejas perdidas son terribles,—dijo para sí Tadeo:—para ellas el amor no es otra cosa que un manjar, y se despepitan por los piciones; hé aquí que ha llegado el caso de la degollacion de los inocentes.

De tal manera habia hecho la farsa para Teresa Tadeo, que la habia confiado absolutamente.

La farsa, además, no le habia sido muy difícil, porque Teresa era muy buena moza y tenia el prestigio de la pureza conservada por milagro.

Tadeo era notablemente hermoso, y se sabia de memoria todas esas tunanterías que embriagan á las mujeres.

En tres horas de entrevista enloqueció de tal manera á Teresa, que esta llegó á considerar como despreciable y repugnante á aquel mismo Jorge á quien algunas horas atrás habia creído tan apetecible.

La venganza aquejaba á Tadeo.

Su alma se habia ennegrecido.

Necesitaba sangre, exterminio.

Pero por el momento nada contra Adelina insinuó á Teresa.

No la creia todavía bastanse segura.

Se engañaba.

Al separarse de él Teresa aquella noche, era suya en cuerpo y en alma.

No se lo explicaba aún bien; pero habia contraído la pasion de toda su vida.

Tadeo tuvo la cruel prevision para Teresa de no menudear las citas.

Quedó convenido con ella para verse á los quince dias en el mismo sitio.

Tadeo necesitaba ver qué efecto causaba en Teresa aquel entreacto de quince dias; y para justificarle, habia alegado exigencias del servicio.

Cuando Tadeo acudió á la cita, se encontró esperándole á Teresa, trasfigurada, ansiosa y pálida, dejando ver algo nuevo, algo extraño.

Parecia que se habia efectuado en ella una trasformacion.

—¡Ah, señor!—exclamó al verle, arrojándose en sus brazos,—si vuecencia no es leal conmigo, estoy perdida.

Y Teresa, que temblaba como una azogada, enrojació de rubor.

Se da el caso de estas doncellas, que sirviendo las torpezas de sus señoras, se conservan puras y honradas.

La ocasion, la vanidad, la belleza de Tadeo, sus gaterías, sus truhanadas, su gran experiencia de la mujer, habian desecho en el espacio de algunas horas la hasta entonces fuerte virtud, ó mejor dicho, dignidad propia de Teresa.

Tadeo la tranquilizó.

Acabó de seducirla de engañarla.

Aquella farsa tenia en el fondo algo de horrible.

Teresa era al fin un alma, y un alma enamorada, de la que se usaba cruelmente para llegar á una venganza sombría.

Tadeo habia amado tanto, amaba tanto aún y de una manera tan desesperada, que un arcángel no hubiera sido bastante para hacerle sentir un nuevo amor.

Teresa habia sido cogida por la fatalidad de las consecuencias, entre los amores de Adelina y Tadeo.

No tardó este en quitarse hasta cierto punto la careta.

Manifestó á Teresa y la hizo creer que la adoraba; pero que no podia prescindir de vengarse de la miserable Adelina, y contaba para esto con Teresa.

Esta no tenia ya voluntad.

La habia absorbido completamente Tadeo.

Era impresionable, volcánica como el Vesubio, á cuyo pié habia nacido; y si Tadeo la hubiera pedido la vida, se la hubiera mandado sonriendo.

Se prestó, pues, incondicionalme, sin tomarse ni aun el trabajo de pensar en las consecuencias, á la voluntad de Tadeo; y este tuvo la llave de un postigo de la cerca del jardin. inmediato á un pabellon, donde, en altas horas devoraba los amores de su pichon la asquerosa Adelina, la gran farsante de una virtud tan grande en la apariencia como eran grandes los desórdenes secretos de aquella alma de cieno.

Calistito era un estúpido intencionado. Guardaba profundamente el secreto de sus amores con su señora, y precoz y avanzado á su edad, la sacaba cuanto podia, resuelto á escapar de ella y á abandonarla en el momento en que tu-

viera bastante para comprar una buena propiedad en Alhama, y casarse con la hija del sacristan.

Servia como *groom* á Adelina, y se le veia acompañar á caballo su carruaje, apareado con otro muchachuelo, asimismo blanco y sonrosado, pero que no habia caído en gracia á la condesa.

Ni la servidumbre de escalera arriba ni de escalera abajo, ni los tunantes de cuadra y cochera, habian podido ni aun suponer la existencia de unos grandes amores entre Adelina y Calistito.

El pabellon donde se veian pertenecia á un pequeño jardin independiente, adherido al cuarto de la condesa.

Calisto dormia solo en un cuarto con su compañero el otro *groom*, y todas las noches antes de acostarse le hacia beber aguardiente, en el aguardiente le daba ópio, y el pobre muchacho dormia como un tronco.

Entonces Calistito saltaba por una ventana al campo, escalaba fácilmente la tapia del pequeño jardin, é iba á arrojarse en los brazos de la enamorada Adelina, que le esperaba impaciente.

Como se ve, por su gran reserva y por su gran serenidad, Calistito á los diez y seis años era ya un pequeño farsante consumado.

Nuestros lectores preven sin duda el desenla-

ce de este episodio de nuestra historia; pero no pueden ni aun concebir sus detalles.

Dueño Tadeo de la llave del postigo de la cerca del pequeño jardín, se fué una noche de paisano con un caballo de alquiler, á casa de la mendiga donde habia tenido sus citas con Teresa.

Dejó el caballo, y se dirigió á pié, por senderos, á la quinta de las Cuatro Torres.

Saltó una de las empalizadas de la circunvalacion de árboles de la quinta, llegó al postigo, le abrió y entró.

El pabellon estaba en un ángulo cerca del postigo.

Por una de las ventanas bajas del pabellon se trasparentaba, á través de los cristales y de las cortinillas, la luz interior.

Aquella ventana iluminada no podia verse desde ninguna parte, más que desde los balcones del cuarto de la condesa.

Tadeo, en una situacion de espíritu dificilísima de concebir, combatido por un infierno de pasiones, contrayendo más á cada momento la locura de la venganza y del exterminio, se acercó á aquella ventana y miró á través de ella y de una abertura de las cortinillas.

Vió á Adelina convertida en una bacante, abandonada al frenesí de una pasion asquerosa.

Tadeo no pudo contenerse.

Hizo saltar de un puñetazo los bastidores de

los cristales, olvidado de toda prudencia; se lanzó dentro, desenvainó un largo, un espantoso cuchillo que consigo llevaba, dió una puñalada en el pecho á Calistito, le asió luego por los rubios cabellos, le degolló, y se puso á cortarle la cabeza, mirando con un gozo infernal á Adelina, que estaba inmóvil y enmudecida por el terror.

Pero las vértebras cervicales fueron un obstáculo para que se cumpliese el horrible intento, la refinada crueldad, de los furiosos celos de Tadeo.

La víctima habia perdido toda su sangre, que encharcaba el pavimento.

Adelina tuvo tiempo para rehacerse, y apenas pasada la sorpresa del espanto se lanzó como una fiera, armada con uno de los cuchillos de la mesa en que habia sido sorprendida, cenando con su pichon, por Tadeo.

Se entabló una lucha de fiera contra fiera.

La antigua pescadora trastiverina no habia perdido, por su trasformacion, nada de su primitiva energía.

Era grande y fuerte, y sobre todo brava.

Era aquella una verdadera lucha de cuchillo contra cuchillo.

Entre tanto, Adelina gritaba, rugia y procuraba ganar la salida, que la cubria constantemente Tadeo.

Este habia tocado tres veces á Adelina, y Adelina le habia tocado dos.

Entrambos perdian sangre.

Los gritos de la condesa empezaban á oirse.

Habian llegado hasta la cochera.

Antes que nadie, los habia oido Teresa, que tenia su cuarto al lado del dormitorio, de su señora.

Teresa habia pretendido acudir; pero habia encontrado cerrada la puerta de comunicacion con el jardin.

Se vió obligada á subir de nuevo, para descollgarse por un balcon.

Lo logró, lastimándose un tanto una pierna

Pero su amor por Tadeo la dió fuerzas.

Acudió, saltó dentro del pabellon por la ventana cuya vidriera habia forzado Tadeo.

Ganó rápidamente la espalda de Adelina, la sujetó por los brazos y dijo á Tadeo:

—Mátala para que no hable; pero pronto, que la gente lá ha oido y se pone en movimiento.

Y luchaba sujetando á Adelina.

Una puñalada en el pecho hizo cesar la lucha.

Adelina cayó.

Se oian ya voces próximas.

—¡Ahora, fuera!—exclamó Teresa.

—¡No puedo!—exclamó Tadeo,—¡he perdido mucha sangre!

Teresa no perdió un momento.

Asió á Tadeo, le sostuvo, le hizo salir por la ventana, ganó con él el postigo, le cerró por fuera y se alejó con él.

Costó un supremo esfuerzo el salvar la empalizada.

Al fin Teresa se vió en el campo con su Tadeo.

Continuó sosteniéndole y alejándose con él cuanto de prisa le fué posible.

Por último, se vió obligada á cargar con él para llegar á la casa de la mendiga.

Allí, ella misma, como Dios la dió á entender, curó á Tadeo, que tenia cuatro puñaladas.

Pero afortunadamente ninguna grave.

Despues de cogida la sangre, á las pocas horas, antes de que amaneciese, Tadeo pudo salir de casa de la mendiga puesto en el caballo, acompañado y sostenido por Teresa y por la mendiga.

Esta le llevó á casa de un pastor de puercos, con perdon sea dicho, que vivia en un casuco aislado, á un cuarto de legua al otro lado de Hortaleza.

Por lo que pudiera acontecer, Tadeo se habia precavido: se habia echado en el bolsillo en oro todo el dinero que tenia y sus alhajas.

Teresa se habia preparado tambien, y llevaba sobre sí las alhajas que Tadeo la habia regalado,

y un pequeño capital de tres mil duros en billetes de Banco, que le habian hecho los regalos de su señora y sus sisas.

Unas cuantas onzas bastaron para que el guardan de cerdos y su mujer y la mendiga se comprometiesen de buena fe á guardar el secreto.

Si Adelina no hubiera perdido de todo punto el conocimiento por la última puñalada que le administró su terrible amante, ella misma hubiera cubierto á fuerza de oro el secreto, y nada hubiera tenido que temer Tadeo.

Hubiera sido uno de esos crímenes que quedan sepultados por un monte de oro.

Pero los primeros que acudieron, viéndose obligados á forzar puertas, se encontraron con la condesa inerte y con Calistito abierto el pecho de una puñalada y casi separada la cabeza del tronco.

Aquello era espantoso.

Acometió el terror á la servidumbre, y se fueron á dar parte de lo que acontecia al alcalde de Hortaleza.

Este, en vista del parte que le habian dado, acudió con el fiel de fechos como secretario y con el médico titular del pueblo, el barbero con la lanceta y el boticario con un botiquin, para la cuestion quirúrgica.

Se dió, pues, el escándalo.

El alcalde comunicó el parte al alcalde mayor de la jurisdicción.

Acudió este con todos sus accesorios, y empezó la formación de un proceso.

Se enteró todo el mundo, y el escándalo fué formidable.

Sin embargo, tal era la fuerza de la reputación de la noble condesa viuda de Lanzagoitia, que á pesar de todo se sostuvo á flote.

Cuando se ha representado bien una farsa, es muy difícil destruir sus efectos.

Adelina supo inventar una novela.

Segun ella, despechado Tadeo porque sus solicitudes respecto á Adelina habian sido rechazadas, la habia tendido, confabulándose con Teresa, un lazo en el cual habia caido.

Ella justificaba la presencia del cadáver de Calistito en el mismo pabellon donde á ella se la habia encontrado herida y sin sentido, suponiendo que esto habia sido el resultado de una intriga de Tadeo contra ella, ayudado por Teresa.

El papel de víctima, que habia representado de una manera tan maestra Adelina, y su anterior reputación, la cubrieron y comprometieron más y más á Tadeo.

La desaparición de este y de Teresa parecia justificar la declaración de Adelina.

Además de esto, los numerosos criados de la

condesa, ni la más leve señal de intimidad habían notado entre ella y Calistito.

Así pues, por ser el crimen de desafuero, puesto que estaba reconocido por las leyes como asesinato con premeditación, alevosía ensañamiento, escalamiento, allanamiento de domicilio, todo esto cometido durante la noche, el juez civil se incautó del proceso, no sin sostener un pleito de competencia con la jurisdicción militar.

Tadeo y Teresa fueron sentenciados en rebel-
día á muerte en horca, con arrastramiento y
descuartizamiento de Tadeo.

Por consecuencia se le degradó de todos sus
grados militares, privilegios y exenciones, y se
le dió de baja en el estado mayor del ejército.

Tadeo y Teresa no habían sido ahorcados por
que habían podido huir el bulto á la policía, que
á la verdad, ni estaba bien montada, ni era sagaz
ni cuidadosa.

Sucedía poco más ó menos como ahora.

Cuando un criminal escapaba de la policía en
los primeros momentos de la efervescencia de la
opinión pública, la policía levantaba las manos y
se olvidaba de que tenía que prenderle.

No había además telégrafos.

Las provincias estaban, como quien dice, se-
paradas de la capital.

La dificultad de las comunicaciones hacia que
se viajase muy poco, y un fugitivo, en cuanto

salía de la jurisdicción judicial en que se le perseguía, podía considerarse seguro, con la sola precaución de falsificar su estado civil, procurándose una carta de seguridad con un nombre más.

Tadeo obtuvo fácilmente cartas de seguridad, para él y para Teresa.

Aparecían en aquellas cartas como casados.

El se llamaba Pedro Martínez y ella Juana Crespo.

Tadeo estuvo cerca de un mes curándose en casa del pastor de cerdos.

Al mes, encontrándose perfectamente restablecido, compró un macho, se vistió de muletero manchego, vistió á la usanza manchega á Teresa, y provistos ya de sus correspondientes cartas de seguridad falsas, pero que no lo parecían, tomó á Teresa á las ancas del macho, y saliendo de la casa del pastor despues de oscurecido, caminó toda la noche, y al amanecer se encontró muy fuera ya de los límites de la provincia de Madrid, sobre el camino de Extramadura, y ya completamente tranquilo.

Los valores que habían llevado consigo en oro, alhajas y billetes del antiguo Banco de San Carlos, Tadeo y Teresa, ascendían á unos diez mil duros, con los cuales pensaban establecerse en Portugal.

Tadeo, aunque de conducta desordenada y gran calavera, era hombre de buen corazón, y

solamente la exacerbacion de la locura amorosa, una especie de vértigo horrible que se habia apoderado de él, habian podido conducirle hasta el horrendo crimen que habia cometido.

Cuando sobrevino la necesaria reaccion de la conciencia. Tadeo se horrorizó de sí mismo y contrajo una especie de misantropía peligrosa, que andando el tiempo se convirtió en una profunda melancolía.

El tiempo gasta todas las sensaciones, ó por lo ménos las atenúa, tanto el dolor por las desgracias, como el remordimiento por los crímenes.

Nuestro espíritu y nuestra materia, acaban por atemperarse, por acostumbrarse á la situacion á que se encuentran sometidos, si no es ya que esta situacion es tan grave que mate en su período álgido.

Tadeo reflexionó que Adelina era una miserable y que Calistito habia sido un aprendiz de pícaro, con cuya parte nada habia perdido.

La conciencia de Tadeo buscaba una disculpa, y con tal fuerza de voluntad, que acabó por encontrarla.

Héla aquí:

A él se le habia hecho enloquecer, y las acciones que durante su demencia comete un loco no pueden en manera alguna serle imputables.

Esto no pasa de ser una horrenda paradoja.

De admitirla, no podria sentenciarse á ningun

criminal, porque nadie comete un crimen sino por una perversion anterior de su sentimiento; es decir, sin haber caído en una especie de puonomonía feroz.

Pero, en fin, Tadeo consideró esta paradoja como un crimen, y casi casi se tranquilizó.

Por otra parte, habia descubierto, ó más bien, la vida comun que hacia con Teresa se lo dió á conocer, que la amaba de una manera profunda.

Teresa, en cambio, le adoraba.

Habian llegado á Lisboa, provistos, á más de sus cartas de seguridad, de un pasaporte en que constaban como marido y mujer, y que se habian procurado por la misma policia de Badajoz, mediante una docena de onzas.

Cuando no se tiene una profesion, cuando no se sabe manejar ningun negocio, un capital limitado augura necesariamente un fin más ó ménos próximo.

Pero hay una profesion á que todos pueden dedicarse, por más que muchos no la entienden; una profesion ilícita, por lo cual no puede llamársela propiamente profesion: el juego.

En Lisboa habia un garito en una casa sí y en otra no, desde la timba del rufian hasta la alta partida de la gente *fidalgá*, donde no concurrían más que excelencias.

Corria en estas partidas el oro, como por Lisboa corre el Tajo á desembocar en la mar.

Tadeo se sostuvo con varias alternativas.

Pero sacando siempre una ganancia bastante para sostenerse decentemente con su esposa la ilustrísima señora doña Juana Crespo, que habia obtenido un grande éxito como hermosa y distinguida, y amable y naturalísima, en la córte de Portugal.

Tadeo no se olvidaba ni podia olvidarse de sus dos hijas, que se criaban en Getafe.

Pero ¿cómo recobrarlas?

La dificultad era grave.

Ciertamente que residiendo en Portugal estaban á cubierto de las leyes de España; pero se corria el peligro, si se llamaba á la nodriza de las niñas, de que esta fuese indiscreta, se supiese que ellos estaban en Lisboa, y mediasen reclamaciones, que aunque ineficaces, darian el resultado de que en Lisboa se supiese que ellos eran dos asesinos escapados de la horca.

Tadeo no renunciaba á sus hijas.

Así pues, buscó á un contrabandista, y le encargó fuese á Getafe y robase las dos niñas.

El contrabandista volvió al mes con su comision cumplida, y puso en los brazos de Tadeo las dos pequeñas gemelas.

Pero el tener á sus hijas le costó á Tadeo una brecha considerable en su numerario.

A los ocho meses de su estancia en Portugal, Teresa dió á luz un hijo, á quien ya conocemos.

Era el excelentísimo misterioso que, sin cargo alguno público, venia á ser la gran influencia gubernamental de España, un farsante de diez mil toneladas.

Ingeniándose por aquí, metiéndose en malos negocios por allá, recurriendo asiduamente al juego, Tadeo pudo ir tirando ocho ó diez años de su familia y sosteniéndose en una situacion de farsa; esto es, representando una moralidad y una riqueza que estaba muy lejos de poseer.

Elena, María y Frasquito se habian hecho tres criaturas hermosísimas, y sobre todo, inteligentes y vivas.

Las niñas tenian algo de su padre y de su madre; pero predominaba en ellas el corazon.

En cuanto á don Francisco, á los nueve años era un pilleto de primera línea, sin corazon; procaz, diabólico y ya farsante cuanto podia serlo, dadas su edad y sus posibilidades.

El pobre Tadeo empezó por aquel tiempo á experimentar una tras otra desgracia, y llegó al fin un dia en que vió su capital tan reducido, que se aterró.

Como que no le quedaban más que dos mil duros, y con tal tenacidad le salian mal los negocios en que semetia, que acabó por tomarles miedo.

Sucedió que fué á Lisboa una compañía de cómicos y saltimbanquis de la legua, y de tal

manera hicieron fiasco aquellos pobres diablos, que se veían reducidos á pedir limosna.

Un dia el galan se acercó á Tadeo y le pidió limosna, llamándose un cómico desgraciado español.

Interrogóle Tadeo, supo que la compañía se habia disuelto á causa de miseria, pero que todos estaban en Lisboa.

Tadeo habia representado mucho como aficionado en Madrid, habia hecho el *Otelo*, *Muza*, ¿qué sabemos cuántas otras cosas?

Se le habia dicho hasta la saciedad que era un grande actor trágico, y el mismo Maiquez habia tenido la crueldad de decirle, burlándose de él con la mayor frescura, que él mismo no se atreveria á presentarse en la escena á su lado, por temor de ser vencido.

El amor propio es formidable.

Tadeo tuvo la debilidad de sucumbir á él, y se creyó un trágico superior á Maiquez, á la Concepcion Rodriguez, y no inferior al mismo Talma.

Algunas veces, cuando su conciencia le recordaba la catástrofe de la quinta de las Cuatro Torres, decia para sí, como encontrando en esto una disculpa más.

—Necesariamente aquello debió suceder; mi temperamento es puramente trágico.

En efecto; la única tragedia que habia repre-

sentado con verdad Tadeo, habia sido el exterminio de Calistito y el estropeamiento de Adelina.

Cuando se encontró delante de sí con el galan de una compañía dispersa por la desgracia, Tadeo dijo:

—Está visto, es mi destino, al que he llegado por sinuosidades endiabladas: la escena me absorbe; por poco que valgan estos pobres diablos, yo los dirigiré y les haré parecer otra cosa.

A Tadeo le quedaban unos dos mil duros.

Se llevó al galan de la legua, que era cabalmente el que despues fué padre del galan *Friolera*, le dió de comer y beber, y le hizo la proposicion de tomar á su cuenta y riesgo la compañía, con lo cual Diego Cascabeles vió el cielo abierto.

Los individuos de la compañía, entre saltimbanquis, actores y bailarines, si bien es verdad que todos ellos hacian las tres cosas, llegaban al número de cinco hombres y siete mujeres, por lo cual la moralidad de aquella tropa no andaba muy al corriente.

Formaban además parte de la compañía cuatro mulas, que tiraban de un enorme carreton, de una especie de casa, que en los pueblos donde no se encontraba local servia de teatro; de un oso, un mico, una mona y dos perros sábios, y de siete gavilancillos y alcotanes, sábios tambien, que servian para sacarles el sino á los aldeanos.

Se habia tenido una dolorosa pérdida.

En un día de hambre, uno de los perros sábios había embestido por todo, y se había comido dos ratas sapientísimas que ejercitaban la mágia blanca y la mágia negra, lo cual causaba el asombro de los bobalicones de los campos.

Nada había tenido de extraño este exabrupto desesperado del sábio perro, porque ya más de una vez habían estado á punto de devorarse los cómicos, enloquecidos por el hambre.

Tadeo cargó con todo este mundo, esperando hacer con él un buen negocio.

Pero se vió obligado á pagar dos mil reales en que estaban empeñados en la posada el carro, las mulas, los perros, el mico, la mona, el oso y los volátiles, y á repartir entre los individuos otros cuatro mil reales á fin de que desempeñasen sus oropeles y sus botargas.

Puesta ya á flote la tropa, Tadeo la ensayó, y anunció pomposamente la representacion de la comedia de Montalban *El Divino Nazareno Sanson*, que debia representarse en el granero de la posada.

Tales, tantos y tan chafarrinados carteles hizo poner por todas las esquinas de Lisboa, no sin grandes gastos, Tadeo, representando el momento en que el hercúleo Sanson hacia desplomarse las bóvedas del templo sobre los filisteos, que el granero, en que cabian más de seiscientas personas, se llenó.

Como nuestros lectores comprenderán, Tadeo tomó á su cargo el desempeño del papel del divino Sanson, y tal era la fuerza de sus pulmones, tal su serenidad, tal su memoria, y tal, en fin la fuerza de sus gestos, de sus contorsiones y de desplantes; de tal manera habia ensayado á su tropa, que el público le aplaudió y le aplaudió á rabiarse, y los comediantes se aterraron y le consideraron como un prodigio para la tragedia.

De aquí que se le nombrase por excelencia el maestro *Sanson*.

La compañía, que habia estado á punto de perecer de hambre en las calles de Lisboa, se puso de moda.

Tuvo un teatro formal, y hasta cierto punto decente, en que representar; se sostuvo con buenas ganancias un año, y tiró sin pérdida dos.

Pero al comenzar el tercero el instable público abandonó el teatro, y *Sanson* comprendió que habia hecho muy bien en guardar el carro-teatro, las mulas y los bichos sábios

Salióse antes de perder, de Lisboa, y se trasladó á Oporto, donde realizó buenas ganancias por espacio de un año.

Pero al segundo empezó á fartarle el público.

—Nada, nada, está visto,—dijo Tadeo;—á la legua y á partido.

Y el carro y las mulas y los bicharracos, entraron de nuevo en ejercicio.

Inútil es sigamos jornada por jornada á nuestros saltimbanquis.

Recorrieron todas las ciudades, villas y lugares de Portugal; Tadeo se atrevió á hacer algunas excursiones en Extremadura y en Galicia, sin separarse mucho de la frontera portuguesa: explotado el territorio, para dejarle descansar, Tadeo se embarcó con todo su personal y todo su tren, y se trasladó al Brasil.

Allí se sostuvo apenas miserablemente; pero cuidando siempre de reservar el dinero suficiente para volverse á Portugal.

Pasaron los años, pasando la compañía una vida precaria, teniéndose por felices el dia que comian, cenaban y almorzaban, por exiguamente que esto fuese.

Apretó la desgracia, y aunque estaban á partido y podian disolverse sin que Tadeo fuese responsable de nada, como tenia buen corazon, apartó de su fondo de reserva para volverse á Europa lo que podia costarle la traslacion únicamente de su familia, y con el resto se vivió trabajosamente á media racion tres meses.

Pero ya se habia tocado en lo firme.

Tadeo reunió la tropa, les manifestó que era de todo punto imposible, á pesar de su buena voluntad, seguir adelante, y se separó de ella, cediéndola el carro, las mulas y todos los otros bichos.

Ya habia experimentado Tadeo grandes desgracias.

Sus hijas habian llegado ya á los ventiun años.

Entrambas representaban, y entrambas eran dos excelentes actrices, dos grandes bailarinas, dos grandes acróbatas, que hacian prodigios en la cuerda floja y en la cuerda tirante.

A esto habian venido á parar las pobres hijas de la altiva y hermosísima condesa viuda de Lanzagoitia, que ya muy entrada en años, continuaba disfrutando en Madrid de una reputacion envidiable, tenida casi por santa.

Teresa, que no habia dado señales de maternidad despues del nacimiento de Frasquito, al cabo de los años mil apareció de nuevo en cinta, y murió al dar á luz un niño muerto.

Elena, que era de todo punto la completa reproduccion de Adelina, siendo extraño que su hermana gemela Maria no lo fuese, se habia casado con un Juanelo Lebrija, payaso de la compañía, á despecho de su padre, que hubiera querido para ella un mejor acomodo.

Elena se hizo madre, y en el comedio de su estado interesante se le fué un dia el balancin de las manos, y cayó, dando á luz prematuramente una niña.

Aquella niña era Blanca.

La pobre Elena murió á consecuencia de aquel

alumbramiento prematuro, y á duras penas pudo salvarse á Blanca.

Estas desgracias agriaron extraordinariamente el carácter de Tadeo, que empezó á creer que la Providencia le castigaba.

No le habian quedado en el mundo nada más que María, Frasquito y la pequeña Blanca.

Habiendo ya disuelto su compañía, no teniendo que hacer nada en el Brasil, Tadeo se embarcó para Europa.

En el viaje le acompañó el primer galan de la compañía, un portugués á quien ya conocemos, sobrenombrado *Sullivan*, por la admirable manera con que representaba este drama, que recientemente se ha traducido al portugués.

El nombre de pila y el apellido de *Sullivan* eran Luis de Vivancos, y se jactaba de pertenecer á una de las primeras familias de Portugal.

Sullivan se habia enamorado perdidamente, ya lo hemos dicho, de María, y ya sabemos que no habia sido afortunado en estos amorios.

María amaba, aunque no se lo hubiese manifestado, al insigne galan *Friolera*, que nacido en el carro de la compañía, se habia quedado huérfano y abandonado en el Brasil, lo cual habia sido un grave dolor, aunque soportado en silencio, para María.

Llegaron á Lisboa, y Tadeo dijo á María y Vivancos:

—Tú eres una grande actriz, hija mia; tú un actor inmejorable y un buen galan jóven, Luis; Frasquito es un buen gracioso; Blanca tiene la vocacion y la educacion del ejercicio, y dentro de poco podremos lanzarla á la escena como dama jóven. Yo soy un buen director, me encuentro entero, y puedo hacer un buen característico. Vámonos, pues, á España donde con facilidad encontraremos buenos ajustes; y aun podrá ser que dentro de algun tiempo podamos formar una compañía séria.

¿Cómo era que el maestro *Sanson* se atrevia á volver á España, donde estaba sentenciado á muerte de horca en rebeldía.

Sanson se habia trasformado completamente. No era ni su sombra.

Habia envejecido prematuramente, y aunque en buena edad, como tenia los cabellos grises, el semblante surcado de arrugas, las cejas salientes y rígidas, los ojos hundidos y apagados, y por una cargazon de espaldas, contrahida por el sufrimiento, por el abatimiento, por la desesperacion, habia menguado de estatura y habia perdido de todo punto su antigua gentileza.

Era un pobre viejo, que padecia á un tiempo de la cabeza, del corazon y del estómago.

Tadeo reconocia más y más la accion de la Providencia sobre él.

Estaba descontento del cariño de María, que aunque le amaba, era reservada y seca; indignado contra Frasquito, que no amaba á nadie, y que de dia en dia se hacia más egoísta; y teniendo un dulce consuelo en la pequeña Blanca, que prodigaba á su abuelito el amor de un ángel.

Llegaron á Madrid cabalmente en la época de las formaciones; pero no se les conocia, ni se sabia que eran del ejercicio, y los formadores no hicieron caso de ellos.

Los últimos recursos se terminaban.

Se estaba á punto de echar mano de los equipajes y de las pobres alhajas de María.

Tadeo tuvo entonces una inspiracion.

—¿Para qué buscar ajuste,—dijo,—si nosotros somos una compañía? Lanzaremos á la escena á Blanca, que aunque solo tiene catorce años, es ya espigadilla y desarrollada, y sin mucha violencia, pintándola convenientemente, puede hacer papeles de dama, y los hará á las mil maravillas. Somos cinco; ¿pues hay más que reducir á cinco los personajes de esta ó de la otra obra? El arreglarlas corre de mi cuenta: córte por arriba, córte por abajo, título nuevo y abultado, y adelante. María hace *Amor de Madre*, la *Campana de la Almudaina*, *Sancho Garcia* y *Don Juan Tenorio* de una manera aturdente. Cuando no haya otro remedio, se doblan los papeles; y en fin, todo es lícito cuando á

nuestras puertas llama el hambre. Hoy voy á pintar media docena de carteles, anunciando *Amor de Madre*, con la escena más culminante de la obra, pintada, á la que pondremos por título *Las desgracias inauditas de una madre sin ventura*.

En efecto, así se hizo.

Al tercer día, en los sitios más públicos de Alcalá, se fijaron los seis carteles, que llamaron extraordinariamente la atención, y bajo los cuales se leía en otro cartel manuscrito con una preciosa letra española, un grande elogio á la admirable compañía, dirigida por el eminente actor trágico *Sanson*.

Se anunciaba un intermedio de baile, y por fin de fiesta el sainete *El Abate Pirracas*.

Y dirán nuestros lectores ¿dónde estaba el cuerpo de baile?

Pues era muy sencillo.

María bailaría con *Sullivan*, y Blanca con Frasquito.

Todo estaba arreglado, y como el teatro no funcionaba entonces, el municipio le cedió graciosamente á la nueva compañía.

Amor de Madre tuvo un éxito admirable y justo.

No era aquello una compañía de la legua, sino un pequeño grupo de excelentes actores, que sólo cojeaba un tanto por parte del maestro *San-*

son, que propendia siempre á la tragedia, y á la tragedia representada tal como él la concebía.

Conmovió, además, profundamente á los espectadores el ver que aquella hermosa actriz, que de tal manera los habia conmovido representando *Amor de madre*, salia despues, como bolera, á bailar el baile nacional y á repicar las castañuelas.

Uníase á esto el efecto de la admirable pierna y del precioso pié de María.

La desgracia tiene un sello inequívoco y conmueve siempre, especialmente á las colectividades, y tanto más, cuanto más preparadas están al sentimiento.

Cayeron regalos sobre la escena á vuelta de flores durante el baile.

El maestro *Sanson*, que miraba á través de un forllo por un agujero, lloraba de emocion.

Sueños de gloria y de fortuna empezaban á envolver su cabeza.

—¡Ah! ¡puede ser, puede ser!—decía;—¡estas pobres criaturas, especialmente mi pobre Blanca!... ¡Y qué *debut* el de la pequeña! ¡admirable! ¡oh! ¡y cómo van á rabiarse las viejas eminencias cuando la vean aparecer en el teatro Español! ¡Ah, sí! ¡irá al teatro Español, y pronto! ¡el triunfo es legítimo! ¡este es un público como otro cualquiera! Verdad es que se debe no pequeña parte al arreglo que yo he hecho de *Amor de ma-*

dre. ¡Ah! esto me alienta: es necesario ir pensando en escribir un drama á propósito para mis buenas hijas.

Y el pobre Tadeo, á quien se le iba yendo la cabeza, lloraba.

Aquella misma noche se abonó mucha gente, y las pocas localidades que quedaron sin abonar las hizo revender á alto precio Tadeo.

Duplicó el valor de la entrada del teatro.

Pero estaba escrito que no tuviese lugar la grande ovacion que el maestro *Sanson* esperaba para el dia siguiente.

La fatalidad no se cansaba de perseguirle.

Una antigua criada de la condesa viuda de Lanzagoitia, que se habia casado algunos años antes y se habia ido á vivir á Alcalá con su marido, que era un pobre jornalero, habia enfermado, y espantada de ir al hospital, habia escrito una carta conmovedora á Adelina.

¿Cómo no correr Adelina allí donde podia hacer una nueva ostentacion de caridad?

Se fué á Alcalá con dos doncellas, y se constituyó en enfermera de su antigua criada.

Estaba ya esta convaleciente y Adelina se preparaba á volver á su quinta de las Cuatro Torres, cuando llegó á Alcalá y dió su primera representacion Tadeo.

Al dia siguiente no se hablaba en Alcalá de otra cosa que de María, de la inmensa actriz.

Los otros lo habian hecho admirablemente; pero María los habia eclipsado á todos.

No habia que pensar siquiera en que la piadosa, la devota, la solitaria condesa viuda de Lanzagoitia, ofendiese á Dios yendo á un espectáculo mundano.

El teatro de Adelina era la iglesia, y como al dia siguiente fuese domingo, Adelina se fué con una de sus doncellas á misa mayor á la Colegiata.

Al entrar en la iglesia se tropezó con María, habia ido con *Sanson* á oír misa.

Por un extraño instinto, frente á frente la madre y la hija, que no se conocian, se miraron de una manera profunda.

Hay que advertir, que si algo bueno, algo noble, algo conmovedor quedaba por milagro en el corazon de Adelina, este algo era el amor por sus hijas, perdidas para ella en el misterio; de sus hijas, que no sabia si habian muerto ó si existian, ni cuál, si existian, era su suerte.

María habia visto algo extraño en la condesa, que á pesar de su edad avanzada conservaba algunos enérgicos rasgos de hermosura.

La condesa habia visto en María algo como aire de familia, un sello indudable que habia conmovido en un solo punto, y poderosamente, todo su sér.

Hubo un momento de contemplacion inmóvil entre la madre y la hija.

En aquel momento apareció Tadeo; al mismo tiempo, una jóven que entraba con su madre, al ver á María exclamó:

—¡Ah! ¡la dama nueva!

Y entró por la otra puerta de la cancela.

La situacion se hizo mucho más grave al aparecer Tadeo.

La condesa y el maestro *Sanson* se reconocieron completamente, á pesar de los destrozos que habian causado en sus fisicos los años y las desgracias.

Tal pavor experimentó Tadeo al verse reconocido por la condesa, que olvidándose de todo, dejando sola á María, escapó, se fué á la posada, asió de Blanca y escapó con ella, lanzándose en el campo.

Se habia creído ahorcado.

Cuando se serenó un tanto, encontrándose á alguna distancia de Alcalá, dijo para sí:

—Y bien, la dejo con su madre; habrá una explicacion: la fortuna de María está asegurada. Sí, sí, esa fiera tiene aún corazon para algo; yo he visto amor, y un amor inmenso, en la mirada que fijaba en María.

Tadeo se metió en una venta que encontró á su paso, ni más ni ménos que si hubiera salido de Alcalá para dar un paseo.

María, entre tanto, habiéndose quedado frente á frente de la condesa.

Cuando reparó en que su padre habia desaparecido y quiso buscarle, Adelina la dijo:

—Un momento, señorita, un momento: yo necesito hablar con usted.

—Bien, muy bien, señora,—dijo María;—estoy completamente á la disposicion de usted; pero debo volver á la posada, adonde sin duda se ha ido mi padre.

—Y bien, necesito hablar tambien con su padre de usted.

El corazon de Maria latia violentamente.

¿La reconoceria su madre?

¿La legitimaria casándose con su padre?

María conocia completamente la historia de Adelina: su padre, como sabemos, se la habia contado detalle por detalle, aunque no debiera haberlo hecho, por respeto al pudor y al corazon de la hija.

Pero Tadeo aborrecia á muerte á Adelina, y habia querido que su hija la aborreciera tambien.

María habia escuchado aquella historia de una manera extraña, sin afectarse gravemente, pero con interés.

Estaba acostumbrada al sufrimiento: el mundo especial que la habia rodeado desde su infancia, que la habia educado, por decirlo así, la

habia hecho considerar la vida desde un punto de vista muy diferente de aquel desde el cual la ve la generalidad; ni ella encontraba repugnante que su madre hubiese querido á su padre en perjuicio de don Melquiades, ni que despues hubiese querido á Calistito en perjuicio de su padre.

Parecíale tambien la cosa más natural del mundo que su padre, irritado por los celos, hubiese cortado á Calistito la cabeza y hubiese dado de puñaladas á Adelina.

Y esto no quiere decir que María tuviese la propension del adulterio ni de la traicion: ella tenia el carácter altivo, pero tanto habia visto, que no la espantaba nada.

Era María, en fin, una criatura *sui generis*, un compuesto del alma de su padre y del alma de su madre, que habia tomado de ambos lo mejor.

Habia heredado todo el talento de actriz de Adelina, y toda la altivez de raza y de educacion de Tadeo, que este no habia perdido á pesar de la perversion que en él habia causado lo desastrado de su vida.

Conservaba, como ya lo hemos visto, el aspecto, la forma, la tendencia de caballero.

Se habia acanallado; pero era necesario tratarle muy de cerca para conocer en él al canalla.

La primera impresion que causaba producía la idea de un anciano desventurado, pero digno.

Siempre que podia, pensaba, hablaba y hacia como caballero.

Era además completamente benévolo, y sentía un amor apasionado por sus hijas.

La condesa y su doncella acompañaron á María hasta la posada.

María iba extremadamente cuidadosa.

Habia notado que su padre y su madre se habian reconocido.

Era de temer que Tadeo hubiese tomado una resolucion desesperada.

Así es que no se sorprendió cuando *Sullivan* y *Friolera*, que estaban consternados, la dijeron que su padre habia vuelto á la posada desencajado y pálido, que habia hecho que Blanca se cobijase, y se la habia llevado consigo.

Por lo pronto, si el maestro *Sanson* no volvia, no podia darse aquella noche funcion.

¿Volveria? ¿no volveria?

Era verdaderamente una lástima.

A aquella hora se habian vendido todas las localidades á alto precio.

Se habia realizado un producto de cinco mil reales, cosa enorme.

Sullivan era el administrador, el cajero, el contador de la compañía, y no daba la cuenta sino despues de la funcion.

Sullivan tenia en su poder la entrada neta. ¿Por qué devolver el dinero?

Propuso á María, que alegándose para con el público la indisposicion de dos de las partes, se representasen tres piezas de dos hombres y una mujer, y que en cuanto al baile, se ejecutasen dos *pas-de-deux*.

María declaró que si su padre y Blanca no habian parecido por la tarde, ella no representaria, sino que daria parte de lo que sucedia al alcalde, y se devolveria el dinero al público.

Sullivan se avino en la apariencia á esto, y María se encerró en su cuarto con la condesa.

Adelina aprovechó la situacion excepcional en que se encontraba, para entablar naturalmente conversacion con ella.

Necesitaba descubrir terreno.

—He oido hablar hoy con grandes elogios de usted, hija mia,—dijo representando admirablemente su papel de señora distinguida, ilustrada y afectuosa;—¿y á quién dirá usted? A mis doncellas, que han oido á las criadas de la vecindad: cuando tan de mañana se habla del grande éxito de una actriz, y por la boca de criados, el éxito ha sido enorme; las criadas han oido por la noche el elogio á sus amos, conmovidos aún: yo doy á usted mi más cordial enhorabuena.

—¡Ah, señora!—exclamó María mantenién-

dose en la más profunda reserva, pero con una gran naturalidad.

Ella necesitaba también descubrir terreno; saber á qué debía atenerse.

—Desde hace más de cuarenta años,—dijo Adelina,—yo no voy al teatro; pero antes he representado mucho; la tragedia especialmente, y se me aplaudía.

María sonrió é hizo una señal de asentimiento.

—Sí, he representado mucho,—dijo Adelina;—todo el repertorio trágico antiguo; se me llamaba la *Diva*; yo soy italiana.

—¡Ah, señora!—exclamó María;—basta oírle hablar á usted, para comprender que es usted una grande actriz.

—Sin embargo, yo no he representado nunca en teatro público,—dijo Adelina, que observaba profundamente, aunque sin demostrarlo, á María.

A pesar de que esta mentira de Adelina era un violento vaiven de la conversacion, dado el caso, como lo era, de que Tadeo hubiese revelado la historia de su madre á María, esta no dió la menor muestra de haber sentido aquel brusco vaiven.

—¡Ah! ¡nada sabe!—murmuró para sí Adelina; y luego añadió alto:—en Italia, en las buenas casas, se encuentra siempre un teatro; y á veces, para admirar un genio superior á los que

aparecen en la escena pública, hay que ir á estas escenas particulares: no lo digo esto ciertamente por mí.

—¿Y por qué no, señora?—exclamó María.

—Yo no he sido más que una trágica vulgar, de las que se encuentran hasta en las compañías de la legua, que van de aldea en aldea.

—¿Y qué soy yo, señora, más que una cómica de la legua?—dijo María.

—¿Y qué importa eso? A veces vive, perdido en los campos, labrando la tierra, un genio desconocido.

—No creo ser modesta diciendo que yo no creo pertenezco á la gran familia del genio.

—¡Ah, yo creo que sí!—dijo Adelina envolviendo á María en una inmensa mirada de amor y á la par de orgullo, en nombre de María.

—Usted, señora, es muy bondadosa,—respondió María, manteniéndose siempre dentro de una absoluta reserva.

—Usted, hija mia,—dijo Adelina,—debe tener frenesí por la escena: la escena embriaga cuando á ella viene á buscarnos la gloria: ¡el arte es divino!

—Hé ahí por qué yo no soy esa actriz, esa grande actriz que usted supone,—dijo María:—yo no amo el arte, ni me embriaga la gloria.

—Hay negaciones que son la más elocuente afirmación que puede hacerse.

—Yo me violento extraordinariamente, señora, apareciendo en la escena.

—Sí, sí, comprendo; porque usted no ha aparecido todavía en una escena digna de su talento. ¡Oh! cuando tenemos frente á nosotros á una sala llena de un público escogido; cuando acá, allá, en el parterre, en los palcos, vemos eminencias de la política, de la literatura, de la ciencia, del arte; cuando la belleza, las pedrerías brillan por todas partes; cuando ese numeroso y alto público hace sentir el profundo silencio de su interés; cuando, en un momento dado, en un arranque de sentimiento, en que la actriz ha falsificado la verdad, la naturaleza, salen de acá y de allá bravos entusiastas, y tras aquellos bravos sobreviene un aplauso atronador y sostenido, que cesa para empezar de nuevo con más fuerza, y caen sobre la escena á los piés de la *diva* ramilletes y joyas, ¡ah! ¡la fruicion de uno de esos momentos para la actriz, es una fruicion suprema, es su trasfiguracion, su apoteosis, y á veces su divinizacion!

—Pues bien, señora: yo no he sentido todavía esa fruicion,—dijo María con una sencillez encantadora.

—¿Y anoche?

—Aplausos y nada más; repetidas peticiones de salida á la escena: y bien; eso se obtiene siempre que se hace lo que yo llamo un *crescendo*,

terminándole con gritos ó con rugidos; ó siempre que se llora por el mismo método, hasta llegar á lo histórico del llanto: eso lo obtienen todos los que tienen bastantes pulmones y un poco de conocimiento del público; hay que hacer cosas, muchas cosas, buenas ó malas, esto no importa: gritad, llorad, retorceos; rugid... esto es todo; ¡ah, señora! al teatro no va el verdadero público, el público inteligente y educado, más que en minoría; la gran masa que llena los teatros es vulgo, y hay que atenerse al dístico del gran Lope:

El vulgo es nécio, y, pues lo paga, es justo,
hablarle en nécio, para darle gusto.

Adelina inclinó la cabeza sobre el pecho, y se quedó profundamente pensativa.

María disimulaba admirablemente las múltiples ansiedades que la dominaban.

Era aquel momento para ella un momento supremo.

Nunca habia sido como actriz tan legítima heredera de Adelina.

La engañaba.

—¿Y es posible que usted no tenga amor al arte,—dijo levantando al fin la cabeza Adelina y mirando á María con arrobamiento,—cuando todo en usted es artístico; es decir, todo bello: la figura, la mirada, el acento, la manera?

—Estoy casi desde que nací en el *ejercicio*,—dijo María;—tengo ya treinta y cuatro años, y he tenido tiempo de ser cómica.

—¡Ah! ¿usted es hija de actor?—exclamó Adelina.

—Sí, señora.

—¿Y de actriz?

—Yo no he tenido madre,—respondió de la manera más tranquila del mundo María.

La condesa se estremeció, y se puso densamente pálida.

Por sus ojos pasó algo semejante á la expresion de una agonía.

—¿No ha conocido usted á su madre?—dijo.

No; una sola vez pregunté á mi padre por el nombre de mi madre, y me respondió: «No quiero acordarme de ella; no me la recuerdes; para nada necesitas saber quién fué, ó lo que fué tu madre.»

Por más que procuró dominarse, Adelina volvió á estremecerse.

—¿Y no tiene usted hermanos?

—Sí, tengo un hermano, y he tenido una hermana.

—¡Ha tenido usted! ¡Ha muerto!

—Sí, al dar á luz una niña prematuramente, á consecuencia de una terrible caída, cuando trabajaba en la cuerda tirante: ¡ah señora! ¡nosotros somos tambien volatineros! ¿Cómo quiere

usted que no estemos cansados de nuestra miserable profesion?

—¿Y esa niña?—preguntó la condesa, que no lograba rehacerse.

—Esa niña es esa Blanca de quien nos ha oído usted hablar á mi hermano, al otro galán y á mí; y con la cual mi padre, no sé por qué, ha salido como quien huye; y permítame usted, señora, usted me parece muy bondadosa y me atrevo á tratarla con confianza: yo necesito salir un momento y tomar algunas disposiciones, á fin de que se busque á mi padre y á mi sobrina.

—¡Oh! sí; y si yo no termino mi visita,—dijo Adelina,—es porque me pongo á la disposición de usted.

—Gracias, señora, gracias,—dijo María.

Y salió.

Se encontró á su hermano Frasquic desesperado.

—Para que nada nos falte,—dijo,—*Sullivan* se ha ido, y con el dinero de la entrada; por lo mismo creo que es necesario ir tras él, buscarle; nosotros no podemos, no debemos cargar con la responsabilidad de actos que no son nuestros.

—¡Oh! ¡sí! ¡Dios mio! ¡búscales, síguelos antes de que pueda alejarse mucho: busca también á papá y á la niña; este es un día terrible; pero no te detengas, Frasquito, no te detengas!

Frasquito salió, y María se volvió al lado de la condesa.

Muy pronto, saliendo de la posada, corria por la ciudad la noticia de que los cómicos se habian fugado, dejando sola á la dama, y que aquella noche no podia haber funcion.

Alcalá es una ciudad muy pequeña.

El alcalde supo muy pronto la noticia, y envió un alguacil á informarse.

La condesa tomó la palabra:

—Esta señorita,—dijo, refiriéndose á María,—no tiene culpa alguna de la fuga de sus compañeros: ella permanece aquí, y yo, la condesa de Lanzagoitia, respondo de ella; se devolverá el dinero de la entrada; además, yo iré á ver al alcalde.

Vió al alcalde Adelina acompañada de María, y lo arregló todo para en el caso de que los prófugos no pareciesen en hora hábil para que tuviese lugar la representacion á la hora que se habia anunciado.

Pero no parecieron.

Se devolvió el dinero.

Lo procuró Adelina, que habia ido bien provista á Alcalá.

—Ahora, hija mia,—dijo Adelina á María cuando empezaba á cerrar la noche sin que apareciese ninguno de los fugitivos,—es necesario que usted se resuelva á tomar un partido.

—No sé qué partido pueda tomar, señora,—

dijo María, —como no sea contratarme á cualquier precio, ó anunciarme como institutriz ó como señorita de compañía.

—¡Señorita de compañía!—exclamó Adelina;—y bien, yo reclamo la preferencia.

—Perfectamente, señora,—dijo María;—hé aquí que sin trabajo, y gracias á la bondad de usted, hé encontrado colocacion.

—No, colocacion no,—se apresuró á decir Adelina;—nada de servidumbre, María; yo no he tenido hijos; ¿quiere usted considerarme como á su madre?

María se arrojó en los brazos de Adelina, y la besó en la boca.

Tres dias despues, restablecida ya la antigua doncella de Adelina, esta y María partieron para la quinta de las Cuatro Torres.

Inútilmente se buscó al maestro *Sanson* y á *Blanca*.

No parecieron ni muertos ni vivos.

En cuanto á *Sullivan* y á *Frasquito*, ni aun siquiera se pensó en buscarlos.

Eran dos canallas, por los cuales no podia interesarse María, aunque uno de ellos fuese su hermano.

María se sentia gravemente afectada por su padre, y especialmente por *Blanca*, á la que amaba como si hubiera sido su hija.

Blanca era buena, dulce, cariñosa, y á más era

la reproduccion perfecta de Elena, á la que María habia amado como se aman los gemelos, con un amor que podia llamarse amor propio.

Desde el momento en que llegaron á la quinta, Adelina entregó completamente su casa á María.

—Esto no es encargarte de nada,—la dijo;—esto es tratarte como si fueras mi hija: ¿qué habia de hacer una hija mia más que estar al frente de mi casa?

María aceptó aquel encargo, y gracias á él supo, registrando lo que podia llamarse el archivo de la casa, de qué manera la condesa de Lanza-goitia habia podido quedar á la muerte de su marido inmensamente rica.

María se propuso imitar la conducta de su madre, que no se revelaba á ella, y que mostraba harto claramente que no se revelaria, que jamás la reconoceria.

María habia sabido hacer creer á la condesa que ignoraba completamente quién era su madre.

Adelina estaba tranquila.

Veía que no tenia necesidad de hacer á su hija una confesion, que la era violenta, para asegurarla una fortuna.

María se la hacia.

Adelina lo notaba, porque es muy difícil engañar al que vive del engaño, y se alegraba de

que su hija rindiese culto al dios de lo positivo.

Adelina ignoraba que María sabia que tenia derecho á heredarla.

La condesa, además, pensaba hacer un fuerte legado, cuando muriese, á María, y por otra parte, hacia en secreto una buena pacotilla para entregarla á su hija.

Adelina, aunque todos sus bienes fuesen libres, no podia testar libremente.

Habia de por medio un heredero forzoso, su padre, que aunque viejísimo ya, seguia tendiendo sus redes en el Tíber.

Su madre vivia tambien.

Adelina, que, como Tadeo habia dicho muy bien, no tenia corazon para nadie, habia renegado de sus padres desde el momento en que habia entrado en la escena, y no se habia vuelto á ocupar de ellos.

Cuando ella muriese seria distinto: la ley los llamaria.

Por lo mismo, Adelina se habia propuesto que cuando este caso llegase, encontrasen poco ménos que nada.

Estaba indicada la venta de las propiedades; pero Adelina; que se creia muy fuerte, con muchos años de vida aún, á pesar de que habia cumplido sus sesenta y cinco, se contenia.

No queria que estas ventas injustificadas, causasen murmuracion.

No habia nada de que más cuidase Adelina, que de su reputacion.

Todo el mundo cree y puede creer, que una persona caritativa gaste sus rentas en obras de beneficencia.

Pero nadie cree fácilmente haya quien venda sus bienes en beneficio de los pobres.

Una tal venta podria haberse interpretado en perjuicio de Adelina: la necesidad de ella podia buscarse en vicios secretos, y cuando el mundo se empeña en descubrir infamias, si no las encuentra, las inventa.

Para lo que se necesita más tacto y más cuidado, es para sostener una reputacion de fama.

El más leve descuido puede dar con ella al traste.

María habia comprendido bien á su madre, aunque esta no era tan fuerte como ella creia, y habia tomado su partido: en dos años, como hemos visto, se habia hecho con un capital, en efectivo y alhajas, de cuatro millones de reales.

Aunque María habia visto harto claro, al poco tiempo de vivir con su madre, que esta era una existencia que declinaba rápidamente y que el dia ménos pensado sobrevendria una catástrofe, los anuncios de esta catástrofe la sorprendieron.

Un mes antes del dia en que empieza la accion de nuestro drama, Adelina empezó á quejarse del estómago y de la cabeza.

Su malestar se habia agravado hasta convertirse en una enfermedad seria, á la que los médicos ponian muy mala cara: auguraban una congestion cerebral.

La excitacion de los nervios de Adelina habia llegado á tal punto, que los médicos no sabian qué hacer: el estómago resistia á los medicamentos, á los tratamientos, y la exarcebacion de la afeccion gástrica amenazaba á cada paso con la fiebre, con la congestion cerebral.

María estaba advertida.

La catástrofe se echaba encima antes de lo que se esperaba.

María sufría de una manera infinita.

Habia contraído un apasionado amor por su madre.

Verdad es que Adelina la amaba con un delirio que rayaba en locura, y que no la faltaba más que revelarla que era su madre.

¿Pero cómo hacer esto?

¿Cómo confesarse Adelina ante una hija?

¿Ni cómo decir á aquella hija adorada, á aquella hija de quien estaba orgullosa, yo soy tu madre?

Adelina expiaba cumplidamente todas sus faltas, todos sus desórdenes, todas sus iniquidades.

El dedo de Dios la tocaba en las entrañas.

Esta lucha, estos sufrimientos desesperados,

habian empezado por irritar su sangre y sus nervios; habia contraido aquel mal de estómago y de cabeza, y con mucha frecuencia María la veia levantarse, exhalar un grito inarticulado y llevarse las manos á la cabeza.

Esto era que Adelina se creia acometida por la congestion.

En fin, el estado de Adelina se hizo tan grave, que, como hemos oido á la misma María hablando con *Sullivan* en un gabinete de L'Hardy, sólo la habia dado dos ó tres dias de vida.

Tal era el dictámen de los médicos.

¿Cómo estaba de nuevo *Sullivan* en relaciones con María?

Recordemos que *Sullivan* se habia fugado con los cinco mil reales de la entrada de la segunda funcion del teatro de Alcalá; que Frasquito, aterrado por las consecuencias que podian sobrevenir, habia ido en su busca.

Frasquito alcanzó á *Sullivan* en Vallecas.

Le sorprendió en el momento en que salia del pueblo cabalgando en la mula del ordinario.

Frasquito se agarró á él.

Pero no tardaron los dos pillos en entenderse.

Convinieron en perderse en Madrid, el gran escondite de criminales, el gran teatro de la farsa, el gran campo de batalla de toda clase de picaros, y vivir del juego y de todo lo que cayese.

Esto era á fines del año de 1868.

Sullivan y Frasquito vivieron, ó por mejor decir tiraron, haciendo la vida de pícaros de alto coturno en la apariencia, del garito, del engaño y de la estafa.

No hay que decir si eran liberales y revolucionarios.

No hay jugador, no hay pícaro, no hay canalla, que no sea liberal de una libertad, la más inocente de cuyas teorías bastan para hacer que se le herice de espanto el cerro á un jabali.

Cuando sobrevinieron los acontecimientos de Setiembre de 1868, ellos se lanzaron decididamente á la política, gritaron, rugieron, aullaron en los clubs: extremaron en ellos sus facultades dramáticas; se hicieron temibles, se impusieron, y entraron en la vida política militante, candente; en la vida que produce: echaron chaleco blanco, se hicieron casa, montaron tren, se proveyeron de excelencia, asaltaron el Congreso; aparecieron grandes hombres, en fin, como otros tantos y como por arte de magia.

Fueron individuos de los más importantes, formaron entre los jefes de esa falange de advenedizos oscuros que no se sabe dónde estaban, ni qué eran antes del 29 de Setiembre, día de San Miguel y el diablo.

En fin, fueron partículas de ese escándalo que la política española ha dado y está dando al mundo y á la historia.

Salieron, pues, de su oscuridad.

Tuvieron tren inglés desde el hocico de los caballos hasta la extremidad de los muelles mayores; abonos en los espectáculos, entrada en todas partes, y encontraron al fin á María, que de tiempo en tiempo daba una escapada de la quinta de las Cuatro Torres, para dejarse ver durante algunos minutos en la Castellana.

Frasquito la vió, pero hizo la vista gorda.

María no le vió.

Como María no se dejaba ver más que en la Castellana, y aun así de tiempo en tiempo, Frasquito no volvió á verla.

Sullivan, en vez de hacer la vista gorda cuando vió á María, se hizo reparar de ella.

Montaba un magnífico caballo, overo, andaluz, cartujeño, de los del cuernecito tras de la oreja, que son ya tan raros, y que cuestan un dínaral; su traje de montar era tan rebuscado, tan atildado, que ya tocaba en lo ridículo, en lo *rocó* como dicen los franceses, ó en lo *cursi*, como dicen los españoles: su aire de importancia corría parejas con su traje.

Le seguía un *groom* con ancho galon de oro y escarapela roja en el sombrero, montando un ardiente *tarbes*, que devoraba el aire y tascaba el freno impaciente.

María apenas le vió apartó la mirada, y tomó la expresion de una altiva indiferencia.

Esto no era bastante para que el insigne *Sullivan* retrocediese.

María era su destino, su ambicion, su gloria.

Por María hubiera dado sin vacilar *su alta posicion politica*, hubiera dejado huérfano de uno de sus grandes hombres á un gran partido.

Hubiera causado la desolacion de la pátria y el luto del parlamento, privado de uno de sus más elocuentes tribunos.

No importaba. María sobre todo.

¡Oh! ¡María, María, con sus grandes y opacos ojos negros, de mirada profunda, inmensa como un abismo, en el fondo del cual brilla una luz misteriosa!

María, con sus cabellos negros, finos, densos, ondeados, que hacian parecer su peinado tallado en un precioso ébano, ó más bien, en una especie de madreperla negrísima con ardientes tornasoles.

¡María con la pureza de formas de una belleza sensual, severa y magnífica á un tiempo!

¡María, con su garganta de nácar y la irresistible inflexion de su seno!

¡María, niña en la apariencia por la fuerza y la frescura de su juventud, y ya mujer sería á causa de sus treinta y cinco años!

¡María, la virgen soñada, la virgen inexpugnable!

¡María, la gran musa trágica!

¡María la altiva, María la gallarda, María la elegante, María la enloquecedora, María el tesoro!...

¡Oh! ¡y qué compañera para un alto hombre público!

¡Y cuánto enaltecen á los hombres públicos las hermosas esposas, y de cuánto les sirven!...

¡Hasta qué punto podia llevarse la explotacion de la farsa con María!...

¿Habia más que hacerse el hombre necesario, imprescindible; el hombre síntesis de la revolucion, el representante de la libertad, la garantía de los intereses nacionales?

¿No estaba vacante el trono?

¡Oh! ¡qué reina María!

Caro lector, no te asombres: esto que acabamos de decir, esto que parece lo último, lo inconcebible del absurdo, de la aberracion, de la estupidez, ha bullido, y tal vez bulle aún, en el cerebro de más de un perdido, de más de un farsante, de más de un canalla.

Esto, que parece inverosímil, es exacto, exactísimo: ser rey de España por el agradecimiento y el voto popular; ó lo que es lo mismo, ser presidente de la república española, ó por lo ménos presidentillo de uno de los estados de la república española federal. Hé ahí el *quid*: ser rey ó una equivalencia de rey, ó nada.

Nada, pues, de extraño tenia que *Sullivan* so-

ñase en lo que otros, que valian y valen ménos que él, han soñado y sueñan.

Sentimos entrometernos en la política, aunque sea de soslayo.

Pero cuando se escribe un volúmen que lleva por título *Los Farsantes*, lo primero que se viene disparado á la primera página, inevitable, son los políticos, la mala casta en cuya destruccion rogamos á Dios que piense, á fin que los pobres diablos que no nos sentimos con fuerza, ni con talento, ni con vocacion para la política, podamos vivir y nos libremos de esta eterna monserga. «¡Hombre! ¿por qué no se hace usted diputado? ¡Hombre! ¿por qué no es usted ministro?» y de otra multitud de inconvenientes, perjuicios y contrariedades.

A *Sullivan* le parecia María admirable para esposa, si no de un rey, á lo ménos de un dictador.

Vivimos en la soberbia tierra de los dictadores.

Aquí todo el mundo dicta.

Pero tambien es verdad que nadie obedece.

Si no fuera por esta preciosísima compensacion, sabe Dios adónde hubiéramos ido á parar.

Habríamos liquidado completamente.

Así es, que nada la sirvió su expresion de desden á María, cuando *Sullivan* se hizo reparar de ella.

No era *Sullivan* un hombrecillo vulgar, que cediese tan fácilmente el campo.

Siguió descaradamente á María, y la vió meterse en la quinta de las Cuatro Torres.

Al dia siguiente, María recibió un billete de una manera oscura.

Le encontró sobre su mesa de noche.

Un criado, sin duda, se habia encargado de ponerle allí.

En el sobre decia:

«A María.»

María, que conocia demasiado la letra de *Sullivan*, vió que la letra del sobre no era la suya.

Tampoco lo era la de la carta, que decia así:

«Ayer te has atrevido á hacerme sentir tu desprecio, sin duda porque te crees libre de mí: en buen hora; tú rechazas *el papel que yo te reparto*, porque le crees indigno de tí; te equivocas, y yo me encargo de hacerte conocer *cuando le representes delante de un gran público* bajo mi direccion, la *importancia* de ese papel, que no aceptas por una *estupidez* en tí incomprensible: *exijo* una cita contigo: si te niegas, yo iré á contar á la *noble*, á la *caritativa*, á la *admirable*, á la *incomparable*, á la *santa* condesa viuda de Lanzagoitia, tu buena madre, la *historia peregrina* que el buen maestro *Sanson* tuvo la *bonhomie* de contar á sus buenos amigos y compañeros en un momento de cariñosa expansion, causada por

el buen vino de Oporto: reflexiona, María: tú puedes desesperarme; pero yo puedo comprometer tu posición, y aun comprometer á tu madre, Mañana á la noche, vida mia, te esperaré al oscurecer en un gabinete de la fonda de la Castellana: no faltes, y si faltas, resígnate á lo que suceda.»

Esta carta no tenia firma: cierto es que no la necesitaba.

María se aterró.

Sullivan la imponia condiciones.

Era necesario representar una farsa, dominar á *Sullivan*, hacerle creer que era amado, y hacerle ver un negocio, y un gran negocio de millones, en la permanencia de María al lado de la condesa.

María acudió, no sólo á la primera cita de *Sullivan* en la fonda de la Castellana, sino á otras muchas, ya aqui, ya allá, y logró lo que se habia propuesto: sujetar á su encanto á *Sullivan*.

Sullivan se sentia dominado, *cohibido*, como dicen las incomparables pollas de hoy cuando no pueden hacer lo que quieren, á pesar de que hacen demasiado, bajo la profunda y misteriosa mirada de María: esta le enlanguidecia, le anulaba, le tenia á raya, le *mareaba* (otra frase de polla), le aturdia, le hacia su esclavo, y sobre todo le engañaba, porque *Sullivan*, á pesar de su posición afflictiva respecto á María, se creia adorado por ella.

Pero habia por medio un negocio, un negocio de muchos millones, y *Sullivan* se convenia y seguia tirando de aquel marea, que le abrumaba y le enamoraba más y más.

Algunas veces decia impaciente:

—¿Y por qué no ayudar un poco á la enfermedad y á la vejez? ¿Qué importan algunos meses más ó menos?

—¡Oh! ¡Jamás!—decia sonriendo María;—¡te extravía el amor! ¡oh, y qué compromiso!

—¡Contamos con la impunidad!—insistia *Sullivan*.

—El crimen es siempre una carga demasiado pesada,—contestaba María.—No, no; ¡jamás! esperemos: ¡la desgraciada sufre mucho; su vida se apaga!

Sullivan esperaba y se desesperaba, por no encontrar un resquicio para soplar, á fin de que aquella vida que se apagaba lentamente se apagara más pronto.

Cuando se echó de repente encima la agonía de Adelina, María comprendió que si queria heredarla en alguna parte, no habia tiempo que perder: era necesario sacar cuanto antes de la quinta los valores que tenia recogidos María.

¿Y de quién valerse?

María pensó en *Sullivan*: sabia que era un malvado; pero sabia tambien que tenia á este malvado fascinado á sus piés.

Hé aquí por qué María habia ido aquella noche á verse con *Sullivan* á casa de L'Hardy; hé aquí la razon de la conversacion que aquella noche habia mediado entre ambos.

Pero María habia visto á su pobre galan *Friolera*, al hombre á quien amaba; al pobre diablo, pícaro en la apariencia, y corazon en el fondo.

En el primer momento de sorpresa, ya lo hemos dicho, sólo se la ocurrió citarle; despues, y durante el trayecto á la quinta, reflexionó que era preferible á *Sullivan*, para que la ayudase en su negocio, *Friolera*.

Por grave que fuese el estado de Adelina, siempre se podrian tomar veinticuatro horas de plazo.

Hé aquí por qué *Sullivan* esperó en vano hasta el amanecer junto á la cerca de la quinta, y se vió, obligado á volverse, despechado, airado y á pié, á Madrid.

CAPITULO VIII

La lucha de la conciencia.

Apenas hubo entrado en su pabellon María, cuando su doncella la dijo:

—¡Ay señorita!....

Y se quedó mirándola con una expresion espantada.

—¿Qué sucede?—exclamó alarmada María.

—¿Qué ha de suceder, sino que Genoveva ha venido hace media hora á buscar á usted de parte de la señora?

—¡Qué! ¿la señora está peor?—exclamó con una verdadera emocion María,—¡Sí, sí, debe estar peor; ella no despierta nunca hasta las cuatro.

—Yo no sé si la señora está peor ó no,—contestó la doncella;—lo que sé es que he tenido que decir que no encontraba á la señorita.

—¡Oh! eso no importa,—exclamó María;—lo que importa es la salud de la señora.

Y arrojando su sombrero y su abrigo, abrió una pequeña puerta de servicio, recorrió una galería y algunas habitaciones, y entró en el dormitorio de la condesa.

En él no había luz.

Sin embargo, se veía de una manera bastante clara, merced á la luz de la luna, que penetraba de lleno por un balcon, cuyas vidrieras estaban completamente abiertas.

Delante de este balcon abierto, sentada en un sillón, bañada por la luz de la luna, inmóvil, recta, rígida, con la mirada persistente en un punto fijo y asiéndose con las manos crispadas á los extremos de los brazos del sillón, descompuesta la blanca cabellera, envuelta en una bata oscura, estaba Adelina.

Tal era la preocupacion de esta, que ni el ruido que causó la mampara al abrirse y cerrarse, ni la luz que llevaba María, pudieron sacarla de ella.

María adelantó.

Pasó por detrás de Adelina, y puso sobre la chimenea, en que quedaba aún un fuego opaco, la bujía.

Luego fué á colocarse en silencio detrás del sillón de Adelina, y buscó el objeto en que se fijaba su inmóvil mirada.

Aquel objeto era una de las ventanas del pabellon que se hallaba en el ángulo opuesto del pequeño jardin, perteneciente á las habitaciones de Adelina.

María oía, sin poderlas comprender, las frases inarticuladas, entrecortadas, que soltaba Adelina.

Para María, la situacion en que Adelina se encontraba no era un misterio.

Sabia, por el relato de su padre, la catástrofe que treinta y cinco años antes habia tenido lugar en aquel pabellon.

Sin duda el remordimiento se hacia sentir en Adelina, cuando esta se encontraba ya al borde de la tumba.

Aquella situacion era terrible, fantástica.

Por los estremecimientos que de tiempo en tiempo pasaban á lo largo del cuerpo de Adelina; por la expresion de su mirada, en que aparecia un espanto supremo; por lo terrible de la situacion de aquellas frases sin sentido, María veia claro que ante Adelina se levantaban los sangrientos espectros de aquella terrible noche.

Calistito degollado, despedazado; Tadeo ensangrentado en terrible lucha con ella.

A María se la comprimió el corazon.

Entonces comprendió cuánto amaba á la terrible mujer que era su madre.

No quiso dejarla continuar por más tiempo en aquella situacion dolorosa.

La rodeó un brazo sobre los descarnados hombros, la atrajo á sí y la besó en la boca de una manera apasionada y suspirante.

Adelina se sobresaltó.

Lanzó un grito, y cuando se apercibió de María, exclamó:

—¡Oh, hija mia, hija de mi alma! ¡yo voy á morir! ¡Dios me deja ver las visiones de la eternidad! ¡Oh! ¡esa sangre, esa sangre! ¡cierra las vidrieras! ¡cierra las maderas! ¡que yo no la vea! ¡esto ha sido un sueño del infierno!

María se apresuró á cerrar el balcon.

Volvió junto á su madre.

La levantó del sillón y la llevó al lecho.

Adelina parecia haberse recobrado.

Se pasó la mano por la frente, y exclamó:

—¡Oh! ¡qué pesadilla!... ¡Mi enfermedad!... ¡este estómago! ¡esta cabeza!... ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!... Pero yo no tengo fiebre: ¿no es verdad, hija mia?

—No, mamá, no,—exclamó María.

Se habia convenido en que María llamase su madre á Adelina, como su madre del corazón.

—¡Siento así como un escalofrío! ¡me causa delicia la cama! ¡Echame, échame bien, María! ¡Oh! ¡este frío crece!

—Un poco de destemplanza, mamá,—dijo María;—ello pasará.

—Deja, deja,—exclamó Adelina;—se va pa-

sando: ¡oh Señor, Señor! ¡qué pesadilla! Figúrate tú que hará como una hora desperté; me habia despertado el dolor de estómago, que se habia hecho agudo. Tenia la cabeza terrible: me zumbaban los oídos; sentia así como golpes de martillo en el cerebro; me aterró, tiré del cordon de la campanilla, y acudió Genoveva; la mandé te llamase; tú no estabas, no parecias; tenia la necesidad de meter la cabeza en agua; me levanté; necesitaba respirar el aire libre.

Salí al balcon, y mira tú cómo tendré la cabeza, me pareció ver una luz siniestra en una de las ventanas del pabellon del jardin.

Estaba abierta; la vidriera aparecía rota; dentro, sobre un mar de sangre, habia un pobre jóven degollado; ¡mira, mira tú qué cosas tan extrañas!

Yo me veia á mí misma luchando cuchillo contra cuchillo con un hombre. ¡Qué pesadilla, señor, qué pesadilla! ¿Y por dónde ha podido venirme á mí esa pesadilla?

—Tu estado de debilidad, mamá,—dijo María;—es necesario que te alimentes mejor.

—Sí, sí, es necesario que me alimente mejor,—dijo Adelina, que parecia más tranquila.—Pero ¿dónde estabas tú, hija mia, que no te se ha encontrado cuando se te ha buscado?

—¡Torpes!—dijo María;—yo estaba en el jardin grande; me ardia tambien la cabeza, nece-

sitaba respirar el aire libre. La noche, además, es hermosísima.

—Sin embargo,—dijo Adelina,—no es bueno tomar la humedad y el relente á las dos de la mañana, estando ya la estacion muy avanzada.

Y miraba al reloj de la chimenea.

—Yo soy fuerte, mamá,—contestó María.

—¿Por qué me engañas?—dijo con un acento de dolorosa reconvencion Adelina:—tu traje es un traje de calle; cuando me acosté tenias un traje de casa. ¿A dónde has ido, María?

—¿Y qué importa adónde yo haya ido, mamá?—contestó María.

—Sí, sí; á mí me importa mucho, porque me importa la paz de tu corazon. ¡Oh! ¡no sabes cuánto yo te amo, María de mi alma! ¡Si tú supieras!... ¡yo me estremezco á la sola idea de que tú puedas ser desgraciada! ¿Amas, María?

—¡Oh! sí, mamá, amo; pero no he ido á ver al hombre á quien amo.

—¿Eso quiere decir que has ido á ver á otro hombre?

—Sí, á un miserable, á aquel que se fugó de Alcalá llevándose el dinero de la entrada, que se ha creado una alta posicion falsa, que me ha encontrado y se ha atrevido á amenazarme.

—No se sucumbe jamás,—exclamó Adelina en una especie de extravío;—antes que sucumbir se mata.

—Ni sucumbo ni mato, mamá,—exclamó María;—yo no podría matar, ni es cosa fácil hacerme sucumbir: contemporizo, y esto es todo; gano tiempo, y esto á causa de tí: yo quiero evitar revelaciones que podrian amargar tus últimos momentos.

María rompía por todo.

Provocaba una explicacion.

Adelina la miraba con espanto.

—¡Revelaciones dices! ¿Revelaciones de qué?

—Calumnias, pero calumnias que podrian ser tenidas por revelaciones de verdades terribles. Hoy no tenemos que defendernos de los resultados de nuestros propios hechos, sino de las mordeduras de la calumnia.

—¡Basta, basta!—exclamó Adelina, dejando caer su cabeza fatigada sobre la almohada.— ¡Tú lo sabes todo!

—¡Yo, mamá!

—¡Sí, sí! El debió contraer por mí un aborrecimiento tan grande como el amor que me tuvo; él ha debido ansiar una terrible venganza, y todo te lo ha revelado; te ha arrojado á la cara, implacable, terrible, la falta de tu madre.

—¡Oh, mamá, por Dios!—exclamó María.

—Y no, no ha sido esto solo,—añadió Adelina, creciendo en vehemencia,—ha arrojado á sus saltimbanquis, á sus volatineros, á sus cómicos de la legua, el nombre, la reputacion de la condesa de Lanzagoitia; ha sacado de su misterio á

Adelina la *Diva*, á la reina de la tragedia. ¡Ah, sí, sí! ¡hay Dios, hay un Dios, un vengador!

—Pero, mamá,—exclamó María,—esas son suposiciones gratuitas: tú vuelves á caer en tu delirio.

—María, pretendes engañar á tu madre; por mala que esta madre sea, es una indignidad de que no te creo capaz. Júrame por mi alma, que debe aparecer muy pronto ante Dios, porque Dios tenga misericordia de ella, que vas á responderme con verdad: ¿sabes que yo soy tu madre?

María se estremeció y vaciló.

—¡Habla, María, habla en nombre de Dios!

—¡Tú eres mi madre!—exclamó María, arrojándose sobre Adelina y cubriéndola de besos y lágrimas.

—¡Sí, sí! ¡Soy tu madre, madre también de esa desventurada Elena, abuela de esa pobre niña, de esa Blanca que tú tanto recuerdas!

—Bien, sí, mamá,—exclamó María;—pero dominate, tranquilízate, sálvate; tu situación no es desesperada: tú eres fuerte, tu puedes vivir aún algunos años.

—Tanto he abusado de mis fuerzas, tanto he sufrido,—exclamó Adelina,—que soy ya una máquina rota que se mueve mal, y que muy pronto quedará inerte. Me siento morir; María, es necesario que en este momento supremo hablemos

de una manera séria, aprovechemos el tiempo. Yo no quiero que tú vuelvas á verte abandonada en la miseria: no quiero que Blanca, mi pobre nieta, permanezca bajo la miseria por más tiempo. Es necesario buscarlos, á tu padre, á ella. Cuando se paga bien á la policía, la policía trabaja bien. ¡Oh! que Dios prolongue mi vida lo bastante para que pueda pedirles perdon como te lo pido á tí, María.

—¿Y qué madre necesita del perdon de sus hijos?

—La que, como yo, ha tenido entrañas de fiera para ellos. ¡Ah! ¡sí, sí! yo necesito vuestro perdon, no tanto por el mal que ya os he hecho, sino porque... porque yo no puedo reconoceros, porque yo no puedo legaros mis bienes.

—¿Y quién piensa en eso, mamá?—exclamó María.

—Lo piensa mi corazon, lo exige mi conciencia,—exclamó con desesperacion Adelina.—Pero ¡no, no! Imposible; seria necesario decir al mundo. «Yo, la mujer que creéis un trasunto de todas las virtudes, ¡yo soy una farsante miserable, saerilega, que encubro bajo el velo de una falsa piedad, de una falsa caridad, una horrible vida de crápula, de engaños, de supercherías, de infamias! ¡yo he blasfemado de Dios, yo le he negado, y no he tenido fé ni culto sino por el materialismo más grosero! ¡yo he sido un demonio encubierto bajo

la apariencia de un ángel! ¡yo, el escándalo de Roma, me he venido á España á engañar, á una gente que no me conocia! ¡yo he matado un hombre admirable, todo corazon para mí! ¡yo he forzado la corrupcion de otro hombre, á quien podria llamarse aún un hombre de honor! ¡yo he sido adúltera y he cubierto mi-adulterio con el abandono de mis hijas! ¡yo he descendido hasta las últimas degradaciones de lo sensualidad irritada, y he producido unos celos terribles, que han dado por resultado el crimen!

María estaba aterrada, pesarosa de haber sido la causante de aquella situacion extrema, inconcebible.

Callaba espantada y lloraba.

—¡No, no!—añadió Adelina,—¡yo no puedo decir eso; yo no lo diré; yo no destruiré un afanoso trabajo de treinta años, no! ¡yo no mancharé la memoria del noble conde de Lanzagoitia, no! ¡yo no serviré de cebo al despecho de los envidiosos, ni á la indignacion de las gentes honradas.

—Y bien, bien,—exclamó con una vehemencia infinita María;—¿por qué eso? ¿quién lo exige? ¡ni yo lo permitiria tampoco, madre mia!

—Sí, sí; tú eres buena: por lo mismo, es un dolor mucho más agudo para mí el no legarte mi nombre y mis bienes. Pero, mira, tú no lo sabes: yo no te lo he dicho nunca; yo he pensado

en tu porvenir, en el porvenir de Blanca; yo he ido escondiendo para vosotras, enterrándolo allí, en el jardín, de noche, al pié de esa misma terrible *ventana*, cuya vidriera rompió en un momento terrible tu padre, sola, estremecida de miedo, cuando tú creías que dormía, he ido enterrando lo que basta para que tú y ella, y tu padre, podáis sostener una buena posición: y además, María, yo te he encargado de todo, yo te he entregado completamente mi casa y sus negocios; en caja debe haber un gran numerario: además de esto, mis alhajas, la vajilla, los cuadros, representan un gran valor; tú tienes los inventarios, quémalos: saca de casa y deposita en lugar seguro ese numerario, esas alhajas, esa vajilla, esos cuadros; yo no me referiré á ellos en mi testamento: además te legaré el quinto de mis bienes, de que puedo disponer; quedareis ricos, y yo quedaré honrada; quedará honrada la memoria de aquel pobre y desventurado conde de Lanzagoitia, mi marido, que yo tan poco supe estimar.

—Bien, bien, madre mía,—exclamó María;—yo acepto, no por mí, sino por ellos, la herencia que misteriosamente nos legas. Pero ¿por qué hemos de hablar de herencia cuando aún no hay peligro, cuando estos no son más que espantos de tu aprension?

—Mañana, mañana al amanecer, harás cuan-

to sea posible para que parezcan tu padre y tu sobrina. Ahora, hija mia, que hemos hablado lo que necesitábamos hablar; ahora que tengo tu perdon y la seguridad de tu amor, que venga el médico: yo me siento mal, muy mal; mi cabeza parece próxima á estallar: aprovechemos el tiempo.

Hacia ya algunos dias que el médico de la casa se quedaba en la quinta por la noche.

Tal era la gravedad del estado de Adelina.

Sin embargo, el médico declaró á Maria, que sin que él pudiese comprender la causa, cuando ya tenia perdida toda esperanza, se presentaba una reaccion favorable.

¿Era que se habia quitado de sobre su conciencia una gran parte del peso que la abrumaba Adelina?

La verdad fué, que pasó el resto de la noche bastante tranquila, y que al dia siguiente el médico la encontró muy mejorada.

CAPITULO IX

Política de siempre-tieso.

María, dejando á Adelina encomendada al médico, partió á las diez de la mañana á Madrid, y por la primera vez su carruaje se detuvo á la puerta de la casa de su hermano.

Ya sabemos, aunque nuestros lectores no podrían explicarse cómo fué esto, que el antiguo cómico de la lengua era una formidable influencia política.

A otro cualquiera, el portero hubiera impuesto su formidable veto; pero no se atrevió á impedir el paso á una dama tal, tan elegante, tan hermosa, y que parecia suponer tanto.

Los criados de escalera arriba se apresuraron á anunciarla como una señora, que para un

asunto importante, necesitaba hablar en el momento á su excelencia.

Deslumbrado Frasquito por la descripción que de la dama le hizo su secretario particular (se habia pasado por todos los requisitos indispensables), se apresuró á recibir en su gabinete particularísimo á María, donde él acostumbraba á recibir sus grandes visitas, donde pasaban por faldas negocios tal vez de gran trascendencia para el país.

Colibri se quedó estático y sin saber lo que le sucedia, cuando se encontró con su hermana.

La sombra de Bankuo no hubiera podido causar más espanto á su asesino.

—¡Ah! ¡que eres tú!—dijo;—tú sola faltabas.

Y luego, reponiéndose, añadió:

—Me alegro: almorzaremos otra vez juntos toda la familia.

—¡Cómo! ¡padre, Blanca, están aquí!—añadió María, trasportada de contento.—¡Ah! ¡y cuánto te amo, Frasquito! ¡qué bueno eres! Me arrepiento de haberte considerado como un canalla: vamos, vamos; dame un abrazo, hijo mio, y aun te permito que me beses. A los pícaros arrepentidos es necesario perdonarlos y quererlos.

María abrazó y aún besó á *Colibri*.

Este afectó que se conmovia.

—¡Y luego me quejaba yo del hermano que Dios me ha dado!—exclamó María;—¡como si pu-

diera ser mejor! ¡pobrecillo, como tienes los ojos arrasados de lágrimas!

—Estoes natural,—exclamó *Colibrí*,—es muy natural... ¡Sí, muy natural!... ¡poder hacer feliz á su familia!

Colibrí parecia profundamente distraido, como si le hubiese preocupado un gravísimo negocio.

—Pero, en fin,—dijo María,—¿dónde están padre y Blanca?

—Los estoy esperando,—respondió *Colibrí*, que en vano pretendia sobreponerse á su preocupacion;—he mandado que los traigan á las once... Yo almuerzo á las once... no podré hablarles sino durante el almuerzo: la situación es muy grave; se nos arma la zancadilla: no hay base en que apoyarse... dependemos del capricho... hoy se crea una crisis en el aire, sin fundamento alguno, sin razon de ser: nosotros tenemos la confianza del país: ¡diez años en el mando, y habremos regenerado al país!

¡*Colibrí!* ¡mi querido *Colibrí!*—exclamó María;—¿con que es verdad, con que tú?...

—Mira, María, yo estoy inquieto, muy inquieto: has llegado en un momento supremo.

—¡Ah!—exclamó María.

—Sí, en un momento supremo,—exclamó con énfasis *Colibrí*:—en estos momentos se está decidiendo la suerte de un gran partido; ¡oh, sí! ¡si ellos se apoderan del mando, nos desorganizan

completamente!... ¡sí! ¡nos *despanzurrarán!* esta es la frase: ¡ah, horda de zorros y lobos! nosotros tenemos la culpa! ¡sí! ¡nosotros hemos debido fusilaros, extrangularos, proscribiros! ¡perro muerto no muerde! ¡nosotros hemos muerto siempre de plétora de legalidad!

¿Pero de qué *siempre* hablas tú, desdichado, si aún no hace dos años bailabas en la cuerda floja?

—Dos años son toda una existencia política,— exclamó, creciendo en énfasis, *Colibrí*;— ¡dos años! ¿sabes tú lo que puede hacerse en dos años, es-túpida? las revoluciones hacen salir del fondo de las masas grandes hombres desconocidos, que sin ellas morirían ignorados; ¡volatinero! ¡cómicode la legua! ¿y qué importa? ¿qué era Cromwel, el gran Cromwel? un cervecero. Sin embargo, este cervecero cortó la cabeza á Cárlos II.

—Permíteme, *Colibrí*,—dijo María;—yo creo que era Cárlos I. Sí, yo he representado Cárlos y Cromwel, y tengo buena memoria; sí, sí, Cárlos I era; Cárlos Stuardo.

—Cuestion de número, tanto da,—dijo un tanto contrariado *Colibrí*.—La verdad es que á ese grande hombre, Cromwel quiero decir, se debió el planteamiento de la escuela liberal en Europa, y echó las bases de la abolicion de la esclavitud, y abrió muchos horizontes para el establecimiento de los derechos individuales, y del

sufragio universal, y de la libertad de cultos; en fin, á todas las conquistas de la revolucion necesaria é indeclinable: ¡porque, señores! no hay que olvidarse de que el tercer estado, representado por Cromwel, cortó á un Stuardo la cabeza, y aunque nosotros seamos monárquicos por conviccion, ni podemos conocer la tiranía, ni someternos á ella: la sangre de los tiranos es el mejor riego del arbol de la libertad. ¡Sobre todo, la moralidad, señores, la moralidad, la justicia; porque señores, sin moralidad y sin justicia, no puede haber en las naciones ni justicia ni moralidad: yo os recomiendo reflexioneis mucho sobre la gran verdad que acabo de deciros; ¡la moralidad! ¡la justicia! entendedlo bien; y luego la abolicion de la esclavitud: nada de quintas, nada de trata; ni esclavos blancos, ni esclavos negros; la emancipacion del derecho humano imprescriptible residente en cada ciudadano de una manera ineludible, trascendental, filosófica y positiva; todo á la vez.

—¡Ay, Frasquito de mi alma!—exclamó María soltando la carcajada:—¡eres verdaderamente un grande hombre, puesto que has conseguido hacerme reir!

—¡Estúpida!—exclamó *Colibri* con desprecio;—tú no te has rozado con un hombre político importante: de otro modo, sabrias que en la oratoria hay mucho de teatro, y ya sabes que un

buen actor está siempre á caballo sobre su papel, y no perdona medio de perfeccionar su ejecucion. Así pues, yo no he hecho más que ensayar algunos recursos oratorios sobre un pié histórico-político-filosófico-social, que tú me has dado.

—¡Colibri!

—Es necesario preparar las frases de efecto: tú no sabes hasta dónde llega el efecto de una frase: ¡la mar, hija mia, la mar! una frase bien colocada en un período bien redondeado, bien eufónico, puede llevar al afortunado que la pronuncia al Capitolio... ¡al Capitolio!... ¿qué te parece, María, esta frase? ¡al Capitolio!

—Me parecería muy bien,—dijo María,—la palabra Capitolio, si no tuviese otra inmediatamente correlativa: la roca *Tarpeya*.

—Poro tú eres instruida, muchacha.

—No tanto como tú, ni como tus ilustres colegas; por lo mismo, yo no sirvo para la política.

—Pues te equivocas, María, te equivocas; tú eres una gran cosa: yo no te conocía, hija mia; me entusiasmas: la *Grande Aspasia*, la heroína la *tribunesa*, se queda pequeña comparada contigo: tú no sabes quién es la *Grande Aspasia*; pues bien, no te lo digo; es una calificación particular mia, de la esposa de un eminente patricio, de un gran tribuno, que no tiene otro defecto que prodigarse poco, porque así cree darse más impor-

tancia; esto es un sistema, y hay que respetar el sistema de todo el mundo, si es que queremos que todo el mundo respete el nuestro; porque al fin la tolerancia... pues, la tolerancia, es uno de los grandes elementos de esa querida libertad, que estamos obligados á defender sin detenernos ante los sacrificios; yo no sé hasta dónde llegaría contra mí el furor temible de ese grande hombre, si supiera que yo llamaba á su señora la *Grande Aspasia*: te recomiendo el secreto, María... porque... Pero ¿por dónde íbamos?

—¡Vamos á toca vela por... ¡la mar! *Colibrí*, ¡la mar! Tú estas loco ó tonto, que es mucho peor, y es cosa de perder el juicio el pensar que por medio de esas estupideces se puede llegar á ser un hombre importantísimo, un gran hombre, un hombre que gobierne á una nacion, ejerciendo una dictadura vergonzante y ridícula, pero funesta.

—Puede ser, puede ser que tengas razon, María,—dijo *Colibrí*, que á todo trance queria halagar á su hermana, para usar de ella;—pero, en fin, así se sube y así se vive, y así se hace negocio; y si es estúpido el que dirige su voz á la multitud, más estúpida es la multitud que no le impone silencio á patatazos.

—¡Gracias á Dios, que has dicho algo que se pueda tomar en consideracion!

—Audacia, procacidad, farsa y adelante, mi

querida María; no sabes tú qué viña del Señor so obtiene con estos tres ingredientes: con ellos y con ser *circunstancial*, esto es, con plegarse á las *circunstancias*, ¡impermeables, chica, impermeables, y perpétuamente de pié como los *siempretiesos*!

—Falta algun otro ingrediente, *Colibrí*: arrojar por la ventana la conciencia y el pudor: ¡déjame, déjame de indignidades!

—¡Ay, María de mi alma!—exclamó *Colibrí*;— ¡perfecta! ¡admirable! ¡qué entonacion! ¡qué energía! qué mirada! ¡qué bravura! ¡tú me completas, hermana de mi alma! Voy, voy á vestirme; ahora mismo vamos á ver á ese hombre; es necesario que tú le hagas comprender, que antes que los intereses individuales, antes de las vanidades individuales, están los intereses de un gran partido; es necesario que tú, como sabrás decírselo, le digas cuanto importa: que no coquete, ni brabuconee, ni chulapee, ni amenace al cielo y á la tierra, y se sentencie al ostracismo: esto es completamente ridículo, contraproducente, tonto y *cursi*; en fin, tú le dirás, con esa magia, con esa facundia irresistibles que Dios te ha dado... y con tu instruccion...

—Yo no diré nada á nadie, Frasquito.

—¡Ay, María, que no sabes tú lo que valen unos ojos como los tuyos para la política! ¡María, María! ¡mira que las circunstancias son terribles,

que tu hermano está gravemente comprometido; que si esta gente cae, tu hermano, tu buen hermano, se verá obligado á poner piés en polvorosa!

—Pues mira, chico, eso será que tu papel habrá concluido; te marchas al vestuario, te desnudas, te vas á tu casa y te echas á dormir, ó á estudiar el medio de que en otra obra nueva te repartan un nuevo papel.

—Sí, sí, será necesario al fin dejarse de términos medios, é irse á los medios extremos.

—¡Colibrí!, yo soy millonaria!

—¡Millonaria!

—Sí, hombre, sí, millonaria; pero necesito á mi padre y á mi sobrina.

—¡Millonaria, millonaria!... Y bien: ¿qué importa? ¡millonaria! y bien, ¿la política no es los millones? ¡y á más de esto, la alta consideracion, el mando!... ¡María, María, ayúdame! ¡tú no lo sabes bien: no hay mejor negocio que la política!

—Pero desdichado, ¿no temes que un dia, alguien que nos haya visto representar, y saltar y bailar en la cuerda floja por esos pueblos, te lo eche á la cara en letras de molde, y te ponga en ridículo?

Colibrí se sonrió, y exclamó recordando una pieza andaluza:

—Pus saca tú tus papeles;
murió en presiyo tu pare

por lairon sí, y á tu mare
la echaron á los chusqueles.

Y eso les diria yo á mis ilustres compañeros, si alguien de ellos cometiese la tontería de sacar á cuento mi historia para ponerme fuera de juego: *¿Pues no que tú, que tienes todavía en el hueco de la uña el pegue?* Déjate, déjate de tonterías, chica: lo que hay que procurar es que el enemigo, el horrible, el rencoroso, el vengativo enemigo, no se apodere de la situación; porque entonces ¡la mar! no; la mar es poco, ¡el juicio final! no dejan títere con cabeza: peor que lo otro, niña, peor que lo otro: mira, yo voy á vestirme, y tú te vas á venir conmigo.

—Sí, sí, vístete,—dijo María.

—¡Ah! ¡no esperaba menos de tí!

—Eso tendrás adelantado para cuando necesiteis salir.

—Pero, María...

—Pero, *Colibrí*...

—¿Con que no?

—¡No!

—¿No?

—Ni á tiros: allá os las compongais vosotros los políticos: yo he salido ya de la farsa del teatro, y no quiere entrar en ninguna otra farsa.

Sonó entonces, y de una manera discreta, en una habitacion inmediata, un timbre.

—Necesitan comunicarme algo,—dijo *Colibrí* un tanto agitado;—¡sabe Dios lo que me tendrán que comunicar!... vuelvo al momento.

Y salió á un gabinete próximo, y abrió una mampara.

Apareció tras ella un pícaro de levita con una gorra galoneada, y dijo con una cierta intimidad á *Colibrí*.

—Don Francisco, los otros han jurado.

—¡Imposible! ¡imposible!—dijo *Colibrí*, que se habia quedado hecho una estatua:—¡eso seria provocar una revolucion!

—Han jurado, don Francisco.

—La libertad ha muerto,—exclamó *Colibrí*.

—¿Tiene usted algo que mandarme?

—Nada, nada,—exclamó *Colibrí*;—vaya usted con Dios, Sanchez: haga usted lo que le parezca: yo veré lo que tengo que hacer.

Y se volvió al gabinete donde habia dejado á María.

Se arrojó sobre un sillón, y exclamó:

—¡Perdido! ¡perdido!

—¡Perdido, hermano!

—Sí, estoy pendiente de grandes responsabilidades, que aún no he tenido tiempo de cubrir: los hombres del nuevo gobierno son enemigos á muerte míos.

—¡Yo soy millonaria!

—Gracias, María,—exclamó conmovido *Coli-*

bri,—pero con tus millones no habria para empezar.

Se abrió en aquel momento con violencia una de las puertas del gabinete, y apareció una mujer peinada de una manera extraordinaria, con una gran bata de seda de color violeta, con una *toilette*, en fin, de casa, á la última moda, pretenciosa, rebuscada, insoportable: la ordinariéz, el descargo, lo burdo, lo inaceptable de aquella mujer, se destacaban de ella con una tal fuerza, que herian.

Era una de esas figuras chafarrinadas que han salido del lodo, y que por azar, por milagro, por razon de calamidad pública, se han encontrado de la noche á la mañana en una alta posicion política, sin haber podido levantarse de su círculo social.

Una individuo, en fin. del género *menistra*; una lavandera, una costurera, una *señoritinga* una *suripanta*, ú otra cosa peor, con toda la manera de baile público á cielo abierto y de café espectáculo, y todos los enérgicos arranques del cinismo y de la imprudencia.

Por el momento, tal venia de irritada que no reparó en María.

—¿Lo ves, *calzonazos*, lo ves?—exclamó metiendo á su marido los dedos por los ojos;—bien empleado te está; pero lo lastimoso no eres tú, sino yo, que he cometido la estupidez de casarme con

un *trasto viejo* é inútil como tú: ahí los tienes, hijo mio, ahí los tienes; y amorosos que vendrán los angelitos; y ahora á Francia, si logramos ganar la frontera, ó á presidio; y sin un cuarto; con tus operaciones triples ó cuádruples, con tus sublimes operaciones económicas... ¿Pero quién es esta mujer?—añadió, reparando al fin en María.

—Mi hermana,—contestó *Colibrí*, al que faltaba poco para llorar, y que estaba tan encogido que casi se le escondía la cabeza entre los hombros.

—¡Ah! ¡muy señora mia!—exclamó Dionisia, procurando componer su descomposicion.

—Mi mujer, María,—añadió *Colibrí*.

María avanzó hácia su cuñada, la sonrió, la abrazó y la besó en la boca.

—Yo celebro mucho, señora...—exclamó Dionisia, que estaba muy sobreexcitada;—pero dispéñseme usted... esto es un cataclismo, un golpe de estado imprevisto... nos ha cogido desprevenidos: ya te lo decia yo, Paco, ya te lo decia yo... en esta gente no hay que fiar; déjate de operaciones... Y mira, mira, ¿qué hacemos ahora?

—¡La reaccion, la reaccion!—exclamó *Colibrí*, que permanecía doblegado.

Pero rehaciéndose de improviso y levantándose de una manera violenta, añadió:

—Y bien, viviremos de la reaccion: yo soy necesario; yo tengo secretos de los unos y de los otros; sí, sí, no se atreverán á echarme á la calle: yo estoy comprometido, ellos lo están también; todos, todos: además, yo soy imprescindible... Tranquilicémonos, pues, Dionisia; tranquilicémonos; ¡ya sabes que si yo hablo puedo producir un temblor de tierra.

—Aquí no se produce nada, nada,—exclamó con desprecio Dionisia;—¡farsa, farsa, farsa y siempre farsa! En fin, componte como puedas, con tal de que no descendamos; antes que descender, todo.

—¡Descender! ¡jamás!—repuso con viveza *Colibrí*;—vivamos con la reaccion: lo que dice nuestro grande amigo, es necesario ser *circunstancial*.

—Es decir, estar siempre entre los que comen,—dijo *María*;—esto me parece bien; pero á lo que creo, tú nada pierdes.

—Sin embargo, cuando se da una caída, se siente el golpe,—dijo *Colibrí*;—además, los que se han ido eran más fáciles de manejar que los que han venido; ese hombre, ese hombre, siempre intransigente, creyéndose el estúpido lo eminente de lo eminente, y no haciendo jamás otra cosa que disparates: en fin, bueno, perfectamente; yo pierdo: tendré que trabajar más, y con ménos provecho.

—Pero sepamos, en fin, lo que tú eres, Frasquito,—dijo María.

—Yo soy el espíritu del gobierno, su agente universal, el que tiene los hilos y los resortes de todo.

—¡Cuántas palabras para decir que eres el jefe de la policía secreta!—exclamó María sonriendo burlescamente.

—Pero un alto jefe, un jefe superior, á quien nadie conoce, sino sus agentes íntimos; un elemento encarnado en el gobierno: en fin, una omnipotencia.

Volvió á sonar en la habitación el timbre de que ya hemos hablado.

—¡Oh!—¿qué será esto?—exclamó *Colibrí*;—no ganamos para sustos.

Y salió.

A poco volvió.

Venia radiante de alegría.

Traía un pliego en la mano.

—¡Oh!—exclamó;—se me llama: se reconoce mi gran valía; se cuenta con mi patriotismo; con que ya comprenderás, que no ha cambiado nada, nada, absolutamente nada, más que las personas al frente de los negocios: la revolución se ha salvado; no se me exigen servicios ostensibles; se me permite cubrir las apariencias: esta gente lo entiende, es la gente de lo positivo; permaneciendo entre los otros, ingiriéndome en sus

conspiraciones, soy más útil á la causa del órden, de la moral, de la libertad, de la monarquía; ¡oh! hemos ganado de una manera incalculable: los que han salido son unos estúpidos, que no saben hacer otra cosa que agitarse en el vacío, sin llegar jamás á una solución; los que han venido, son gente de gobierno, gente que lo entiende: ¡oh! ¡oh! se me llama para una conferencia reservada; esto marcha... y bien, y qué... ¿qué hago yo sino seguir la política de las circunstancias?

—Con tal de que no perdamos ni *descendamos*,—dijo Dionisia, acentuando de una manera particular la palabra puesta en bastardilla,—todo va bien.

—Al contrario, ganamos y ascendemos,—dijo *Colibri*.

—¡Quién había de esperar otra cosa que una venganza por su parte, cuando los has aburrido, los has acechado, los has sorprendido, los has desesperado!

—Por lo mismo saben, por experiencia lo que yo valgo, y cuentan con que yo los sirva contra los otros, como he servido á los otros contra ellos.

Volvió á sonar el timbre.

Volvió á salir *Colibri*.

—Mi padre, mi sobrina,—dijo Frasquito apareciendo de nuevo;—ya sabes Dionisia, lo que te tengo prevenido; mi padre es dignísimo y mi

CAPITULO X

De como la farsa puede llegar á la superchería y al sacrilegio.

En el anciano y en la niña se habia operado una completa trasformacion en cuanto al traje.

La inspectora de policia, esposa del inspector á quien habian sido encomendados por *Colibrí*, no habia perdonado fatiga, y á fuerza de dinero, habia puesto en dos horas elegante, elegantísima á Blanca.

En cuanto al maestro *Sanson*, la cosa habia sido completamente fácil: un almacen de ropas hechas habia bastado.

Y como en los almacenes de ropas se encuentran cosas buenas cuando se paga buen precio, y el maestro *Sanson* era distinguido, parecia

tambien como si le hubiera vestido el rey de los sastres de Madrid.

No queremos decir su nombre, no sea que se crea que le adulamos, ¿para qué?... hay que cuidar mucho de no dar motivo para que se pongan en movimiento las malas lenguas.

El maestro *Sanson* tenia el aspecto más honorable del mundo.

En cuanto á Blanca, era una ilusion.

En cuanto el viejo y la niña vieron á María, se precipitaron hácia ella.

Más ágil Blanca, fué la primera que se arrojó en sus brazos.

Colibrí y Dionisia permanecian en el descanso de las escaleras como dos figuras fuera de cuadro.

Al fin el maestro *Sanson* y Blanca dejaron á María y se dirigieron á ellos.

El recibimiento fué una farsa á la alta escuela.

Ya sabemos cuán indignado estaba el maestro *Sanson* contra *Colibrí*, y podemos suponer cuán antipático seria para Blanca: hemos visto en algunos rasgos vigorosos lo repugnante del carácter de Dionisia; á *Colibrí* le conocemos ya bastante.

Sin embargo, la escena fué patética; como hubiera podido ser entre los individuos de una familia que se hubieran amado verdade-

ramente y hubieran estado mucho tiempo sin verse.

—Al comedor, al comedor,—dijo *Colibrí* después de los primeros trasportes;—ya es hora de almorzar, y además, yo tengo que ocuparme de algo muy importante.

—No, no, al comedor no,—dijo María;—á mi carruaje.—Yo los necesito para algo de todo punto grave, para algo que no da espera: papá, la condesa viuda de Lanzagoitia está espirando, y anhela ver á usted, hablar con usted.

El maestro *Sanson* se conmovió de una manera terrible; se puso mortalmente pálido, y se sintió acometido por un vértigo.

—¡La condesa de Lanzagoitia!—exclamó,—¡y está espirante!... ¡y quiere verme!... ¡hablarme!... ¡Oh! ¡dispénsame, Frasquito, hijo mio!—añadió el anciano;—pero lugar tenemos de vernos, de satisfacernos, de estar juntos: en cambio, la muerte no da espera.

—Y bien, padre, y bien, cada cual á su negocio,—dijo Frasquito.

—Yo cuento contigo,—dijo María á *Colibrí*;—es posible, casi seguro, que puedas sernos muy útil.

—¿Y qué no haré yo por tí, mi querida María?—dijo *Colibrí*.

María se llevó á su padre y á su sobrina.

En el trayecto desde la casa de *Colibrí* á la

quinta, que no dejaba de ser largo, María puso completamente en antecedentes á su padre.

Importaba que Blanca oyese la conversacion: Blanca debia estar prevenida; María habia contado con ella para producir una reaccion en el alma, en la conciencia de Adelina.

La pobre Blanca temblaba de tiempo en tiempo, oyendo aquella revelacion.

María, sin embargo, nada habia dicho acerca del crimen que ennegrecia aquella historia.

En cuanto al maestro *Sanson*, se mostraba profundamente conmovido: de tiempo en tiempo se llenaban de lágrimas sus ojos, y miraba de una manera ansiosa á su hija y á su nieta.

Esperaba.

Verdad es que pendia sobre él una sentencia de muerte en rebeldía.

Pero ¿y para qué era la grande influencia política de su hijo? ¡qué! ¿acaso no podia obtenerle un indulto completo, apoyándole además con algunos miles de duros?

La situacion del maestro *Sanson* era verdaderamente una situacion de ansiedad.

Pero estaba acostumbrado á la lucha contra la desgracia; era fuerte para el sufrimiento, y antes de llegar á la quinta iba ya sereno y preparado á todo.

Cuando entraron en la quinta, Genoveva, la doncella particular de Adelina, corrió hácia María.

—¡Ay, señorita! —exclamó;— la señora está mucho peor: el médico dice que se va por la posta, y se la esperaba á usted con impaciencia: la señora ha pedido yo no sé cuántas cosas: un sacerdote, el Viático, un escribano... esto es una tribulacion.

Subian, entre tanto, harto de prisa las escaleras.

María mandó á Genoveva llevase á su pabellon al maestro *Sanson* y á Blanca, y ella acudió sin perder un momento al cuarto de su madre.

Pero hubo de esperar algunos minutos.

Adelina estaba acabando su confesion.

Cuando el sacerdote salió, María notó que estaba profundamente conmovido, como espantado.

María entró inmediatamente.

Encontró sola aún á Adelina que la dijo:

—Y bien, yo estoy ya dispuesta; el sacerdote me ha inspirado una gran confianza en la misericordia de Dios; ¡oh! ¡es un sabio ese buen señor! ¡y qué elocuencia! ¡qué persuacion las suyas! ¡estoy más tranquila! ¡he reflexionado!... Y bien, has encontrado á tu padre y á mi nieta?

María, que era creyente, se estremeció.

Adelina habia preguntado con cierta indiferencia, mal encubierta, por su antiguo amante y por su nieta.

Parecia como que deseaba que no hubiesen

parecido, que no pareciesen, sino despues de que ella hubiese muerto.

Sin duda se la habia proscrito la legitimacion de aquellas pobres criaturas, y Adelina pretendia escaparse por la tangente, como si se pudiese engañar á Dios.

La idea de esto habia causado el estremecimiento de María.

Permaneció indecisa, sin saber qué contestar á la pregunta de Adelina.

—Y bien, ¿nada tienes que responderme,—dijo esta con impaciencia.

—Temo que te afectes demasiado, mamá,—respondió María.

—¡Qué! ¿te ves obligada á ocultarme alguna desgracia!—dijo con un acento extraño Adelina.

María volvió á estremecerse, y de una manera más poderosa; su madre la estaba dejando ver su alma de demonio.

El terror la habia preocupado la noche anterior, la habia hecho pensar en reparaciones; pero su terrible alma se habia rehecho.

María comprendia que Adelina estaba resuelta á todo por sostener hasta el fin la repugnante farsa que habia representado de una manera admirable, durante treinta y cinco años.

—Y bien, sí,—dijo vacilando aún.

—¿Y qué?—preguntó acreciendo su impaciencia, Adelina.

—Pues sí,—dijo María,—los he encontrado; están ahí.

—¡Ahí!—exclamó Adelina con una expresión profunda y terriblemente extraña.

Y durante algunos segundos guardó silencio.

María no se atrevía á interrumpirla.

—Yo no puedo verlos ahora,—dijo al fin Adelina; estoy esperando el Viático; yo me siento muy mal; yo no sé si me quedará tiempo... lo primero es Dios.

Y luego, como si la hubiera fatigado el sostener hasta aquel punto la farsa, exclamó:

—No, no; no quiero verlos: antes que destruir mi reputacion, todo.

—Si yo fuera sola...—exclamó con acento sentido María.

—¿Si tú fueras sola?...

—Sí, si yo fuera sola, ¿qué importaba todo? ¡Pero Blanca! ¡la pobre Blanca! ¡la hija de Elena! ¡un ángel, mamá, un ángel que es tu retrato viviente! ¡una niña deliciosa, una niña de quince años!

—Cuida tú de ella: ¿no te permito te quedes con lo que basta para vivir con lujo?—exclamó ya irritada Adelina.

—Sí, mamá; pero y el nombre... ya que puedes trasmitirla, darla un nombre legítimo, ¿porque no has de dárselo?

—El mejor nombre para una mujer es el oro...

mucho oro... A la que tiene mucho oro no la falta nunca con quién casarse: qué importa el nombre! ¡qué importa la verdad! ¡Lo que importa es la apariencia!... ¡oh! ¡y cuánto tarda el Viático!

Como si le hubiera evocado la voluntad de Adelina, el Viático se anunció en aquel momento por el sonido de la campanilla.

Avanzaba ya por las galerías.

Se oyó un llamamiento contenido á la puerta del dormitorio.

María fué á ella, y la abrió: tras la puerta estaban el sacerdote que habia confesado á Adelina, el médico que la asistia y dos acólitos, que traian el altar portátil.

El Viático venia de gran lujo.

El acompañamiento empezaba á entrar en el salon, uno de cuyos dos gabinetes era el dormitorio de Adelina.

María tuvo una inspiracion.

El confesor, el médico, los criados de escalera arriba, habian penetrado en el dormitorio.

La campanilla habia cesado: el rezo del sacerdote que traia el Viático era apenas perceptible.

Aquellos criados con cirios, aquellos pobres del pueblo de Hortaleza con cirios tambien, el sacerdote revestido; todo esto deslizándose en silencio por aquel inmenso y tétrico salon, tenia algo de fantástico, mucho de terrible y aún de siniestro.

María había corrido á su pabellon, había asido de las manos al maestro *Sanson* y á Blanca, y les había dicho:

—Venid; ha llegado el momento supremo: si nada se consigue por medio de una sorpresa, de una fuerte emocion, nada conseguiremos; nos encontraremos peor que antes.

Y tiraba de ellos.

Los introdujo en el dormitorio de la condesa por una puerta de servicio que estaba junto al lecho.

Hasta allí no habían llegado más que el sacerdote que debía administrar el Viático, el acólito y el confesor.

Este último sostenia á Adelina.

Delante del lecho habia un espacio descubierto.

El acompañamiento del Viático y la servidumbre estaban más allá arrodillados en semicírculo.

María entró en aquel espacio descubierto con el maestro *Sanson* y Blanca.

Los tres se arrodillaron.

La luz del acólito daba de lleno en el semblante de Blanca, que impresionada por lo terrible de la escena, sabiendo que la moribunda era su abuela, estaba profundamente conmovida, pálida y con los ojos llenos de lágrimas.

La conmocion trasfiguraba á la pobrecilla,

aumentaba extraordinariamente su hermosura, la daba algo de celeste.

Era blanca y rubia, y tenia unos magníficos ojos de color azul de cielo.

La bondad, la pureza, la inocencia, fluían de ella, y á todo esto se unía el encanto misterioso de su fuerza de vida y de juventud.

Adelina podia ver perfectamente á Blanca y al maestro *Sanson*, que estaba arrodillado junto á la niña, manifestando tambien una emocion suprema y temblando todo.

Pero Adelina, absorbida por lo supremo de la situacion, no reperaba.

El maestro *Sanson* fijaba en ella una mirada indefinible.

No era ménos indefinible la mirada que Blanca fijaba en su abuela.

¡Pero qué diferencia entre aquellas dos miradas!

En la una se trasparentaba una conciencia inocente y tranquila.

En la otra, un infierno.

El sacerdote rezaba.

En el momento de administrar el Viático á Adelina, el sacerdote que la sostenía la incorporó más.

Y entonces, como si las dos intensas miradas del maestro *Sanson* y de Blanca hubiesen atraído la mirada de Adelina, esta los vió.

Tomaba en aquel momento la Sagrada Forma. El efecto fué terrible.

Adelina habia acabado por fijarse en Blanca. Se habia visto reproducida como en los tiempos en que tenia quince años, en que tambien era inocente y pura.

La semejanza era perfecta; no habia otra diferencia que la del traje.

Pero Adelina no veia más que el semblante de la niña cuya mirada celeste se dilataba más y más, cuya bellísima cabeza se trasfiguraba más y más.

Aquella cabeza hechicera, á causa de la perturbacion de la razon de Adelina, aparecia rodeada para ella de una auréola luminosa, que no la permitia ver más que aquel semblante conmovido, trasfigurado, sobrenatural.

Adelina creyó que Dios, irritado contra ella, la presentaba lo que un tiempo habia sido, cuando sus piés descalzos marcaban su ligera huella sobre la arena de la ribera del Tíber, para que midiese la distancia que habia de aquello á lo que habia llegado á ser cincuenta y cinco años despues.

Entre aquella cabeza fantástica y la conciencia de Adelina, habia una horrible historia llena de recuerdos de infamia: una larga vida horrible.

Hay situaciones en que la imaginacion vive siglos en el breve espacio de un momento.

No hay tiempo: su duracion está en relacion con nuestras sensaciones.

En un solo punto, Adelina vió junta, detalle por detalle, toda su torpe historia: se creyó tocada por la mano de Dios, extendió los brazos trémulos hácia Blanca, y exclamó en el momento en que se retiraba el Viático:

—¡Hija mia!

Todos oyeron esta exclamacion.

Todos, ménos el sacerdote que conducia el Viático, se detuvieron, miraron y vieron á Blanca, que se había lanzado, como atraida, en los brazos de la moribunda.

El Viático continuó su marcha solemne: salió; los criados salieron: sólo quedaron allí, Blanca en los brazos de Adelina, María, el confesor, el maestro *Sanson* y el médico.

—¡Hija! ¡hija mia!—decia sollozando Adelina;—¡tú eres un ángel que Dios me envia en mis últimos momentos!

Y besaba convulsivamente á la niña, que lloraba.

—¡Sí, sí; es necesario, es preciso! Tadeo... ¿tú... quieres legitimar á nuestros hijos?

—¡Oh! ¡gracias, Dios mio, gracias!—exclamó María.

—¡Oh, sí, sí!—dijo Tadeo;—¡suceda lo que quiera!

El sacerdote oraba.

El médico aparecía conmovido y asombrado á la par.

Tal vez el sacerdote, en un impulso de caridad, asumía la responsabilidad ante Dios, por haber aconsejado la legitimación de los hijos del adulterio.

¿Había hecho bien, ó mal?

Nosotros creemos que todo lo que se hace en nombre de la caridad, está bien hecho.

Se celebró inmediatamente, *sub conditione*, el casamiento *in articulo mortis*.

El médico había asegurado sobre su conciencia que no había un momento que perder.

Después de esto, Adelina apareció completamente tranquila.

—He cumplido con mi deber y con mi corazón,—dijo;—ahora dejadme reposar.

Aquello era el colmo de la farsa: nada podía hacer que las hijas de Tadeo y Adelina dejaran de ser hijas adulterinas, y por consecuencia incapaces de legitimación.

Pero se contaba con lo largo de las fechas y con que nadie se entrometiese á hacer informaciones: el sacerdote había dejado pasar aquella superchería por caridad.

Y nosotros repetimos: todo lo que se hace en nombre de la caridad, está bien hecho.

En fin, nosotros contamos una historia y no podemos desfigurar los hechos.

Si ese sacerdote hizo mal, él dará cuenta á Dios.

Lo cierto es, que por ante notario público don Tadeo de Urquizum y la excelentísima señora condesa viuda de Lanzagoitia, legitimaron á sus dos *hijas naturales* y á su nieta, María, Elena, difunta, y á Blanca, hija legítima de Elena.

Despues Adelina otorgó testamento instituyendo sus herederas universales á María, su hija, y á Blanca, su nieta.

—Ahora puede morir cuando quiera,—dijo para sí de una manera impía Tadeo, que continuaba aborreciendo á muerte á aquella que tanto habia amado, con tal frenesí, que habia llegado por su amor al crimen;—pero importa que yo me cubra; ¡diablo, diablo, diablo! para legitimar á las hijas de mi alma, he tenido que revelar mi nombre ante notario; pero al fin, despues de treinta y cinco años ya nadie se acuerda de aquello, y el indulto será fácil.

Para obtener este indulto, María se fué inmediatamente á Madrid á casa de su hermano, dejando á Adelina recomendada á los cuidados del maestro *Sanson* y de Blanca.

Necesitaba, además, acudir á su cita con *Friolera*, junto al grupo de Daoiz y Velarde.

Sanson engañó á Adelina: no sólo parecia ha-

berla perdonada, sino que Adelina llegó á creer que nunca habia dejado de amarla.

La farsa continuaba.

Por parte de Blanca era únicamente donde no habia farsa alguna.

CAPITULO XI

De como no hay felicidad que no produzca envidiosos.

María encontró á su hermano contentísimo y de todo punto decidido á servirla.

Con la resolucion de la crisis, en vez de haber perdido habia ganado.

Siempre á causa de la política *circunstancial*.

—Lo que me pides es cosa hecha, María,—la dijo;—esta gente tiene un gran interés en contentarme: ¡y ahí es nada! ¡tratándose de mi padre! Véte, véte tranquila, María, y dí á padre que mañana tiene su indulto, y no sólo su indulto, sino su rehabilitacion: Dionisia irá contigo á la quinta: ella no puede permanecer ex-

traña á unos tan graves acontecimientos en la familia: yo iria tambien, pero gravísimas atenciones me lo impiden.

—Es que en estos momentos yo no vuelvo á la quinta: tardaré por lo ménos hora y media: yo tengo tambien negocios de todo punto imprescindibles: dentro de hora y media volveré.

—Pues bien; así como así, Dionisia no tardará ménos de hora y media en arreglarse; cuando vuelvas estará arreglada.

—Pues hasta luego,—dijo María.

Y escapó.

Empezaba á oscurecer.

Habia una densa cerrazon, y algo de niebla.

Llovia menudamente.

Antes de que María bajase á tomar su carruaje para acudir á su cita con *Friolera*, un sujeto, que se dirigia sin duda á casa de *Colibri*, se apercibió de los dos criados negros del carruaje de María, y retrocedió.

Aquel sujeto era *Sullivan*, grande amigo y antiguo y moderno compañero de glorias y fatigas de *Colibri*.

Extrañóle, como no podia ménos de ser, el ver el carruaje de María á la puerta de la casa de su hermano.

¿Era que María temia algo de él por el chasco que le habia dado la noche anterior, y se amparaba de su hermano?

Esto merecía la pena de pensar en ello.

¿Tendría amores María?

Era posible.

¿Se iría á alguna aventura, cuando salía de casa de su hermano?

Era necesario averiguarlo.

Se fué á una parada inmediata de carruajes de plaza, tomó uno, y dijo al cochero, señalándole el carruaje de María :

—Es necesario que sigas á aquel coche *clarence* de los criados negros, que no le pierdas de vista; pero sin que los criados puedan notar que se les sigue: tendrás buena propina, un doblon de cien reales.

—Descuide usted, señorito,—dijo el cochero,—que se hará al pelo. ¿Pues para qué me llamo yo Silvestre, y para qué he sido sereno?

Un poco antes, en aquella misma parada, un jóven vestido de mahon, aunque la tarde estaba muy fresca, tomó un carruaje y dijo al cochero:

—Oye tú, buen mozo: observa que no te llamo animal, á fin de que me estés agradecido: yo no sé dónde se ha mudado el grupo de Daoiz y Velarde, que estaba en el parterre del Retiro.

—¡Vaya! pues á la ronda, frente por frente de la calle y de la plaza del Dos de Mayo.

—Pues llévame allá, y á escape, que está osureciendo,—dijo *Friolera*.

—¿Carrera ó por horas?

—Por horas.

—Pues págueme usted una hora adelantada, ó si no, no *cargo*.

Como en los hospitales y en otra multitud de sitios y situaciones los hombres se convierten en número, para los cocheros de alquiler las personas se convierten en carga.

El lucero del alba no es otra cosa que una carga en cuanto entra en un carruaje de plaza.

Y hállese luego de la personalidad y de la autonomía, y de la dignidad y de los derechos individuales.

Friolera comprendió que su facha justificaba la fianza que pedía el cochero, y le dió un duro.

—Bueno,—dijo este despues de haberle examinado minuciosamente;—mejor, tenemos dos horas y media; no dos horas y cuarto: el otro cuarto de hora de propina.

—De propina todo el duro, con tal de que me lleves á escape. ¿No ves que oscurece, y mi hora indeterminada empieza con la noche?

Y *Friolera* entró en el carruaje.

El animal director del otro animal restalló la fusta, y el jamelgo salió de medio lado, pero rápidamente.

Diez minutos despues estaban en la ronda, junto al grupo.

—¿Y ahora adónde, señorito?—dijo el cochero.

—¿A dónde sino aquí?—dijo *Friolera*.

Al cochero no le hizo esto mucha gracia.

Llovia á más y mejor, y habia olvidado su paraguas.

A falta de él, se tapó con la manta del caballo, que tenia más de un motivo para ser impermeable.

Habia oscurecido completamente.

Friolera agonizaba de impaciencia.

María no debia tardar, porque al recordar que no le habia marcado hora, supondria que él la estaria esperando desde el oscurecer.

En efecto, María no se hizo esperar.

Un magnífico carruaje se detuvo al otro lado del grupo, á los diez minutos de haber llegado *Friolera*.

Este reconoció el carruaje de María; abrió la portezuela, y se lanzó ávidamente fuera.

El lacayo negro saltó del pescante, y abrió la portezuela para que entrase *Friolera*, sombrero en mano, á pesar de la lluvia.

La portezuela se cerró, y el *clarence* se puso en marcha.

El cochero de plaza, á quien no se habia pagado, puesto que el duro que le habia dado *Friolera* era á título de propina, siguió al carruaje.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio!—exclamó *Friolera* poderosamente conmovido,—¡creí que nunca iba usted á venir, María!

—¡Bah! ¡tonto!—dijo María;—¿pues no sabes que yo te quiero?

—¡De veras!—exclamó *Friolera* con un acento apagado por el espanto súbito que le habían causado las palabras de María y la entonación con que las había pronunciado.—Míre usted, María: si esa es una broma, no debe usted dármela; sería una broma mortal, y yo no he dado á usted motivo alguno para que usted me mate.

—Perico, dijo María,—he resuelto que nos casemos.

—¡Que nos ca... que nos ca...se...mos!...—exclamó el atortolado *Friolera*, al que hacía tartamudear la emoción.—¿Qué he hecho yo, Dios mio, para merecer esa felicidad?

—Amarme mucho,—dijo María,—y ser muy amado por mí.

—Pues entonces, María de mis entrañas, ¿por qué me trataba usted como una cualquier cosa?

—Para disimular.

—¡Ah! ¿conque aquel poco aprecio de mí que mostraba usted, era una farsa?

—Sí, Perico, sí; una farsa para engañar á *Sullivan*: yo quería evitarte una desgracia: nosotros no podíamos desprendernos de *Sullivan*, *Sullivan* es feroz.

—Lo mismo me importa á mí de *Sullivan* que de tragarme un coche,—exclamó *Friolera*,—y si yo no le dije algo, fué por no matarle; pero aho-

ra, amado yo por usted... Pues qué, ¿usted podía amar á un hombre que no fuera capaz de pelearla á navajazos con el niño de la bola? ¡Ay, María! que lo que ménos me importa á mí es *Sullivan*; lo que me mata, lo que no me deja respirar, es el susto que usted me ha dado diciéndome que nos vamos á casar: á fe á fe, que con el susto no me he acordado de decir á usted que he encontrado al maestro *Sanson* y á la pobrecita Blanca.

—Mi padre y mi sobrina están conmigo.

—¡Ah! ¿conque no los han preso? Yo, aunque he preguntado, no he podido saber nada de seguro: el maestro *Sanson* y Blanca habian vuelto á perderse para mí: entonces voy á dar á usted, para que se lo dé al maestro *Sanson*, un dinero que me dió á guardar anoche, ménos una peseta que me he permitido tomar para comer y para tabaco, y un duro que he tenido que dar al cochero para que me traiga de prisa.

—¡Pícaro más honrado!—exclamó María, con ese hechicero acento de la mujer enamorada.—Sea lo que fuere ese dinero, guárdatele, Perico; y no es eso sólo: toma para que mudes de piel y te presentes de un modo conveniente mañana, donde yo te diré.

—¿Y qué me da usted aquí, María?

—Billetes de Banco, no sé cuantos; no importa, nuestros bienes son comunes.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó *Friolera*;—

¡el premio gordo! ¡la mar! ¡los abismos! ¡vaya, á mi me va á dar algo!

—Pues que no te dé nada: oye; mañana ve á preguntar por doña María de Urquizum á la quinta de las Cuatro Torres, que está en la jurisdicción de Hortaleza; en el pueblo todos te darán razon: ea, y á Dios: no puedo consagrarte más tiempo; pero demasiado le tendremos para estar juntos: tira del cordon; está á la izquierda.

Friolera, aturdido, no se atrevió á replicar, aunque bien hubiera querido no separarse en una eternidad de María.

Buscó el cordon, y tiró de él.

El carruaje se detuvo, y poco despues el lacayo abrió la portezuela.

—A Dios, hasta mañana,—dijo María.

—Hasta mañana,—dijo *Friolera*.

Y se fué de prisa á tomar su coche de plaza, porque diluviaba.

—Al Colmado, muchacho, al Colmado,—dijo *Friolera*, entrando en la berlina;—ya es hora de que yo coma y beba, y fume á mi gusto: ¡María mi mujer! ¡mentira! ¡ilusion! ¡yo estoy soñando! ¡María, la divina María, mi mujer! ¡y rica! necesariamente, si no fuera rica, no me hubiera dado este puñado de billetes de Banco: ¿y cuánto, cuanto será? ¡si yo tuviera fósforos podria verlo! ¡ah! el cochero; muchacho, dame tu caja de fósforos,—añadió bajando uno de los cristales.

El cochero le dió una mugrienta fosforera.

—Pues mira,—añadió *Friolera*,—para aprovechar el fósforo, dame un cigarro: á mí se me ha acabado el tabaco.

—Vaya, pues tome usted, señorito,—dijo el cochero;—¿se ocurre algo más?

Y dió un cigarrillo de los de seis al cuarto del estanco á *Friolera*.

—No,—dijo este,—arrea y de prisa; otro duro de propina.

El cochero llegó á creer, á causa de lo que habia visto y veia, que se trataba por lo ménos de un príncipe disfrazado.

Friolera encendió un fósforo, y examinó los billetes.

Eran once de á cuatro mil reales.

Friolera sintió una especie de vértigo; se cubrió de sudor frio, y se le descompuso el estómago, á causa de un cruel pensamiento que le habia acometido á la vista de los billetes de Banco.

—¿Se me elegirá como editor... responsable?—dijo.—Pero ¡bah! ¡no! ¡imposible! ¡María no es de esas! Además, ¿podian haberle faltado á María editores responsables á escojer de mejor córte que yó? ¡No! ¡no! ¡es que me ama! ¡si! ¡ella es honrada, pura, altiva! Me llevo una perla! ¿pero de dónde habrá sacado María este dinero? ¡Ah! ¡ya! ¡sí! ¡estúpido! ¡esto es que ha encontrado á su madre!

Era de todo punto admirable la fe que *Friolera* tenia en María.

Podia decirse que *Friolera* en aquellos momentos era la criatura más feliz y más atormentada de la tierra.

Le desvanecia el verse amado por María, y le mataba la impaciencia.

Llegaron al fin á las Cuatro Calles, frente á la embocadura de la calle de Sevilla.

Friolera salió de la berlina, dió al cochero un doblon de á cien reales y le dijo:

—Estamos en paz; buenas noches.

El cochero se quedó como el que vé visiones.

Luego se puso lentamente en marcha.

Friolera se metió en el Colmado.

Inmediatamente detrás de él entró otro hombre, que tomó una mesa en un ángulo y cerca de la trastienda, y se sentó de espaldas á la escalera en espiral, por donde *Friolera* habia subido al piso superior.

Pidió manzanilla.

Aquel hombre era *Sullivan*.

Su semblante sombrío amenazaba muerte.

CAPÍTULO XII

De como Friolera se hizo comprar una capa y se abrigó con ella, sin sospechar que habia adquirido una capa providencial.

Tiempo era ya de que *Friolera* se regalase; sobre todo, de que comiese.

Friolera se metió en uno de los gabinetes del piso superior del *Colmado*, y llamó á grandes golpes con las dos manos sobre la mesa.

Habia adquirido esa especie de insolencia: ese aire de tirano, de dictador, que producen ciertas embriagueces en los caracteres débiles.

Friolera sentia la embriaguez de la posesion de una mujer, de la que estaba locamente enamorado desde que pudo enamorarse, y que habia creído siempre para él imposible.

Una mujer admirable.

María, con sus grandes ojos negros, con su garganta de cisne, con sus hombros...

María que no había amado.

María virgen.

María admirable.

María millonaria.

Friolera entonaba en su pensamiento una letanía inacabable en loor de María.

A la embriaguez del delirio de la esperanza por el amor, se unía la embriaguez de la riqueza.

Por lo pronto, *Friolera* tenía sobre sí cuarenta y seis mil y tantos reales.

Había, pues, echado cara de hombre importante.

Pero su traje de verano, en una noche de octubre, en que por razón de la lluvia había refrescado el tiempo de tal manera, que el que había tenido capa ó paletot se los había puesto, desdeñaba de una manera punzante con el aspecto pretencioso del semblante de *Friolera*.

Así lo consideró sin duda el mozo, que había acudido á escape, creyendo que el que llamaba con tanto ruido y tanta impaciencia no debía ser una cualquiera cosa.

Los mozos de los *restaurants* de Madrid están muy escamados, y cuando un *perdis* tal como *Friolera* llama estrepitosamente y se da ínfulas de persona, se ponen en guardia.

—¿Qué hace falta?—preguntó con una grosería toda gallega de planta baja, que no se cuidaba de encubrir.

—En primer lugar, un poco de respeto,—contestó gravemente *Friolera*;—ó cuando ménos un conato de cortesía.

—¿Y á mi que me cuenta usted?—replicó el mozo creciendo en acritud.

—Lo que yo te cuento es,—dijo más y más grave *Friolera*,—que en vista de mi pelaje, tú has creído que yo soy un tuno hambriento que viene á pegarte un *beefsteaks*, ó lo que es lo mismo, una cena: tranquilízate, ciudadano, porque tú debes ser ciudadano, y por consecuencia, elector y elegible, y jurado para cuando haya jurado; y hé ahí una de las grandes excelencias de nuestra fecunda y magnífica revolución, que ha llegado hasta la facultad maravillosa de convertir en ciudadanos hasta á las acémilas.

El mozo no hubiera dejado continuar en su discurso á *Friolera*, si este, mientras lo pronunciaba, no hubiera sacado un puñado de doblones de á cien reales, y los hubiera pæsto con cierto desden sobre el blanco mantel que cubria la mesa.

—Vamos,—dijo para sí el mozo,—es jugador, y ha dado un buen picotazo.

Y luego añadió alto, sin picarse ni correrse porque *Friolera* le hubiese llamado acémila, y sacando un papel doblado del bolsillo:

—Aquí tiene usted la lista.

—Perfectamente,—dijo *Friolera*, desplegando el papel con cierto énfasis;—¿no te parece, muchacho, que cuando se ha pasado mucho tiempo sin comer caliente, porque se ha estado de prisa y se ha salido del paso con cualquiera cosa, una buena ración de sopa es indispensable?

—Usted dirá,—contestó el mozo.

—Pues ya he dicho que me traigas al momento una ración de sopa de yerbas,—repuso *Friolera*.

—¿Y qué más?

—Una gallina con tomate; despues un par de chuletas enparrilladas, al natural, chico, al natural; yo estoy por la naturaleza, ¿eh?

—Sí señor, sí; ¿y qué más?

—Media langosta á la *vinaigrette*.

—¿Y qué más?

—Aceitunas, pepinillos, salchichon, alcaparones, rábanos, sardinas al aceite, manteca de Flandes...

—¿Y qué más?

—Ponche á la romana, tortilla al ron, *omelette soufflée*, queso Roquefor, frutas, pastas, almíbar...

—¿Y qué más?

—Burdeos, Priorato, manzanilla, café, cognac, cigarros.

—¿Y qué más?

—¡Ah sí! había olvidado el artículo ensalada: pimientos y ápio con remolacha.

—¿Y qué más?

—Una capa.

—¿Y que es una capa?—contestó candorosamente el mozo;—yo no conozco ese plato.

—¡Y te han hecho á tí ciudadano elector y elegible, hasta el punto de poder ser elegido rey, dictador ó papa, si á la revolución se le pone tener en España una religion libre é independiente, y crees que yo te pido una capa para comérmela! ¡quítate de ahí, elefante!

—¡Yo creí!

—¿Hace frio?

—Y bueno.

—¿Cuando se come bien no entra frio, aunque sea en el verano?

—No he reparado.

—Eso es que tú no has comido nunca bien: ¿y qué quieres tú que yo me haga con el frio que hace y con el que me entrará cuando me coma lo que pienso comerme, si no tengo una capa con que abrigarme?

—Pero, señor mio, aquí no se venden capas.

—Pero se venden magníficas en la Carrera de San Jerónimo.

—¡Bueno!

—¿Cuánto crees tú que costará una capa de buen paño de Béjar, forrada hasta la mitad de

bayeta? ¿no te parece á tí que habrá bastante con cuarenta duros?

—Yo creo que sí,—dijo el mozo sonriendo, porque se le presentaba la ocasion de una buena sisa.

—Pues mira, toma estos diez doblones de á cien reales por si encuentras una capa de ese alto precio en la roperia, que puede suceder; te vas, la compras y me la traes.

—¿Antes de la sopa?

—Sí hombre, sí, porque me aflige más el frio que el hambre.

El mozo partió.

Friolera se quedó dando vueltas á las ideas que hervian en su cabeza.

Al cuarto de hora volvió el mozo con la capa más abigarrada, más ornamentada y más andaluza del mundo.

Una verdadera capa de torero, con ribetes y cordoncillos y agremanes, y de muy buen paño.

Una preciosa capa azul.

—Me he visto negro para que me la den en los mil reales,—dijo el mozo;—querian mil doscientos.

Habia tenido conciencia.

No habia sisado más que cien reales.

Friolera se habia puesto la capa, se habia cantoneado, se habia embozado, se habia desembozado, y al fin exclamó:

—Esto era indispensable; que vengan ahora el frío de la atmósfera y el frío de la digestion; toma estos cien reales por tu trabajo y por tu buen gusto, chico, y tráeme la sopa.

Una hora despues, sin haber comido mucho, porque el susto de felicidad que tenia en el cuerpo no le habia dejado comer, *Friolera* salió, pagando una suma enorme por una cena que apenas habia probado.

Al atravesar la trastienda, al salir, *Sullivan* le reconoció.

Friolera iba cumplidamente embozado en su flamante capa.

—¡Ah!—exclamó *Sullivan*,—ese pillo se ha apercebido de mí; ha huido, y se ha procurado una capa para darme el cambionazo, esto prueba que ella le ha provisto de dinero; ¡ah infame!

Y como tenia pagada su cuenta para estar pronto para seguir á *Friolera*, en cuanto este salió se fué detrás de él.

El primer día de la vida es el día de la concepción. En este día el alma se une al cuerpo y comienza a vivir. Durante los primeros días el niño se alimenta de leche materna y se desarrolla físicamente. Los padres deben cuidar de su salud y bienestar.

Los primeros meses de la vida son cruciales para el desarrollo del niño. Durante este tiempo el niño aprende a caminar, hablar y relacionarse con los demás. Los padres deben proporcionar un ambiente seguro y amoroso para que el niño pueda crecer y desarrollarse plenamente.

El segundo día de la vida es el día de la lactancia. En este día el niño comienza a alimentarse con leche materna. La lactancia es esencial para el desarrollo del niño y proporciona todos los nutrientes necesarios para su crecimiento.

El tercer día de la vida es el día de la exploración. En este día el niño comienza a explorar su entorno y a descubrir nuevas cosas. Los padres deben permitir que el niño explore de manera segura y supervisada. La exploración es esencial para el desarrollo cognitivo del niño.

El cuarto día de la vida es el día de la interacción social. En este día el niño comienza a interactuar con los demás y a aprender de ellos. Los padres deben fomentar la interacción social del niño y enseñarle a relacionarse con los demás de manera adecuada.

El quinto día de la vida es el día de la adquisición de habilidades. En este día el niño comienza a adquirir nuevas habilidades y a aprender de la experiencia. Los padres deben proporcionar oportunidades para que el niño aprenda y se desarrolle.

El sexto día de la vida es el día de la consolidación. En este día el niño comienza a consolidar lo que ha aprendido y a aplicar sus habilidades en situaciones nuevas. Los padres deben proporcionar apoyo y refuerzo al niño para que pueda consolidar sus aprendizajes.

El séptimo día de la vida es el día de la independencia. En este día el niño comienza a ser más independiente y a tomar decisiones por sí mismo. Los padres deben permitir que el niño sea independiente y enseñarle a tomar decisiones responsables.

CAPITULO XIII

De como Friolera sabia recibir, ni más ni menos que si hubiera sido Pepe-Hillo ó Costillares

Pero cuando *Sullivan* salió á la calle, se encontró con que no encontraba al galan *Friolera*. Creyó que se le habia escurrido.

—¡Ah!—exclamó;—á ese canalla le da alas el miedo: ¡sabe Dios dónde estará ya!

Sullivan se engañaba.

Friolera estaba muy cerca de él, sólo que le cubria una mujer grande, hecha un cangrejo, con uno de esos capisayos encarnados que ahora se usan.

Esta mujer, á juzgar por su empaque vista por detrás, parecia buena moza.

Vista por delante, era una morena muy incitante, pero ya jamona.

Se habia tropezado manos á boca con *Friolera* cuando este salia del *Colmado*, y le habia detenido.

Era una antigua *suripanta* de los *Bufos*, que habia sido desechada por muy vista, y porque además se habia puesto demasiado protuberante, y aparecia más escandalosa de lo que era menester cuando se representaban obras de la estofa del *Jóven Telémaco* ó de los *Dioses del Olimpo*.

Tanta naturaleza desnuda se venia encima del público, y le producía un efecto crudo.

Además de esto, la grande *Enriqueta disonaba*, comparada con los otros escuerzos de sus compañeras.

Además, á causa de ella, invadian demasados aficionados el vestuario.

Se habia hecho una cuestion de moralidad, de inconveniente y de estorbo.

Habia llegado hasta la exageracion del espectáculo de sí misma.

Se la desterró, pues, impiamente del santuario.

Enriqueta no se desesperó por esto.

Se hizo dama de una compañía de zarzuela á domicilio, ó lo que es lo mismo, á pueblo, ó lo que es igual, de la lengua.

Haciendo el *solo*, la parte culminante de la compañía al centro del grupo escénico, podia pasar.

Además, tenía una voz de un cuerpo admirable.

En los coros de los *Bufos* se la había usado como contrabajo, y producía muy buen efecto.

Sólo que esto daba lugar á equivocaciones.

—¿Por qué,—decía alguno de oído delicado,—meten un hombre disfrazado de mujer entre las coristas?

Había trabajado un mes con *Friolera* en el teatro de Zamora.

Había hecho las delicias del público como cantidad y como calidad.

Todo en ella era enérgico.

Friolera había hecho las delicias de Enriqueta.

Ella que no lloró cuando la declararon *suripanta jubilada*, lloró cuantas lágrimas tenía cuando quebró la compañía en Zamora, se disolvió, y los duros hados la separaron de *Friolera*.

Calcúlese con cuánto afán se agarraría á él, cuando, sin esperarlo, le encontró en la puerta del Colmado.

Friolera se dejó coger.

Enriqueta había sido muy buena para él; casi casi la había amado.

Enriqueta refrenó duramente á una vieja que la acompañaba, y que la daba prisa.

Se había entablado un diálogo de ternezas: *Friolera* á pesar de María no se encontraba mal.

Cuando *Sullivan* dió vuelta á la mole que hasta entonces le habia cubierto á *Friolera*, retrocedió en vano vivamente para impedir que *Friolera* le viese.

—¡Ah!—dijo este para sí;—¡pues me alegro!

Y sin despedirse de su enamoradísima *Enriqueta*, desasíó de las suyas sus manos, y dió á correr como un desesperado por el callejon de Gitanos.

—¡Ah, cobarde!—exclamó *Sullivan*:—no importa... yo te cogeré... pero donde nadie nos vea.

Enriqueta se quedó hecha una estatua.

—¿Qué es eso?—exclamó;—¿adónde va? ¿qué le sucede? ¡Y sin despedirse de mí! ¡sin preguntarme dónde vivo! ¡y bien, yo le encontraré!

Entre tanto *Friolera* habia dejado de correr, y avanzaba á buen paso.

Sullivan le seguia, templando su paso al paso de *Friolera*.

Este salió por la calle de Cedaceros.

Tomó luego por la del Sordo.

Llegó al Prado.

Siguió trotando de una manera más larga por el paseo de Atocha, obligando á *Sullivan* á que se fatigase, porque era mucho ménos fuerte que él.

Cuando llegó junto al átrio de la iglesia, se deslizó hácia la derecha, y se escurrió por las escalerillas por donde se baja al camino viejo de Valencia, ó lo que es lo mismo, del puente de Vallecas.

En cuanto bajó dió un tenazon y se pegó á la pared.

Sullivan bajo desatentado las escaleras, y miró en torno suyo.

Entonces vió á *Friolera* que hacia el papel de querer esquivarse.

Se fué sobre él.

Friolera salió entonces á la carrera, dejó el camino por la izquierda, y siguió corriendo sobre los surcos acabados de abrir.

Largas líneas de montones de abono se cruzaban sobre las tierras.

Friolera se agazapó de improviso detrás de uno de estos montones; pero cuidando de que *Sullivan* pudiese ver que se agazapaba.

Friolera ejecutaba admirablemente una farsa de cobardía, de terror.

Empeñaba más y más en su seguimiento á *Sullivan*, y le irritaba.

No le tenia aún en un lugar á su gusto.

Necesitaba llevárselo á las solitarias corrientes del Arroyo Abroñigal.

Para *Sullivan* el lugar era muy á propósito, y además empezaba á sentirse gravemente fatigado.

Preparó la única arma que llevaba.

Esto es, una hoja de Toledo en una caña de Indias.

A la luz neutra de la noche, es decir, á esa luz

que no puede llamarse luz, pero que sin embargo deja ver, aunque de una manera indeterminada los objetos, la excelente vista de *Friolera* se apercibió de que *Sullivan* traía un largo estoque desenvainado.

—¡Ah diablo!—exclamó *Friolera*;—*Sullivan* tiene una gran ventaja sobre mí: mi *corte* no puede herir tan á distancia como esa *tizona* que él trae; es menester que yo le *pare los piés*.

Y como durante este monólogo *Sullivan* se le hubiese echado encima, poniéndose casi *en jurisdicción*, *Friolera* saltó sobre sus jarretes, y dió á correr con más celeridad que hasta entonces hacía el arroyo Abroñigal.

Sullivan empezaba á sentir la asfixia; pero no desistía del alcance de *Friolera*.

Sus negros celos le envenenaban más y más el alma.

Su sobrealiento era ya insoportable.

Se detuvo un momento.

Friolera, con un tacto pasmoso, por el ruido de la carrera de *Sullivan*, se apercibía del cansancio de este.

Aflojó, pues, su carrera, fingiéndose cansado.

Estaban ya lejos, tanto de la ronda del Buen Retiro, ó Parque de Madrid, como queramos, y del camino de Vallecas.

Las solitarias torrenteras del Arroyo Abroñigal estaban ya cerca.

Al fin, *Friolera* entró en el terreno de las torrenteras, afectando siempre el cobarde que huye dominado por el pánico y se acerca á un obstáculo que debe detenerle.

Sullivan lanzó un rugido de alegría.

Su afortunado, su aborrecido rival, corria en derechura hácia una alta torrentera, que debia detenerle.

Se acorralaba, ciego por el miedo.

Así á lo ménos lo creia *Sullivan*.

Forzó su carrera, avanzó, llegó casi á tocar á *Friolera*.

Pero este se *desentableró* como quien dice, y se *fué al medio*.

Entonces empezó una verdadera *lidia*, en que *Friolera* hacia la parte de *diestro* y *Sullivan* la de toro.

Friolera, que tambien habia toreado alguna vez, cuando la tropa á que pertenecia representaba el sainete *El alcalde toreador*, no era del todo ajeno al noble arte de la tauromaquia, y comprendió que el *bicho* con el cual se las habia era voluntario y bien armado, y que á pesar de habersele corrido bien, conservaba aún bastantes facultades para hacerle peligroso.

Se necesitaba mucho del recorte, del capotazo, del quiebro, de un trasteo enérgico y fino, para acabar de pararle los piés, de componerle la cabeza, de ponerle, en fin segun arte, á la muerte.

Mucho ojo, mucha mano izquierda, mucha ligereza de piés y mucha elasticidad de espina-zo: hé aquí lo que hacia falta.

Describimos en torero la lucha que se entabló entre *Sullivan* y *Friolera*, porque este, en vista del formidable estoque que tenia en la mano *Sullivan* y de la furia de este, se habia propuesto tratarle como toro, *lidiarle* en una palabra, y con tanta más habilidad y más sangre fria, cuanto que para despacharle *Friolera* no tenia estoque, sino cachete.

Se trataba de un descabellamiento; solo que el descabello de *Sullivan* no debia ser en la union del cerebro con la primera vértebra cervical, sino en el corazon.

Ninguno de los dos pronunciaba una sola palabra.

Sobre ser las palabras inútiles, porque todo estaba sobreentendido, ambos pretendian causar el menor ruido posible.

Aquel sitio solitario guardaria el secreto, y libraria al vencedor de enredos con la justicia.

Sullivan acabó de irritarse cuando por el trasteo de *Friolera* se convenció de que este le hacia cara, y sobre todo que lo trataba como á un animal cornudo.

Friolera se le metia en jurisdiccion, y cuando *Sullivan* le tiraba un *derrote*, es decir, una estocada, *Friolera* recogia, aquella estocada en su

capa, daba un cambio á *Sullivan* y volvía á meterse en jurisdicción.

Algunas veces distraído, poseído por el papel que se había propuesto representar, exclamaba, aunque á media voz:

—¡Eh! ¡je, je, je! ¡toro!

Y cuando *Sullivan*, irratado al verse tratar de esta manera, se iba furioso al bulto, *Friolera* le daba un *capotazo* que le *descuadrillaba*.

En una ocasión quiso revolverse de tal manera *Sullivan* sobre su terreno para *coger* á *Friolera*, que se le había ido por el costado en una salida de raton, que perdió el equilibrio y cayó cuan largo era.

Pero *Friolera* fué leal.

No hizo otra cosa que recoger su muleta, es decir, su capa, su providencial capa, sin la cual se hubiera visto obligado á no aceptar el combate.

Esta generosidad de *Friolera* acabó de irritar á *Sullivan*, si era posible se irritase más que lo que ya lo estaba.

Se levantó y se arrojó furioso sobre *Friolera*.

Este vió que *Sullivan* no podía ya con su alma.

Le esperó á pié firme en suerte, le *lió la muleta*, esto es, la capa; embotó en ella una estocada, *recibió* á *Sullivan*, metió el brazo, y *Sullivan* dió un *berrido*, pretendió tenerse de pié, dió dos *traspieses*, cayó de espaldas y quedó inmóvil.

El pequeño *corte* de *Friolera* le habia partido el corazon.

—¡Ah! ¡ya era tiempo!—dijo *Friolera*, quitándose el sombrero y limpiándose el copioso sudor que le corria por la frente:—¡sí me descuido! ¿eh?

Luego volvió á ponerse el sombrero, desplegó la capa, se la puso, se embozó, se acercó á *Sullivan*, le examinó, y exclamó:

—¡Nada! ¡en regla! ¡por todo lo alto! ¡ya pueden venir por él las mulillas!

Y tomando el flanco de la torrentera, y marchando rápidamente á campo atraviesa, llegaba un cuarto de hora despues á la carretera de Alcalá, y se volvía hácia Madrid.

Una hora despues estaba en un cómodo lecho, en uno de los mejores cuartos del Hotel de Paris; pero no dormia.

Un hombre que no es un miserable, no duerme cuando ha matado á otro hombre.

Friolera sentia en las narices un vaho nauseabundo, un vaho de sangre, que le subia hasta el cerebro y no le dejaba dormir.

Friolera, sin embargo, no se arrepentia: consideraba la muerte de *Sullivan* hecha dentro del derecho de legítima defensa.

CAPITULO XIV

En que termina esta verídica y singular historia.

Dionisia, la ilustre mujer del ilustrísimo *Colibrí*, habia pasado aquella noche en la quinta de las Cuatro Torres.

Colibrí habia recibido el encargo de procurar el indulto absoluto, con la rehabilitacion subsiguiente y confirmacion de su empleo, preeminencias y honores, del excelentísimo señor teniente general de los ejércitos nacionales, don Tadeo de Urquizum, y *Colibrí* evacuó aquella noche su encargo, y no le llevó porque era muy tarde y porque á causa del brusco cambio político que habia tenido lugar, su presencia era necesaria en Madrid.

Tuvo algunos conciliábulos secretos con algu-

nos de los hombres más importantes de la nueva situación, y se acostó ya de día, rendido de fatiga.

Aún no había dormido dos horas, cuando su ayuda de cámara fué á despertarle.

—Dispéñseme usted, señor,—le dijo;—yo no quería despertar á usted; pero ahí está Sanchez, que dice que tiene que hablar á usted de un asunto muy importante.

—¡Válgame Dios con Sanchez!—exclamó con el peor humor del mundo *Colibrí*;—que entre... ¡cómo ha de ser!

Es envidiable la suerte de los hombres políticos: ellos ganan bien, papelonean bien; pero también lo sudan: ni dormir á gusto pueden.

Se ofrecen grandes premios al que descubra el movimiento continuo, sin considerar que con echarle mano á un hombre político importante, se tiene el movimiento.

Sanchez entró.

—¿Y qué hay?—le preguntó de una manera afable *Colibrí*, á pesar de que estaba muy incomodado.

—Una novedad muy importante, muy grave, de todo punto imprevista,—contestó el polizonte.

Colibrí se incorporó violentamente.

—¡Cómo!—exclamó;—¿estaremos otra vez en crisis?

—No, no señor; es muy temprano aún: todavía no son las siete,—contestó Sanchez.

—Pues entonces... ¿ha sobrevenido alguna ocurrencia?

—No señor, no es eso... es que don Luis...

—¡Hombre, parece como que tiene usted miedo de decirme lo que sucede!—exclamó *Colibrí*.

—¡Cómo usted consideraba á don Luis casi su hermano!...

—¿Y bien, qué ha sucedido á don Luis?—dijo ya con acritud y con acento despótico *Colibrí*.

—Se le ha encontrado muerto en un barbecho, á la izquierda del camino de Vallecas, al pié de una torrentera.

Colibrí saltó de la cama.

—Ha tenido algun lance don Luis,—preguntó con la voz trémula.

—Nada se sabe, señor don Francisco.

—¿Dónde tiene la herida?

—En el corazon.

—¿Con qué ha sido hecha?

—Con instrumento punzante y cortante.

—¿Y quién ha sido el matador?

—Se ignora.

—¿La policía no tiene ningun antecedente?

—¡Ninguno!

—¡Otro asesinato político! ¡otro crimen misterioso! ¡no se tiene hora segura!... En estorbando aquí...—exclamó *Colibrí*.

Y se estremeció.

Empezó á pasear agitado por el gabinete.

—Se le habrá echado un cebo...—continuó *Colibrí*;—él era muy aficionado á las buenas mozas... En fin, voy á vestirme y á informarme; ¡qué vida, Señor! ¡esto es para reventar!

Una hora despues *Colibrí* corria en una ligera berlina de acá para allá, de la casa de un personaje á la de otro.

Nadie podia explicarse el asesinato de *Sullivan*.

Pero todos lo creian relacionado con la política.

En fin, á las doce del dia, despues de haber hecho una visita al cadáver de su amigo, *Colibrí* se metió en su carruaje y se hizo conducir á la quinta de las Cuatro Torres, llevando consigo los documentos oficiales y concluyentes, que contenian el indulto y la rehabilitacion de su padre.

Era la primera cosa que habia hecho el nuevo gobierno.

¿Cómo negar nada á un hombre tan extraordinariamente útil, tan indispensablemente necesario como *Colibrí*?

Este encontró de luto la quinta.

La poco antes condesa viuda de Lanzagoitia, flamante tenienta generala, Adelina, acababa de morir.

Colibrí encontró medio de escurrirse con su hermana á un lugar donde podian hablar en secreto.

La dió cuenta de todo, y su última noticia fué la de la muerte de *Sullivan*.

—¡Dios le haya perdonado!—dijo María.

—¿Te alegras, pues, hermana?—exclamó con asombró *Colibri*.

—Ni me alegro ni lo siento,—respondió María;—¿y luego qué nos importa Luis?

—Era un buen aliado.

—No te faltará otro mejor; lo que más abundan son los pícaros; pero déjame, déjame; debo ir á ocupar mi lugar.

—Y yo me vuelvo á Madrid,—dijo *Colibri*;—no tengo un momento mio.

Una hora despues, un ostentoso carruaje paraba delante del vestíbulo de la quinta de las Cuatro Torres, y salia de él un señor vestido *comm'il faut*, solamente que su traje, para una nariz delicada, olia fuertemente á roperia.

Lo que más se destacaba en él, era una gruesa cadena de oro, del peso por lo ménos de libra y media, con grandes sellos colgantes, que lucia sobre un nítido chaleco blanco, y que suponía un reloj extraordinario; uno de esos relojes que, si se usaran como arma arrojadiza, abrirían brecha en una muralla.

Pero lo que más reparable se hacia en este sujeto, era su palidez de espectro y lo fosforescente y lo inquieto de su mirada.

Nuestros lectores adivinan á *Friolera*.

Preguntó con énfasis por María, y se hizo anunciar.

Tan de relumbron iba *Friolera*, que á pesar de que llegaba en una ocasion en que no se debia pasar anuncio de nadie, le anunciaron.

María le recibió, y le recibió á solas en su gabinete.

—¡María, María de mi alma!—exclamó *Friolera*,—yo no puedo tener para tí ningun secreto.

—Lo sé,—dijo María;—has matado á *Sullivan*.

—¿Quién te lo ha dicho?—exclamó asustado *Friolera*.

—Tú acabas de decírmelo.

—¡Lo has adivinado!

—¡Sí!

—¿Y qué dices?

—Que has hecho bien; pero harás muy bien en emprender un largo viaje.

—¿Hay indicios?—exclamó, llegando hasta el último punto de la palidez *Friolera*, y echándose á temblar.

—No, pero puede haberlos: márchate, Perico... y márchate hoy mismo: afortunadamente, hoy se puede ir á todas partes sin pasaporte... espera.

Y María salió, dejando aturdido á *Friolera*.

Volvió poco despues.

—Toma,—dijo, dándole un royo de papeles.

—¿Qué es esto?—preguntó *Friolera*.

—Diez mil duros: gíralos sobre Paris: prepáranos en cuanto llegues casa para mi padre, para mí, para mi sobrina y para un par de doncellas.

—¡Bueno, bien!—dijo *Friolera* agonizando;—¿Y nuestro casamiento?

—No puede ser hasta dentro de un año.

—¡Ah, tú te arrepientes!... Esto es irme preparando...

—No; esto es que hoy ha muerto mi madre.

Friolera se tranquilizó cuanto podía tranquilizarse; se despidió de María, y al siguiente día partía para Paris.

A los quince días llegaban á Paris el teniente general don Tadeo de Urquizum con su admirable hija y su deliciosa nieta.

Friolera fué á esperarlos á Burdeos.

Cuando llegaron, *Friolera* miró á María con ansiedad.

—Nada, nada,—le dijo ésta;—como gota de agua que cayó en la mar.

Llegaron juntos á Paris.

Dos meses despues el maestro *Sanson* recibió esta carta de su hijo:

«La enhorabuena, padre: el tio ha sucumbido sin sucesion, y por lo tanto, se encuentra usted conde de Lanzagoitia: si no quiere usted venir, no venga: yo correré con el negocio de la sucesion: envíeme usted un poder...»

—¡Ya!—dijo Tadeo, interrumpiendo su lectura;—ese canalla no pierde una ocasion de que darse con al-^o entre las uñas... Una rica testamentaria, en que debe haber mucho numerario, grandes valores... Y bien; bueno... es necesario cerrar los ojos y perdonarle, aunque no sea más que por la memoria de su pobre madre: le enviaremos el poder.

Y continuó la lectura:

«Otra noticia, padre, que llenará á usted de satisfaccion, y á María, y á Periquito *Friolera*, como que todos estimábais al súblime *Sullivan*: gracias á mis esfuerzos y á lo bien montada que tengo la policia secreta, se ha descubierto y preso al asesino de *Sullivan*; es un pícaro vendido á los enemigos políticos de Luis: ya sabe usted, padre; aquí no se repara en nada; al que es temible se le suprime: y bien, el miserable asesino irá al palo y pronto.»

—Sí, sí, es verdad,—exclamó Tadeo;—no se respeta nada, nada: ¡la farsa, la horrible farsa, escarneciendo la justicia y llegando hasta la sangre!

Tadeo, aunque no habia dicho nada, ni preguntaba nada acerca de la muerte de *Sullivan*, tenia la certidumbre de que *Friolera* le habia matado.

¿Por medio de qué infame intriga se hacia responsable de un asesinato á un inocente?

Tadeo dió aquella terrible carta á Maria.

Esta cuando la leyó permaneci6 por algun tiempo profundamente pensativa.

Luego fué á su *secretaire*, y escribi6 lo siguiente:

«Frasquito, no exageremos; deshaz completamente lo hecho en favor de quien sabes: es muy delicado de conciencia; tú no le conoces, ni él mismo se conocia: no empeoremos su situacion, ya demasiado dificil; no me la mates; deshaz lo hecho, pero completamente: ten en cuenta que yo le amo, que es el único hombre que he amado, y que el pobrecillo lo ha arrostrado todo por mí.»

Tadeo escribi6 tambien por su parte á su hijo, enviándole el poder que le pedia.

Quince dias despues recibieron otra carta de Frasquito en que se leian los párrafos siguientes:

«Estoy inconsolable; yo creia haber cogido al asesino de *Sullivan*, y una prueba imprevista, casi providencial, ha demostrado que la persona á quien por funestas coincidencias hacian responsable del crimen, es inocente; se le ha puesto, pues, en libertad, y se le indemnizará: la luz se ha hecho en este negocio: se sabe ya, sin que quede la menor duda, que el verdadero asesino está fuera del alcance de la justicia en los Estados-Unidos: no importa; una sentencia en rebeldía le cerrará para siempre las puertas de la patria;

esta sentencia causará ejecutoria, y no se correrá el peligro de que un nuevo error haga otra vez responsable de un crimen capital á un inocente.»

Y en otro párrafo:

«Padre, he tomado posesion en nombre de usted del título y de los estados de Lanzagoitia; pero me he sorprendido dolorosamente: yo creí que el tio, que era avaro, habria acumulado un enorme numerario; nada, padre, nada, ni aun la vajilla parece; en cuanto á las alhajas de familia, no queda ni aún recuerdo de ellas.»

—Y bien,—dijo Tadeo;—¡por qué no ha de heredarme, si es tambien mi hijo!

La postdata decia:

«Estoy cansado de la política y de la lucha, y decididamente me retiro, á pesar de Dionisia, que tenia empeño en ser ministra; pero no, cuando se tiene para ir pasando, no hay necesidad de trabajar como un perro y de comprometerse como un tonto: espérennos ustedes dentro de poco á Dionisia y á mí.»

—Y bien,—dijo Tadeo,—el farsante de la lengua abandona la farsa de la política; no faltará quien le reemplace.

.....

Cuatro meses despues, en la vieja y monumental iglesia de San German de los Prados de Paris, se celebraban de una manera ostentosa los desposorios de Maria y de *Friolera*.

¿Por qué no se esperaba á que terminase el luto por la condesa de Lanzagoitia?

¿Era por imposicion de los amantes?

Nada ménos que eso.

Un mes antes del dia de que los desposorios se celebraron, Tadeo dijo á María á solas con ella:

—Hija mia, yo estoy muy enfermo; yo siento dentro de mí algo que me mata, y que me mata rápidamente; yo no llegaré al dia en que termine nuestro luto por tu madre; yo no quiero que os veais obligados Perico y tú á dilatar otro año aún vuestra felicidad; es necesario que el casamiento se haga; es necesario arreglar además los asuntos de la familia... la sucesion.

Por más que María se opuso, no hubo medio.

El casamiento se hizo.

Pero antes, y para fijar el contrato matrimonial sin dudas, se fijó la sucesion en el título y en los bienes vinculados de Lanzagoitia.

Está reconocido por la medicina legal, que de dos gemelos, el que nace primero es el menor, y el mayor el segundo que nace.

Ahora bien: Elena, difunta, habia nacido la segunda.

Así, pues, la sucesion llamaba á Blanca, hija de Elena.

María no tuvo ni aún el pensamiento de disputar el título á su sobrina.

Le bastaba con su *Friolera*, y además era rica.

Tadeo otorgó testamento.

No se había engañado.

Poco tiempo despues del casamiento de María y de *Friolera*, se hizo patente aquella enfermedad que él habia ya sentido, y que rápidamente le llevó á la agonía.

Una noche, poco antes de morir, llamó al redor de su lecho á su familia, y les dijo con una voz ya enronquecida por la muerte:

—Hijos míos, una farsa, en cuyas consecuencias me ví envuelto, ha determinado nuestras largas y dolorosas desgracias; esa farsa es la causa de la enfermedad que me mata, que me ha matado lentamente en un espacio de treinta y cinco años, que ha secado mi corazón para la alegría; esta enfermedad se llama... remordimiento: hoy la farsa es el recurso vulgar de todas las medianías corrompidas, de todas las ambiciones escépticas é impacientes; la farsa engendra y aún determina cataclismos sociales, porque se la usa para grandes crímenes; hoy la política es un negocio casi universal; yo os lo recomiendo: educad á vuestros hijos de tal manera en la creencia de Dios, del deber y del honor, que no puedan ser jamás farsantes.

FIN

INDICE

	Págs.
CAP. I..... Encuentros inesperados.....	5
— II.... En el que se conocen tres personajes, que indudablemente no son lo que parecen.....	15
— III.... Para lo que puede servir un galán que se llama <i>Friolera</i> , y cómo puede cambiar de manera de tratar la gente un cabo de la ronda de capa.....	23
— IV.... Un trozo de una historia, que sobre poco más ó ménos podría convenir á muchos personajes.....	45
— V..... María empieza á delinearse.— <i>Friolera</i> se perfila más y más.— <i>Sullivan</i> no sabe lo que le sucede....	57
— VI.... Primera parte en que se trata de un diplomático.....	79

CAP. VII...	Segunda parte del anterior, en que se trata de unos amores de un exento de guardias convertido en cómico de la legua, y de otros particulares.....	107
— VIII..	La lucha de la conciencia.....	185
— IX....	Política de siempre-tieso.....	197
— X.....	De cómo la farsa puede llegar á la superchería y al sacrilegio.....	215
— XI....	De cómo no hay felicidad que no produzca envidiosos.....	231
— XII....	De cómo <i>Friolera</i> se hizo comprar una capa y se abrigó con ella, sin sospechar que habia adquirido una capa providencial.....	241
— XIII...	De cómo <i>Friolera</i> sabia recibir, ni más ni ménos que si hubiera sido Pepe-Hillo ó Costillares.....	249
— XIV...	En que termina esta verídica y singular historia.....	259







